

**LA POLITICA
Y
EL ESPIRITU**

**POR
EDUARDO FREI
MONTALVA**

**PROLOGO DE
GABRIELA MISTRAL**

Eduardo Frei Montalva ha publicado en nuestras mismas prensas, otro libro: "Chile desconocido". En él expresa su pensamiento ante los problemas contemporáneos de su patria, apartándose del criterio ritual al respecto.

Pertenece el señor Frei al partido político Falange Nacional, separado del Partido Conservador. Su pensamiento es análogo al de los social-cristianos de otros países. Siente pasión por la Justicia Social, pero dentro de los límites del cristianismo. Su ideología está impregnada de la del filósofo francés Jacques Maritain.

"La Política y el Espíritu" es un libro jugoso de la vida interior y de observaciones sólidas. De él dice Gabriela Mistral, en el valiente y claro prólogo que sigue: "Su libro, Eduardo Frei, es una de las mejores cosas que a lo largo de años se haya publicado en el género del ensayo social en la América del Sur".

Tal elogio basta para subrayar su valía.

ERCILLA.



COLECCION
CONTEMPORANEOS

LA POLITICA Y EL ESPIRITU

EDUARDO FREI MONTALVA

33757

LA POLITICA Y EL ESPIRITU

Prólogo de
GABRIELA MISTRAL



EDICIONES ERCILLA
SANTIAGO DE CHILE

1940

Es Propiedad
Registro N.º 7825

COPYRIGHT by
EDIT. ERCILLA, S. A., 1940

FABRICACION CHILENA

PRINTED IN CHILE

Prensas de la Editorial Ercilla, S. A. — Santiago de Chile

RECADO PARA EDUARDO FREI

El destino me trajo la presencia verbal de su libro cuando más la necesitaba. Las almas flacas —y yo lo soy, digan lo que digan mis críticos— estamos corriendo el riesgo de darnos al desaliento de cualquier romanticismo, o bien al peligro mayor de mirar el planeta, vuelto de revés con una repugnancia tal que nos lleve a la huida de los místicos falsos. Y yo me defiendo, hasta hoy, de estas malas cosas.

•
* *

Su libro, Eduardo Frei, es de las mejores cosas que a lo largo de años se haya publicado en el género del ensayo social en la América del Sur, aunque traiga la vestimenta de maestro constructor y hasta de maestro albañil que decidió darle su gusto de la modestia. Acertó Ud. en la forma literaria, tanto como en la doctrina; el "barbilindismo" está hartamente desprestigiado en la América Latina por toda la vanidad o todo el engaño que andan en las escrituras llamadas estéticas.

Pero, le ha ocurrido a Ud. lo que a todas las gentes honradas que trabajan al margen de la ambición y están exentas del hábito criollo de mentir. Le ha pasado hacer un libro admirable sin darse cuenta de ello, al igual del forjador de hierro que sin pretender sacar de

su negocio con el metal sino unas simples rejas de ventana o unas lámparas sólidas para el mercado, vino a sacar obras maestras que no necesitará vocear ni poco ni mucho pues se venderán solas. . .

Sus ideas sociales de reconstrucción se me parecen mucho al oscuro hierro forjado de los italianos y los belgas. Ellas son sólidas, bien torneadas y serviciales.

He leído la obra capítulo a capítulo, en un largo goce. Siento complacencia en el equilibrio que Dios le ha dado para manejar el tema social valerosamente y sin perder el tino necesario al que maneja fuego; me conmueve su radical honestidad en el trato del adversario, verdadero fenómeno en un ambiente como el nuestro, donde se niega al enemigo no ya la sal, sino aire y suelo, y me admira la capacidad de síntesis que le ha librado de la pulverización en que paró el análisis de los ensayistas en el siglo pasado.

Creo que muy pocos han sabido en Chile el crítico social de primera agua que había en Ud., hombre sin frecuentaciones literarias de círculo, chileno puesto en un barbecho pardo antes de dar la obra.

Gracias, amigo mío, por estas virtudes cardinales que pasan a enriquecer la chilenidad, pues según la ley cristiana, rebosan de Ud. bañando casi la raza entera.

Ahora voy a caminar un largo trecho de tiempo al lado suyo, porque los textos vitales como éste se parecen a una marcha conversada.

CREACION ORIGINAL Y ADAPTACION EMPEDERNIDA

Comencemos la ruta, hablando de . . . Europa. Parece un juego de ingenio, pero Ud. ha dicho en esto también una verdad de tomo y lomo: "Chile es por excelencia un país de repercusión y seguramente no hay otro

donde se imite más servil y rápidamente al Viejo Mundo". A causa, amigo mío, de una educación que sólo ha desarrollado en los mozos la forma marginal de pensamiento.

Debe seguir siendo muy grande nuestra quiebra de imaginación, para que no haya en nosotros una pizca de creación ni realista ni utópica que nos lleve a intentar alguna empresa política criolla, la cual esté marcada por el pulgar de una raza tan viril como la chilena. Estamos obligados a pensar en que es la educación quien mutila a nuestra juventud, porque la raza no tiene amilanamiento y tampoco pereza. Quien nos mire en este momento ve en Chile un espectáculo un poco grotesco: la "zalema" colonial hacia los Imperios, idéntica a la que el Bey de Túnez o los reyezuelos hindúes dan al Residente francés y al Príncipe de Gales... Naturalmente que no se trata hoy de adular a estas dos potencias, una caída y la otra acorralada. Lo mismo da; han cambiado los soberanos y, para mayor novedad, existe un nuevo Imperio, el soviético...

Debemos confesar que la "América inocente" del poeta romántico es una Ninfa Eco de cuerpo abolido, en carne de fantasma, sin fuerza para dar el grito inicial. Y aquí la función no deriva del organismo, pues "el Continente es una masa formidable y Chile un cuerpo de metal absoluto, por esto mismo la invalidez para crear un módulo propio de vida da un asombro, que resbala a cólera; tanto leer de política, gracias a nuestras empresas que lo editan todo; tantos años de vivir una vida americana, es decir, original; tanto énfasis como el que corre por nuestros textos escolares de Historia, y venir a parar en que no hallamos para salvarnos sino la receta nazi, o la fascista, o la comunistoide, o la portuguesa o la cavernaria, ¡cualquiera, menos la propia!

Nosotros no resistimos al éxito en ningún campo. Nos embriaga como un alcohol de madera o de caña, arrebatándonos la lucidez; nos evapora las flacas convicciones que tenemos y acaba por apabullarnos enteramente. El exitismo sudamericano es algo descomunal. Me conozco muy bien su cara vulgar; la he visto en la condescendencia ante el dinero, ante el poder estatal, ante la mediocridad personal afortunada. La victoria de tal o cual régimen nos convence como la macana con un golpe en la nuca y nos paraliza las facultades de reacción, entregándonos al caporal extranjero. Eso le ocurrió al pobre Atahualpa delante del puñado de blancos; eso mismo al Moctezuma de los oráculos y eso también a los ilustres jacobinos de 1810, que recogieron la receta francesa de pe a pa. Bienhaya Ud., persona vacunada contra el espanto y contra algunos entusiasmos que no son sino miedo. ¡Ud., a quien en este libro no se le siente temblar del terremoto y que sigue mirando a su conciencia a la luz misma del incendio! Le valen aquí sus clásicos cristianos, que no se vuelven locos viendo las hogueras, porque siguen teniendo razón, aunque la casa toda caiga sobre sus espaldas.

Quien lea su libro sentirá a lo largo del texto la pasmosa serenidad con que fué pensado y escrito. Y como el concepto de juventud se le confunde a nuestra gente con el de agitación, su lector se preguntará cuál es el secreto de esta mocedad hincada en calma tal que maneja las llamas de sus asuntos sin que se le encrespe la sangre. Esta serenidad significa un coraje legítimo: no hay valor verdadero que no sea tranquilo; las otras valentías son unos pobres fuegos de bengala.

VIDA INTERNA

Pero su manso coraje saca el metal que nos ofrece del lugar escondido donde se forman las cosas fundamentales: de la vida interna vuelta hábito cotidiano. Ella es la buena fragua de donde salen, además, las piezas hechas y derechas de la acción.

Hablar de la necesidad de una vida interna a un joven de nuestro tiempo es soltar su carcajada, lo mismo que alabarle la virtud de la oración en cuanto a préstamo sobrenatural. Alguna vez yo les escuché la risotada y la tengo aún en mis oídos. Muy natural es reír lo que no se conoce, aunque sea lo menos inteligente del mundo. La vida interna constituye para el hombre espiritual algo tan concreto como una siembra de lentejas y tan rotundo como los cerros chilenos. Pero, o se la conoce al igual de estas cosas, o se la mirará como un vaho emocional o un fuego fatuo con el que juegan niños ociosos. Bastante coraje demuestra Ud. en aludir algo que no circula como moneda corriente en la Bolsa de la vida chilena. Hace poco un hombre de otro orden, soldado de línea diferente, D. Enrique Molina, se atrevió a indicar con dedo de Maestro hacia la región sólida e inefable a la vez de la experiencia interna y el resultado fué que le incorporen a la beatería criolla... La vida interna ha dado a Ud. el coraje que no teme el ridículo.

Corre de página a página de su obra una gran elegancia moral expresada bajo la forma de la cordialidad, santo y seña de una escritura espiritual. Sin perder nunca dicha elegancia, atraviesa Ud. la ciénaga tropical de la política, que a esta hora todos cruzamos con el lodo hasta la cintura,

DOS TRADICIONES SOMBRIAS

Me faltan algunas materias que mucho me importan en su libro admirable, por ejemplo las referencias a la Historia de la América Española, cuando Ud. se ocupa del establecimiento de los nuevos regímenes europeos. Habría que hablar al mismo tiempo de las semillas importables y del terreno donde van a prender las muy exóticas, siete veces intrusas.

La dictadura militar no es ninguna novedad entre nosotros, como que ella representa nuestra doble tradición. La Historia hispanoamericana no viene a ser otra cosa que el trance de una Libertad-Pasión, de la que llamaría Unamuno una Libertad-Agónica que hace su Vía Crucis cayendo y levantando. Como han llegado los tiempos del buen comer y el buen beber traducidos a doctrina política, los jóvenes que antes juraban su fe al ministerio de agonía, ahora abandonan su Cristo-Libertad, quien no puede dar el vino del poder ni la grosura del logro fiscal.

Posiblemente Ud., como muchos de su generación, no haya leído entera la novela trágica por excelencia que es la historia de los pueblos hispánicos; pero su vieja amiga se ha magullado sobre ese tendal de espinas, y esta sangre gotea de su memoria siempre.

Nuestra verdadera tradición se llama tiranía: el caciquismo de los indios, que se apartó de lo cavernario sólo en el noble Imperio de los Incas, y el caudillo español, cuyo cogollo más limpio y decoroso (?) sería la dictadura porfiriana de México. Nacimos de semejante ángulo y aún no salimos de él.

Cualquier régimen de autoridad que traigamos por el mar tendría la suerte de aquellos animales exóticos que en la América degeneran en el pelaje y la carnazón de nuestros carneros criollos. Pensar en que guarden la

“allure” europea, o en que chupen de nuestro limo la esencia racial de que vivían allá, es una inocentada, y una majadería. Los nazistas quieren hacernos un nazismo diz que superado, careciendo de los mitos germánicos que comprenden desde la fábula familiar hasta los dramas musicales de Wagner y siendo este material de embriaguez heroica lo que ha hecho posible una curiosa mixtura de ensueño y de acción, de terremoto imaginativo y de realización práctica. Quieren fabricarnos por la fuerza una organización cuya técnica Alemania viene preparando desde hace siglos, sin apartarse nunca de su doble signo de delirio cesáreo y de disciplina científica. Para llegar a eso nosotros, pueblos asomados a vivir, no tenemos ni el idealismo filosófico de los germanos en el pasado ni su materialismo vertical del presente que ellos han logrado fundir en un bloque.

Y en cuanto al método fascista, que tanto tienta a nuestros reaccionarios, los pocos hombres con cultura clásica que tenemos han dicho ya a los líderes desafortunados que nos faltan 4.000 años de cultura latina, de esa que los tales líderes detestan tanto como la ignoran.

No, lo que tendremos en la pobre América Española, si hacen su gana los ensayistas trágicos que van y vienen, alcoholizando al pueblo inocente con las victorias... europeas; lo único que en esta orilla brotaría después de su siembra de locos, habría de ser la vieja matonería indo-española, el machitún alegre del bando que pone al fuego a sus enemigos o los echa por el mar hacia el destierro.

Ningún odio siento hacia el pueblo alemán, cuya imaginación fué siempre para mí una fiesta lírica y ni aun no tengo empacho en decir que su música me ha regalado las mayores exaltaciones que se puedan recibir de una fuente que no sea la naturaleza. No puedo, además, hablar con repugnancia de un pueblo cuyo mu-

jerío maravilloso me conmueve en su fidelidad a una tradición mujeril de treinta siglos.

Y cualquiera que me conozca sabe que el pueblo italiano es el que yo amo más entrañablemente en este mundo, al lado del criollaje americano. Por lo tanto, no salta del odio mi asombro de que pueda siquiera pensarse entre nosotros en nazismos y fascismos como en el maíz y la mandioca... Conozco a aquellas razas que nuestros líderes atarantados creen conocer sólo porque leen unos cuantos folletitos de propaganda; las he convivido; las he seguido media vida; las estimo y las amo por sí mismas... y sin relación posible con nosotros en la realidad de su costumbre civil o guerrera. La ignorancia americana necesita ser fenomenal para vocear nuestra simulación a una forma de vida tan lejana de la indole criolla como otro sistema solar. Hay que tener una bobería infinita para prescindir mentalmente de una experiencia histórica y del hecho que significa un estilo racial y vivir predicando el transporte de tales regímenes a nuestro Continente, más indio que español y en lo español poco latino y menos gótico aún. Sería cosa de reír de la balandronada, si los tiempos fuesen de chanzas y si fuese dable divertirse ante una experiencia que equivale a abrir en res el cuerpo de la Patria, sólo por medir su resistencia a la sangría de un tremendo ensayo.

LAS MUJERES Y EL ESTADO

Ahora digamos algo del otro asunto que me falta en su hermoso libro. El tema del sufragio femenino, amigo Eduardo Frei, eso me falta.

El sufragio no es gran cosa en su aspecto formal, que es el único que ha tenido hasta hace poco, pero en el año 1940, cuando se pretende mudar la esencia

misma del Estado, habría que pensar en que decidan del destino de la chilenidad hombres y mujeres.

La vieja disputa entre el conceder, el negar, o el retardar el voto mujeril, me parece más cómica que astuta. Las izquierdas lo aceptaron siempre en forma teórica y mientras fueron minoría dieron batallas por el sufragio femenino; los conservadores lo rechazaron siempre como principio, por espíritu tradicionalista, pero hoy ablandan el ceño ante la reforma porque piensan en que nuestros votos bien pudieran ayudarles en la encrucijada donde se hallan. Las mujeres no ponemos gran cosa en el debate, que los hombres prosiguen solos, haciéndose a la vez jueces y partes . . . como nos gusta poco la demagogia, no nos echamos en desfiles chillones por las calles y sólo reímos de la gran hipocresía de los dispensadores de vida y muerte . . . El Presidente Aguirre, feminista de doctrina y hechos, tenga el coraje de ponerse entre los dos frentes fariseos y su intervención nos valga esta justicia que no necesita alegato, que es clara como el cielo chileno y que agobia a los pleitadores con su luz cenital.

¿Van, ellos, a disponer de la suerte del mujerío, es decir, de dos millones de ciudadanos chilenos, no a pleno derecho (?) sino a pleno antojo? ¿Van a hablar hoy como antes de nuestro analfabetismo, siendo ellos los aceptadores más despreocupados del analfabetismo que los elige cada cuatro años?

Al mundo rojinegro, sanguinoso y encenizado a la vez, que ellos nos han hecho y siguen haciendo, ¿no tendría la mujer nada que llevar, con el fin de salvar siquiera alguna partícula de salud, de orden y de pulcritud republicana? Y si nouviésemos las mujeres cosa alguna que pedir, porque nos hayan dado cuanto es menester, ¿no aceptarán ellos siquiera el concepto de que podemos velar por los niños que forman un tercer

lote humano ausente de las Cámaras y la porción puesta al margen por muchas conciencias viriles?

Eduardo Frei, Ud. también nos olvidó, y este deslíz en una mente tan escrupulosa como la suya, le declara a su amiga mejor que cualquier otro dato, la inefable despreocupación de nosotras que hay en las cabezas capitanas no sólo de Chile... sino del planeta. ¡Merecen Uds. un premio de olvido, una cruz de hierro aplicada a la más estupenda distracción! El pecado no debe avergonzarle por ser allí universal y por ser, probablemente, un atributo viril, según se ha visto en ingleses, franceses, españoles, etc. (habría que añadir todos los nombres gentilicios...)

NOMBRES EUROPEOS

El único trabajo que me da la lectura de su libro es el de los nombres de algunos regímenes sociales. Será verdad aquello de que nombrar las cosas morales es la mayor hazaña que cabe a los hombres, cuando logran el nombre que calza bien al objeto y que es la peor fuente de conflictos cuando el nombre no designa con una exactitud vertical. Siempre nombrar me pareció un problema, pero en esta lectura se me vuelve un abismo. Cuando en Europa las gentes me preguntaban si en tal o cual país de la América había "democracia", "socialismo", "dictadura" o "anarquía", mi embarazo era el mismo de hoy. Eso no, solía decirles a la primera consulta. Venía la segunda. Tampoco eso, y el diálogo solía acabar con un silencio o con una sonrisa. Y el sonreír no era hurtar, sino respetar las palabras, así las mejores como las peores. Porque nuestro continente, hijo de la confusión desde la sangre a las ideas, no tiene clasificación europea posible en los asuntos sociales. El Uruguay me salvaba siempre; eso es una de-

mocracia tisa y llana desde hace treinta o más años. ¡Qué alivio poder descansar en un sustantivo indudable!

Las mujeres tenemos el grave inconveniente de no tomar en cuenta para nada los afiches, los folletos, ni aun los libros. Somos los seres más incrédulos del mundo en lo que toca al recitado de los programas políticos. No nos dicen nada. Creemos con Santo Tomás en lo que se ve y se toca; de allí nuestra limitación y también nuestra utilidad de testigos. Damos fe a la costumbre que nos rodea, a cuanto vemos hacer, al cómo vemos trabajar, gozar, sufrir; a la realidad de un país que aparece en la mesa del burgués, del obrero y el campesino.

Dígole, pues, amigo mio, que yo tengo dos corporativismos en mis ojos y no le nombro cuáles, porque el Reglamento Consular me deja todavía pensar, pero no me permite nombrar países. Los dos corporativismos que me tengo vividos son tan diversos uno del otro que no es posible casarlos bajo un nombre común.

El tercer corporativismo que poseo es el de la República de Florencia, y éste a medias, puesto que no lo vi... Siempre me pareció un equilibrio entre aristocracia y pueblo, el mejor que tal vez se haya logrado, pero que duró poco, porque nuestra pobre humanidad no gusta de lo difícil y aquello era empinado por ser profundo y fino.

¿Qué hago para clasificar al artesanado florentino? ¿Qué clase era la de esos hombres, los mayores de su tiempo? ¿Eran pueblo? ¿Eran lo que se llama, con una palabra cursi élite pura e indiscutible, o sea aristocracia? ¡Pero qué salarios tan infelices para una clase semejante de maestros en profesiones y oficios!

Otra vez aquí, Eduardo Frei, me detengo y por una obligación que me impuse al comenzar: la de no

descorazonar a Ud. hombre joven. Por otra parte, sería preciso escribir un libro respecto a un asunto de tal categoría . . .

LOS CATOLICOS Y EL DINERO

Tomo el rubro de un libro que anda por ahí, editado gracias a la diligencia de Victoria Ocampo y que se debe leer.

Es humano que el católico, como cualquier hombre, busque el dinero, lo gane, y fatalmente lo vuelva capital. Pero lo que no es cosa de hombre espiritual es el que se ponga a pensar a través del dinero como quien mira por un cedazo que le da todas las ideas marcadas por el duro colador de oro.

A veces entiendo el furor de Papini en las páginas donde se duele de que haya tantos católicos. Es enormemente difícil en este mundo enflaquecer las ambiciones, hasta el punto de que se pueda mantener el equilibrio entre la conservación de los bienes y la libertad de juicio. La prueba ha sido de todos los tiempos, pero como el reino de la materia ha ido engrosando, la gran prueba ahora aprieta mucho más. Los católicos ricos parece que no tengan la fuerza espiritual necesaria para mirar de hito en hito la fórmula que se les plantea con la brutalidad del momento que viven; pero es él quien tiene la obligación de aceptar más sacrificios que los laicos y de aceptarlos con menor agriura de corazón que éstos.

Usted dice sobre la función de la riqueza en esta hora cosas de una parte tan realistas y de otra tan iluminadas por la gracia, y las afirma en citas de tal peso, que me da cierta vergüenza manosear sus textos con mi pobre comentario.

Los ricos viven enamorados de una religión de pobreza y a lo menos de austeridad. No les queda más que acudir al cumplimiento penitencial de su deber o renegar del nombre que adoptaron. Ellos saben que el apelativo de cristianos lejos de ser un rubro más o menos vago, es la cosa más rotunda que pueda darse. Léanse en su Evangelio de cabecera el sucedido del joven rico que basta y sobra, y no le den más vueltas a la cuestión, que no las tiene, como el caracol. La raya del cristianismo es terriblemente recta y rechaza el sesgo.

El católico rico de Chile siempre ha vivido —y hoy vive con más fuerza— un servicio social cristiano. Su conflicto actual viene de que han pasado los tiempos de las pequeñas dosis para salvar el cuerpo enfermo del país; la época se ha vuelto de un tremendo rigor, de una prisa de torrente, y lo que antes bastaba no sirve más. Ahora no resultan válidos sino los sacrificios heroicos, como en la vieja edad bíblica, santa y dura. Bastaría oír el mandato social de esta hora con el corazón que siempre fué el oído fiel y no con la inteligencia, que ha resultado sorda como el corcho mejor que como la piedra... que algo oye puesto que resuena.

Pero, ¿no habrá en el catolicismo de mucha gente, amigo mío, una religión de estética, es decir, esa mentirijilla que se parece a la paganía apolínea? ¿Y no habrá en otros más numerosos aun la mera costumbre rezadora que las gentes llevan a la espalda, igual que una carga, en vez de llevarla sobre el pecho, como un manadero de aguas vivas? Poca vida hay en esos hermanos y menos aun ojos alumbrados sobre la afilada ruta que vamos haciendo todos empujados por un viento de Apocalipsis. Vuelve el trance del cristianismo heroico. Está bien que vuelva; un poco más y se

liquidaba el Evangelio que jamás fué un pañuelo de florecitas y menos una jalea.

Cuando se habla de una nueva Edad Media, lo que en eso entiendo y celebro es la vuelta de nuestra clase —la suya y la mía— a una espiritualidad heroica, pues ella anda en un descarrío harto visible y lo que menos quiere es ser media, es decir, un barrio gris entre el dorado bizantinismo de la clase rica y el color betún de la miseria popular.

Fué nuestra, enteramente nuestra, esa palabra "Mística", que es toda ignea y remecedora, allá por los siglos llamados de Oro, más por ella que por algunos pobres monarcas; y esa palabra, con cuanto contiene, nosotros la perdimos. Ahora, el santo vocablo nos ha sido arrebatado y anda por allí, lleno de sangre o de barro, usado por los paganos a todo su gusto.

Oí decir una vez a Carlos Pellicer, el mexicano, en un círculo de "promovidos" de la clase media: "Yo creo que en cuanto cristiano ciento por ciento, yo no puedo aceptar la idea de clases, pero creo que mientras existan, lo que me corresponde es no sacudir cuanto hay en mí de segundón, porque eso me hace uno con el pobre y me deja oír los latidos de su dolencia o de su desgracia. Me gusta el vínculo y no haré nada por rebanarlo, a fin de que siquiera mi pequeño dolor me amarre al otro dolor grande". Hago mío el período, palabra a palabra.

Alguien a quien repetí el juicio me contestó que la idea peca de tonta y falsa, porque se trata en ella de conservar y no de suprimir la pobreza. Pero, ¿quién que no sea un farsante puede creer en tal supresión, si lo único que el planeta puede dar de sí es la anulación de la miseria, pues cuanto él tiene y contiene no alcanzará jamás para crear la legión de ricachos que vocean los ladinos o los tontos?

CLASE MEDIA CHILENA

Tenemos que decir muy claro y preciso que la clase media tiene en Chile un aprovisionamiento tan caro de sus necesidades que en cada trance revolucionario nuestra magra hacienda de país pobre se queda en poder de ella y que a nuestra fabulosa miseria popular, sólo se aplican las raspas de la marmita estatal. Y es que la muy ávida ama bastante el lujo.

No hay en Europa clase media tan poco leales al pueblo en la hora de liquidar la victoria, como la que hemos visto nosotros dos en los últimos años de nuestra Patria.

Toda mi vida vi claro en esto y supe que cuanto tenemos en recursos fiscales debe ser aplicado con una prisa quemante a la clase que en Chile no tiene suelo, muro, mesa, ni lecho, que no posee sino luz y aire, al pueblo rural.

La espiritualidad de la clase media parece que estuvo hecha en el Medievo de la diferencia creada entre el trabajo realmente bruto, en que hacía el siervo, y el trabajo de creación, a lo menos de esmerado amor, que se entregaba a otros trabajadores por su mayor fertilidad o su mayor cultura. Dicha espiritualidad se va evaporando a ojos vistas. En nuestras profesiones, el standardismo deslizado incluso en los magisterios, más afiladamente espirituales, como la docencia o la abogacía, están minando la vieja norma que entregó a esta clase la defensa del Espíritu, a través de un trabajo prócer, más prócer que todos los castillos feudales del Medievo.

Si me ofrecen el regreso a aquel gran decoro, me voy con el que sea capaz de cumplirme de veras la fórmula. No tengo ningún interés en la promoción hacia una clase cuyos menesteres no son los míos, en cu-

ya manera de placer yo no tengo ningún agrado y cuyo poder no le ambiciono ni en mínima parte.

Pero, amigo mío, usted sabe que la mitad de los doctores sociales medievalistas traen bien clara sobre la frente la arruga de una torva intención: defienden el salario medieval y la vuelta a la nada del pechero infeliz.

Nadie ha entendido mejor y vivido más la clase media en su honra esencial y nadie ha dicho mejor este asunto que el grande y querido Charles Péguy, y no es que diese fórmulas —él no era ni profesor ni farmacéutico—; él vivió, sencillamente, en artesano medieval y por la fuerza que da el aceptar un oficio, y en él una misión, Charles Péguy aparece hoy como el hombre mejor de su generación de “revoltés” fracasados.

Usted sabe, amigo Frei, que esos hombres no los produce la confusión de los pueblos nuevos ni el desorden de las democracias improvisadas. El podía ¡dichoso hombre! hablar de la Edad Media que su patria vivió. Nosotros quemamos la etapa y somos pobres de una pobreza particular y mala: la de carecer de ciertas experiencias profundas; nuestra edad primitiva —la india— la renegamos; el Medieval español apenas lo conocimos, pues de golpe y porrazo caímos en el bric-à-brac de las democracias fabricadas como los carros Fords o el jabón Palmolive.

FATALIDAD AMERICANA

Tenemos que hacernos el alma a gran prisa, lo mismo que los yanquis, y parece que para este grave asunto no sirve ni mucho ni poco el molde de la época. ¡Menuda pretensión ser un moderno sin haber sido ni clásico ni un medieval! ¡Y tan orondos que andamos en nuestras universidades oficiales de haber tirado el la-

tín, que a lo menos significaba el contacto con dos edades ilustres, como quien dice, el atrapar el pecho materno y beber su leche, creadora del hueso y del músculo!

Por eso no soy, yo, amigo mío, eso que llaman una optimista. Hemos nacido con cierto pecado original que nos aplebeyara por cien generaciones conjuntamente la vida y las empresas; nacimos cortados de las líneas nobles que forman una verdadera casta. De ser hindúes, tendríamos un clasicismo en sánscrito; de ser chinos, nos ampararía el rocío de aquella vieja saçesse. Pero hemos querido este absurdo: renegar las dos culturas del Continente, despreciar el clasicismo español y adoptar para nuestra formación el bazar del siglo XIX. (Mudar de color.)

En la Argentina ni en el Uruguay he visto una clase media tan absorbente, pues ella sabe allí que una evolución, y con más razón una revolución en almáçigo debe ser verticalmente dirigida a la redención del pueblo, aunque esos dos países carecen enteramente del poverio desnudo y descalzo que camina por las carreteras de Chile.

Me parece, amigo mío, que cuanto se dice del corazón encallecido y de la mentalidad social egoistona de nuestra clase rica, hay que decirlo también de la que viene en seguida o sea de aquella mitad de la clase media santiaguina. Y ya es necesario que la crítica social considere a nuestra clase, la suya y la mía, como partida en dos: la burguesa y la pobre, aquélla vuelta un costado de la plutocracia y ésta, una lonja superior del pueblo; no hablemos más de tres clases... sino de cuatro y aun de cinco, ya que la masa obrera aventaja enormemente en salario a la infeliz masa campesina. Más cómodo era tratar del país en las tres rayas clásicas, pero eso resulta bastante falso a estas alturas del tiempo...

LA TRADICION LIBERTADORA

Los lectores —no Ud.— dirán, leído lo anterior, que soy una pesimista radical, tan odiosa como algunos viejos conservadores de Chile. No tanto, no...

Paralela a la tradición española y a la india de matonismo impenitente, corre otra línea racial, camina otra raya tradicional bastante visible: la de los iberos pleiteadores de sus fueros y que desde 2.000 años han vomitado el liberticidio, desde los pastores iberos hasta los católicos vascos y los catalanes de índole provenzal. Y dentro de las masas indias aceptadoras del matón vernáculo o español, hubo siempre el indio indómito, el Xicostencatl que decía ¡no! con una terquedad de cactus americano sin manoseo sobre su cabeza libre y llena de púas.

En la vida americana, esta doble tradición libertaria se ha mantenido con una empecinada vitalidad; está intacta y yo creo que atenta; se parece a las aguas subterráneas: apenas echan señales de sí, pero no se han acabado, las muy preciosas...

Los apóstoles de la dictadura a toda costa, pueden engreirse de ver las pobladas a quienes convencen (no es difícil embriagar a los pueblos, sean mestizos, sean caucásicos); pueden los envalentonados hacer todos sus cálculos y planear sus "buenas" venganzas. No conocen las entrañas de su América mestiza, como que no confiesan nunca su mestizaje. La verdad última, la que cuenta, es que ningún pueblo indoamericano dejó jamás de sentir repugnancia de su tirano o su tiranuelo, que siempre hubo un grupo —el de los tercicos— que siguió el cortejo del vencedor diciéndole en una interjección o un rezongo mascullado alguna expresión mucho más clavadora que el "Acuérdate de que eres mortal". La

honra de nuestra historia es precisamente ésta: los países mestizos nunca dejaron de sentirse irritados, y cuando menos disgustados, del tirano benévolo y no digamos del perverso. Un desasosiego constante, un malestar vago o agudo, una sensación viva de vergüenza, acompañó siempre a los 21 pueblos nuestros que han subido la escala del absolutismo, desde el jalón más suave hasta el más agrio.

Yo, la pesimista, descanso en lo que me sé, ¡y no de oídas! Yo me fío a esa historia vista y leída, asistiendo a los preparativos de la nueva feria que trae cuatro o cinco modelos: el alemán, el soviético, el italiano y sus combinaciones. Y como creo a mi manera en la sangre, me alivio en la vigilia angustiada que vivo sobre esta almohada de nuestra tradición. La América mestiza produce hoy el mayor número posible de liberticidas; pero tarde o temprano amanece la sorpresa y llega el buen burlador parecido ¡él también a Zarathustra! Llega callado y solo, pero en poco tiempo es legión y hace su faena de limpieza.

LA UNIFICACION

Todavía es tiempo, amigo mío, de salvarnos con un poco de buena voluntad. Podemos aún revalidar nuestro régimen a base de anchas reformas que no lo hagan un aliado de la anarquía; o podemos optar por la adopción de una modalidad propia, en el caso de que nos decidamos a crear, dando la cara corajuda a cuantos riesgos trae consigo una creación. Para ello necesitamos aproximar a nuestros ácidos partidos políticos. Estamos en plena bandería y el espectáculo del mundo parece que no nos causase angustia alguna.

En la faena de unidad, Ud. y sus semejantes en espíritu tienen un lugar de todo derecho y bien podría de-

cirse que un lugar excepcional. Porque Uds. no vienen marcados con las viejas culpas y tampoco sustentan la fe boba de los futuristas. Hay que decir, otra vez, que sus clásicos les han dado el recelo de la vejez —el clásico es el antiguo y nunca el viejo —y que les han puesto la narigada de sal de la sensatez, a fin de que recelen mucho de las piruetas que pueden resultar mortales, como la del saltarín vanidoso.

En el impase en que nos hallamos, con dos frentes de anchura semejante y de testarudez parecida, se me ocurre que las almas de su categoría sean las que tienen los labios más puros para pronunciar la palabra "unificación" sospechosa en otras bocas y la otra más alta de "unidad".

Los acontecimientos, que llegan con una rapidez sólo parecida a la de los sueños, no pueden vernos defendidos sino a condición de que estemos acordados. Es difícil que una legión de traidores pueda hacernos más daño del que nos hace un millón de chilenos decididos a pelear... el poder que reparte los cargos públicos. Es un espectáculo que parece de tribus el que estamos dando a la hora en que a ningún pueblo con juicio le importa el partido A ni Z, porque no se discute en medio del fuego y ante todo es preciso salir de la hornaza para cambiar unas cuantas razones.

La frase de "Unión Nacional" ha servido en el pasado para muchísimas componendas feas, bien lo sabemos. Pero ahora no se trata de aquellas pobres malicias santiaguinas sino de salvarnos o de perdernos todos, queramos o no entrar en la epilepsia del Viejo Mundo; amemos o detestemos al vencedor. Ningún bando tiene el derecho de disponer de nuestro destino colectivo y echarnos de bruces en su aventura, sólo por dar gusto a su doctrina, o a su vanidad o a su granjería. Estamos en algo parecido a una hora plebiscitaria, en la que ca-

da chileno quiere hablar y ser oído y la única manera de sosegar esta ansiedad es el que se haga una pausa que dure mientras se liquida la catástrofe.

El nombre desprestigiado de "Unidad Nacional" se rehace de pronto como un cuerpo transfigurado, pierde su vieja miseria y logra un rostro conocido, el semblante de 1810, nada menos que eso. Vivimos la circunstancia mayor de hace 130 años. Tomar la posición entera de este concepto, vivirlo con todas las potencias, "realizarlo", como dice el inglés, significaría para nosotros soltar la corteza envenenada de nuestra discordia y mudarnos de tal modo que pasemos a hablar, a hacer y a vivir, durante estos meses, de una manera absolutamente sensata.

Tenemos bastante olvidado el gran trance; lo celebramos sólo con algún pobre discurso dieciochero y nos cuesta entender que los tiempos regresan como la marea y que vuelven trayendo los mismos quiebros abismales y la misma crestería amarga.

Le saluda, agradeciéndole este libro claro como un diamante y lleno de lucidez viril, su amiga y paisana.

(fdo.) Gabriela Mistral

Río de Janeiro, agosto de 1940

PREFACIO

Este libro, bajo una aparente serenidad, es un trabajo de angustia, pues, en un mundo que hierve, no se puede permanecer tranquilo.

Es angustia por el hombre y por Chile. Lo que está amenazado es el hombre, por la dictadura y por la miseria.

Es necesario darle libertad y justicia, sin lo cual no puede vivir dignamente, y en esta gran confusión parece que los que traen justicia, matan su libre albedrío, y los que hablan de libertades han edificado sobre el dolor de las muchedumbres.

¿Va a perecer todo irreparablemente, o habrá que comenzar de nuevo, sin que se haya recogido una sola experiencia?

¿Será posible que la pasión animal y los mitos, vengán a reemplazar las viejas virtudes teologales que hacían tolerable la convivencia entre los hombres?

Hay quienes se niegan a entrar en el rebaño sombrío de cualquier color y buscan con ansiedad trágica un camino de libertad, por sentir que tienen un espíritu que está dentro y más allá de su carne; piden justicia porque tocan ese sufrimiento grande de los pobres; y quieren un orden —no la pequeña careta amarga y mentirosa de hoy— que a la sociedad y a cada hombre multiplica y fortalece.

Son los que se niegan a encerrarse en los dilemas inhumanos, de los que explotan el instinto de conservación o de revolución, sabiendo que el hombre puede ir más lejos que su instinto.

Es angustia por Chile. Hay veces que se percibe claramente que nuestro destino está unido al de una Patria, no en función animal, sino en el alto reflejo en que se reparte una comunidad que se forma por incontables patrimonios acumulados en el tiempo.

Y nuestra Patria, con la cual vivimos y crecemos, está en trance de pobreza, porque la han dejado exhausta a través de años en que nadie ha aportado creación alguna, sino que han engrosado a costa de exprimirla.

Pero ella guarda reservas intactas que esperan la mano redescubridora. Y la espera se torna desesperanza cuando asoma el peligro que por perezosa y mortal imitación, se importe nuevamente un sentido externo de las sugerencias europeas o asiáticas, y no se busque aquí, en lo hondo, una manera, que por ser propia resulte grande.

De esta búsqueda sale este libro, que no tiene otro mérito que el ser hecho cada día, robando espacio al menester de subsistir y al imperio de la acción que no permite rechazos.

Si pudiera llevar un nombre, hay uno que corre escondido y debiera ser la "Historia de una Pasión Chilena", tal como bautizara con propiedad maestra uno que escribiera el argentino Mallea.

EN EL PRINCIPIO ERA EL VERBO

La política tiene hoy un sentido vital, pues importa una concepción del hombre y su destino. El Estado es la expresión de una ideología y según ella se organiza la sociedad. Un hombre aislado no puede prescindir de ella, aunque quiera, porque se encontrará con que el Estado le organiza, le controla o le orienta la prensa que lee; le censura u ordena sus programas de radiotelefonía; educa a sus hijos imprimiéndoles determinado carácter; y en especial determina su vida económica, ya sea directamente dándole oportunidades de trabajo dentro de su inmenso engranaje, o, indirectamente, por las mil instituciones que vigilan, controlan, cobran o cuidan del orden en su actividad privada.

Estos hechos se producen en diversa gradación; pero casi ya no hay nación moderna que no esté sometida a tal sistema.

Se podía prescindir de este hecho hace algunos años, cuando el Gobierno lo manejaban simples políticos o partidos, que tenían una diferencia más o menos superficial, pero que permitían vivir con vigor o igual facilidad a los que no gozaban del Poder.

El marxismo o el nazismo, no son simples tácticas políticas, ni maneras diversas de administrar los negocios públicos: son formas vitales. Tienen un estilo

propio, significan una mentalidad, se expresan a través del teatro, la literatura, el arte, y hasta en las ciencias. "El marxismo es una concepción del mundo", escribe Plejanov. Se publican obras tan curiosas, como una que lleva por título "Las matemáticas y el marxismo". Más de alguien podría preguntarse qué relación posible hay entre estos dos temas, y, sin embargo, la hay, y profunda. Ciertamente, estos hechos revelan hasta qué punto el hombre es una unidad y qué error tan evidente significó la mentalidad liberal que pretendió la diversificación del hombre y quiso que éste viviera de ideas expresadas a medias, y cuyas consecuencias no se sospechaban, aunque era fatal que así sucediera, pues ni el hombre, ni las ideas, se han quedado jamás a medio camino.

De aquí resulta el profundo absurdo de quienes piensan posible una acción política que no vaya precedida y acompañada, como elemento potencial, de una concepción del hombre, de la sociedad y del Estado.

Todos los movimientos que han significado alguna transformación de la Historia han operado así. Pero en ninguna época, sobre el plano político, han tenido tanta importancia, porque el Estado posee hoy un tan potente instrumental que la lucha por poseerlo implica luchar por las ideas mismas que casi no pueden vivir, y en todo caso, no logran traducirse con eficacia, fuera de él.

Las filosofías políticas llegan a tener un carácter casi religioso. Henry de Man escribe al respecto una página luminosa: "En la Rusia comunista de hoy—dice—las figuras proféticas de Marx y Lenin son a los ojos de la masa lo que fueron en otro tiempo los santos de la Iglesia. La Alemania marxista ha sido siempre el país clásico de la iconografía fetichista socialista. Podríamos llenar un museo con su producción de bustos, postales ilustradas, cromos... En los Congre-

sos socialistas, los bustos de Marx y Lenin ocupan el lugar del altar y crucifijo en la Iglesia".

"Porque el socialismo — agrega en otra parte — tiene también sus apóstoles, sus profetas, sus santos y sus mártires, en virtud de una disposición psicológica de las masas, análoga a la de los creyentes católicos". (Henry de Man, "Más allá del Marxismo").

Maritain expone esta misma idea: "El comunismo es un sistema completo de doctrina y de vida que pretende cambiar en el hombre el sentido de su existencia, responder a todas las preguntas fundamentales que la vida plantea, y manifiesta un poder inigualado de absorción totalitaria. Es una religión, y de las más imperiosas, y segura de estar llamada a reemplazar todas las otras religiones; una religión atea cuyo materialismo dialéctico constituye su dogma, y cuyo comunismo, como régimen de vida, es su expresión ética y social".

Quien considere la situación de Hitler en Alemania, no podrá pensar que se trata de un simple jefe político. Tiene algo de profeta o de ser superhumano, que inspira una mística apasionada.

Luchar contra estos poderes de empuje tan complejo y al mismo tiempo primitivo en su fuerza simple y totalitaria con métodos o partidos políticos de antigua o remozada factura, y que sean sólo la expresión de un programa, dividido en puntos muy bien clasificados, es de una inocencia que raya en lo absurdo.

Para oponerse a ellos es preciso tener también una fe apasionada que se multiplique en las mil actividades del hombre, que aflore hasta en los más escondidos detalles, que con su mística genere poetas, mártires, apóstoles, propagandistas, técnicos, poseídos de espíritu y de visión encendida por un pensamiento final, único y absorbente.

Cuando el marxismo opera en todos los frentes y presenta en cada detalle "su" solución, que es producto de "su" pensamiento, un reformismo pequeño-burgués, ni siquiera es dique provisorio. La experiencia de estos últimos años es demasiado clara para discutirla.

Las masas, más que soluciones concretas, quieren una esperanza, más que de argumentos muy razonables, están ansiosas de una fe que las levante y purifique en su fuego.

Los reformistas hacen recordar esas frases de Bernanos, en que analiza la posición de aquellos cómodos y satisfechos señores, que le dan unos cuantos centavos al pobre que les pide una limosna, y lo vigilan para saber si ha entrado a una panadería o a un restaurante, como si el estómago de los pobres no estuviera más necesitado de la ilusión que les da el vino que de un pedazo de pan.

Lo mismo acontece en el orden político: la ilusión, tremendamente real de las ideas y la esperanza, supera la fuerza de unas cuantas soluciones parciales.

En Chile, tenemos de ello ejemplos clarividentes. En ciertas grandes plantas industriales y mineras del Norte se han solucionado, en gran parte, los problemas materiales: se han construido buenas habitaciones, magníficos clubes obreros, teatros amplísimos, hospitales y escuelas modelos, y se pagan buenos salarios. No es este un ideal; pero si se consideran esas condiciones materiales con las que tiene el resto de los trabajadores chilenos, en especial los del campo, observamos una enorme diferencia.

Si se lee cualquier programa o las ideas de algún político o estadista de nuestro ambiente, que llegan a tomar un título más o menos "avanzado", podemos ver que no ofrecen otra cosa: quieren para el pueblo condiciones dignas, solucionarán el problema de la ha-

bitación, del salario, de las diversiones populares. Si lograran realizar todo lo que prometen, el país, según ellos, sería un ideal. Pero no han fijado su atención en que hay sectores como los referidos, donde estos problemas han tenido su más completa solución y el resultado ha sido muy claro: es allí donde el obrero goza de las mayores ventajas, donde el socialismo y el comunismo, es decir, el marxismo ha penetrado más profundamente.

La misma sorpresa se ha producido en los campos. La penetración marxista se ha realizado en aquellos sectores donde las condiciones económicas eran más favorables.

Estos fenómenos obedecen a una razón profunda. En realidad, si se trata de resolver los problemas de carácter social con un criterio exclusivamente materialista, mejorando sólo las condiciones económicas, esa solución no se obtendrá. Hay un principio económico fundamental y es que las necesidades del hombre son infinitas. Es cuestión de despertaras. Al salvaje primitivo le basta muy poco para subsistir. El civilizado requiere una máquina complicada de satisfacciones.

Si a un obrero que vive en condiciones de inferioridad se le abren perspectivas económicas, sus necesidades serán cada día mayores, y una mayor cultura, adquirida por un mayor bienestar, le harán sentir más agudamente la inferioridad de su estado y deseará con ardor creciente un estado superior. De ahí que el ciclo revolucionario recién comienza a intensificarse cuando se inicia su mejoramiento.

Así ha sucedido en Chile en los establecimientos salitreros y cupríferos, y esto que es indiscutible, ha ocurrido en el mundo entero.

Desde los tiempos en que Robert Owen era estimado en Inglaterra un revolucionario, porque pretendía la reducción de las horas de trabajo de los obre-

ros, de diecisiete a diez horas, y se negaba a ocupar en sus faenas niños menores de diez años, hasta hoy con semanas de cuarenta horas y Código del Trabajo, esta evolución ha sido ininterrumpida.

Estos hechos nos llevan a pensar, no que debe detenerse el progreso material de los proletarios, sino que esta ascensión en sus condiciones económicas no los conduce a la paz social, sino que, al contrario, intensifica la lucha.

Caen, pues, en el vacío aquellos que piensan combatir el marxismo, fundando su esfuerzo en dar ciertas ventajas materiales. Esos políticos o propagandistas que creen, por ejemplo, que toda la doctrina social del Cristianismo consiste en pagar justo salario, mejorar la habitación obrera, y dar desayuno escolar y otras ventajas de esta naturaleza, sólo consiguen incrementar la hoguera y empequeñecer la doctrina. Algunos van más lejos, y quieren también dar clases de religión y "misiones". Para ellos hay una buena frase de Versmeesh, el gran teólogo y moralista, que decía en una de sus conferencias, que para éstos resulta verdadera, en cierta forma, la célebre frase de que "la religión es el opio del pueblo".

Este fracaso del pragmatismo se puede observar en forma evidente en las dictaduras. Numerosos dictadores en América del Sur han sido modelos de honradez y eficacia. Mejoran los caminos, construyen puentes, levantan habitaciones y mantienen un orden bastante regular. Muchos se extrañan que su poder sea tan débil y que las fuerzas comunistas se incrementen, y es porque no han podido comprender que el hombre, en último término, se mueve por otros estímulos.

Esta política de las concesiones materiales sucesivas es la que podríamos llamar el "reformismo patronalista", que se encuentra muy frecuentemente entre

los capitalistas que se dicen católicos. Interpretan éstos las doctrinas católico-sociales en un sentido mezquino. Se fijan sólo en los cambios de la superficie, pero no en el mecanismo. Están dispuestos a concederle todo, siempre que puedan mantenerse en el plano de una clase superior, con el privilegio que de ello resulta, y "conceden o dan" algo para que los que están abajo los dejen tranquilos. Muchas veces esta actitud está inspirada en un verdadero, pero limitado, amor a la justicia. Hay también una posición distinta y es aquella que nace del pensamiento de una verdadera reforma, o mejor, revolución, inspirada en el pensamiento cristiano, para que, penetrando en la masa, en el proletariado mismo, surja a la vida una nueva forma de cultura, que sea una verdadera traducción de esta idea central.

Sintiendo como propia esta idea, la defenderán y tendrán la convicción de inmenso efecto psicológico de que están construyendo su propia expresión vital. Así fué la Edad Media, y hay que estar alerta para no quedar al margen de la nueva Edad que, indiscutiblemente, está naciendo en estas convulsiones.

En el fondo existe entre estos reformistas liberales o conservadores (usamos los términos en su sentido filosófico) un desprecio por las ideas, una falta de fe, un raquitismo en la creencia y en su propia doctrina.

Acusan de materialismo a los marxistas, sin embargo, Lenin escribía: "sin teoría revolucionaria, no hay movimiento revolucionario", y agregaba, que "no se insistirá nunca lo suficientemente sobre esta verdad en una época en la cual se tiende hacia las formas más estrechas de la actividad práctica, y a la propaganda del oportunismo", terminando con esta frase decisiva: "unidad de la práctica y de la teoría es fórmula central del marxismo".

Lenin, que estaba inspirado en el materialismo dialéctico y que demostró saber táctica política, insistió siempre en lo fundamental de la teoría, y recomendaba la más absoluta intransigencia doctrinaria, y a no hacer jamás concesiones teóricas. Para él, toda desviación teórica entrañaba una desviación en la actividad práctica. Y esta propaganda de la teoría la recomendaba no sólo para los intelectuales, sino también y precisamente para los obreros. "Será deber especial de los jefes — escribía—instruir a los militantes en las cuestiones teóricas; liberarse de la influencia de las frases tradicionales, que pertenecen a concepciones erradas del mundo, y que no hay que olvidar jamás que el socialismo ha llegado a ser una ciencia, y debe ser tratado y estudiado como una ciencia. La tarea futura consistirá en expandir con celo creciente, entre las masas obreras, las concepciones más claras que se adquieran y consolidar cada vez más poderosamente, la organización del Partido y los sindicatos. Sólo algunos despreciables intelectuales piensan que basta hablarles a los obreros de la vida de la fábrica y repetir lo que ellos ya conocen desde largo tiempo".

Hitler que es otro de los modernos profetas, cuyos contornos se asemejan más a Lutero, Zwinglio o Huss, que a un estadista cualesquiera, también actúa dentro de su órbita bajo la misma consigna.

"La eficacia de la acción es proporcional a la firmeza y a la constancia de la doctrina" — escribe en el "Mein Kampf", y agrega — "La fuerza brutal ha fracasado siempre hasta aquí contra el marxismo y es porque ella se ha empleado sola". "Combatir contra una potencia espiritual, por medio de la fuerza, tiene un carácter defensivo, y le durará este carácter hasta que la espada misma no se presente como portaestán-

darle que anuncie y propague una nueva doctrina espiritual".

Y el hombre de acción, que ha conocido todos los resortes de la lucha práctica en todos los medios, afirma enfáticamente que "lo que decide es la verdad de una idea en su principio y no la dificultad de su realización".

Es significativo señalar también que en la era primitiva de la Iglesia, cuando el Cristianismo fué realmente vigoroso, no se predicaba un pragmatismo moralista. Por el contrario. Las epístolas de San Pablo, los escritos de los Santos Padres, eran verdaderos tratados de Teología y de las más altas tesis dogmáticas, que no tenían inconveniente de exponer al pueblo, sin el temor de no ser comprendidos. Unían la teoría a la acción y comprendían que no hay verdad que no pueda ser entendida, cuando se quiere realmente transmitirla, para que transforme todos los órdenes de la existencia personal y colectiva.

Se puede establecer como premisa esencial, que en política contemporánea, donde se trata hoy sustancialmente un problema cósmico y se disputa en último término, en razón de la concepción que se tiene del hombre y su destino y se manifiesta en el orden universal de la actividad en sus más pequeños como grandes aspectos, sólo se puede intervenir seriamente, cuando se tiene un pensamiento y una posición universal y creadora, que signifique una respuesta a cada inquietud y a cada expresión humana: sólo así se tendrá vigor y profundidad en la acción política.

Es posible, claro está, obtener éxitos pasajeros, o levantar estados transitorios sobre personalismos; pero la marea revolucionaria subirá en uno u otro sentido, abierta o subterráneamente, si no se la reemplaza por otra revolución que incorpore lo que ella tiene de

justo en sus quejas y amarguras, y pueda darle una más acabada realización.

De ahí que el problema chileno deba plantearse, primero, en el terreno ideológico. Para los apresurados, débiles con cáscara de fuertes, no es ésta una posibilidad. Pero los que real y seriamente quieran transformar nuestras condiciones de vida, deberán comenzar por allí, porque no podrán hacer nada si predominan en la masa ideas que importan una concepción en último término destructora de la sociedad.

Chile es esencialmente un país de repercusión. No hay seguramente un país donde se imite más servil y rápidamente a Europa. Las mismas fórmulas, los estandartes, uniformes y consignas se adaptan con extrema rapidez. Frente Popular, miliciano, rojo, trotskismo, política de la mano tendida, todo va siendo igual. En el resorte filosófico que ha movido a los europeos es donde primero hay que tocar también aquí.

Otros países de América, por sus condiciones raciales, por su mayor conocimiento del pasado, menos contacto con el Viejo Mundo o por mayor personalidad, se mueven dentro de órbitas más especiales. Así en el Perú, el Marxismo adquiere un contenido nacional y surge el indigenismo como tarea especial. Nosotros, sólo seguimos al pensamiento y a la técnica europea. De allí que sean los nuestros problemas que se plantean con un contenido más universal.

Comprender la misión política en este sentido, que es el exacto, supera la acepción corriente, desborda los límites del simple partido político, cuya estructura y método formal ha muerto definitivamente, aunque sus cadáveres sigan flotando en la superficie, para desconcierto de muchos que se aferran inútilmente al pasado accidental, confundiéndolo siempre con el pasado,

Esta misión implica en el fondo "un sentido trágico", entender que se vive el fin de un Mundo y se tiene el privilegio de asistir a un amanecer de la Historia.

Berdiaeff escribe con profundidad: "Los que presentían el porvenir se habían percatado hace tiempo de la inminencia de catástrofes cuyos síntomas espirituales descubrían bajo las apariencias de una vida tranquila y ordenada. Y es que los hechos se desarrollan en la realidad de los espíritus antes de manifestarse en la realidad exterior de la historia. Algo se ha alterado y destruído en el alma del hombre moderno antes que se alterasen y destruyesen sus valores históricos. Y el hecho de que hoy todo el universo sufra principios de disolución no debe extrañar a quienes siguieron atentos los movimientos del espíritu".

Es preciso penetrar en este camino desconocido con la voluntad de hacer y no debe caber duda de que han llegado tiempos "que van a pedir una extrema tensión del espíritu humano".

BIBLIOTECA NACIONAL

SECCION CHILENA

EN BUSCA DE UNA FORMULA

En esta época más que en ninguna otra se ha buscado con ansiedad creciente una fórmula de vida social y cada experiencia se estudia con ahinco casi desesperado. La Edad Media, no considerando la era feudal, que es cronológicamente el antecedente más inmediato del Mundo Occidental y desde donde parten las otras etapas, es un punto de interés. Lo greco-romano es de enorme trascendencia en otros aspectos. En este no puede señalarse.

La Edad Media tiene sin duda la primacía. Algunos piensan que se trata de volver a esta época, como si ello fuera posible aun en la imaginación. Es algo muy distinto. La Edad Media se estudia como una realización en un momento determinado de la historia, y se ven en ella rasgos esenciales de algo que estuvo en vías de realizarse. Es decir, se la mira como una posibilidad truncada por la ruptura de su unidad, y se observa cómo en esas condiciones ciertos principios inmutables aplicados, a pesar de inmensas dificultades, produjeron un estado que, en muchos aspectos, fué de gran perfección.

No se pretende que la Edad Media resultara algo acabado que es necesario copiar. No. Tuvo gravísimas deficiencias. Pero hay que pensar en que ciertos principios e instituciones, actuando entre hombres que recién salían de la más torpe barbarie, surtieron

con un material tan poco apto, un maravilloso resultado proporcional.

Realizó esta Edad Media, entre otras cosas, una unidad espiritual que no se ha conocido antes ni después, un justo equilibrio a pesar de sus imperfecciones, de lo material y lo espiritual y creó un tipo de cultura y una organización social, en que participaron todos los hombres, todos los grupos y todas las clases sociales.

La vida medieval estaba organizada en relación al todo y no de una clase especial. La arquitectura, las grandes construcciones eran la resultante de un pensamiento y de un esfuerzo colectivo, y tanto la concepción como la realización de una catedral gótica estaban de acuerdo, satisfacían y traducían, al que podríamos llamar "hombre de la calle", al artesano y al siervo, que la consideraban algo propio, donde irían a rezar su propia oración. No puede dejar de señalarse que sus más altos monumentos no fueron pirámides para reyes muertos, ni palacios, capitolios o foros patricios, sino lugares en que se manifestaba una fe común y popular.

El teatro, la literatura y la pintura, reflejaban igualmente esta primera idea. Los autos sacramentales, los romances, los cuadros, nos están revelando que no eran una manifestación esotérica para los que pueden darse el lujo de pagarlo y entenderlo.

Una Virgen del Giotto o una pieza de Calderón o Lope de Vega, estaban más al alcance de la muchedumbre que un cuadro de Picasso, un poema ultraísta o una alambicada pieza de Ibsen o Bernstein.

Chesterton, en su "Pequeña Historia de Inglaterra", tiene un capítulo que debieran leer los sociólogos o políticos contemporáneos, donde analiza precisamente el significado de esta época y la armonía de su estructura interna: "La clase educada de nuestros días

—dice—sólo mira ya a las multitudes como agentes de destrucción, aun cuando acepte el derecho que para destruir les asiste. Pero hay que esforzarse por comprender que en aquellos siglos la multitud lejos de destruir, produjo; que aquellas obras maestras las llevó a cabo un artista de muchas cabezas, un artista de muchos ojos y de muchas manos. Y si algún escéptico a la moderna, en su odio por el ideal democrático, encuentra mal que hable yo de obras maestras, por ahora sólo quiero responderle que la misma palabra "obra maestra" procede de la terminología de los artesanos medievales".

En los comienzos de la Edad Media la gran sociedad cosmopolita que antes había sido pagana y ahora se cristianizaba, era un estado esclavo, como lo fué después la antigua Carolina del Sur. Hacia el siglo XII, era ya un estado de propietarios campesinos, como la moderna Francia. No porque se hubiera decretado ley alguna contra la esclavitud; tampoco la había condenado por definición ningún dogma; ninguna guerra se había promovido en su contra, ni la había tampoco rechazado ninguna nueva raza o casta reinante; pero el hecho es que la esclavitud se había ido disipando sola. "Esta transformación admirable y silenciosa nos da acaso la medida más justa de lo que fué durante la Edad Media el peso de la vida del pueblo y de la velocidad con que en aquella Fábrica espiritual se construían las nuevas casas. Tal movimiento fué anónimo y enorme, como todo hecho característico — catedral, baladas, romances — de aquella revolución. . ."

"Acaso es la obra más amplia que se haya realizado jamás por consentimiento mutuo de las dos partes".

Tiene razón Chesterton en quejarse por el desaparecimiento de esta cultura eminentemente popular y

orgánica, no clasista ni especializada, y que si se hubiera logrado mantener la libertad de los campesinos y los gremios sin el predominio de la nobleza y burguesía, "el Renacimiento, habría llegado a ser en su hora, un sistema de educación popular, y no la cultura de un Club de Estéticos. La nueva ciencia habría sido tan democrática como la antigua de los lejanos días de Oxford y el París medievales. El arte exquisito de la escuela de Cellini no habría sido más que el grado superior en la escala de los oficios de un gremio. El drama shakespiriano habría sido representado por obreros sobre tablados erigidos en mitad de la calle, como Pamel y Judy, la más bella realización de los "milagros" medievales, que corría a cargo de un gremio. Los actores no habrían sido entonces los "criados de un rey" sino los amos de sí propios. Si todo esto es un sueño, era una probabilidad irrefutable en determinado momento. La revolución medieval tuvo comienzos muy afortunados para que alguien pudiera prever su fin desastroso".

Este fué el verdadero sentido de la organización medieval, sentido no siempre realizado; pero sí aspiración común del pensamiento.

En el orden económico y social se trabajó por un complejo de prácticas, normas e instituciones que trataban de obtener, y en parte lo obtuvieron, el mismo objetivo.

El trabajo y el capital estaban reunidos en el productor, y de allí nació el artesano europeo, que fué sin duda el más alto exponente del trabajo manual.

En ninguna época el trabajo ha tenido mayor categoría, pues no sólo consistía en producir en serie, sino que llevaba el sello personal de quien buscaba, al ejercer un oficio, un modo de perfección humana. Así nació esa obra de mano que las máquinas más perfectas no han logrado igualar, en la cual, junto a la

maestría técnica, hay como el soplo de un espíritu a ella incorporado.

No de otra manera se concibe que en sus grandes manifestaciones se vean armonizados la perspectiva de lo grandioso y lo esmerado del más oculto detalle.

La idea del poseedor de los medios de producción, como extraño a la faena misma, no se conoció. El maestro es más que un simple "patrón", es el maestro de la obra, mientras que hoy sólo significaría el jefe de los obreros. Para Chesterton, "es carácter fundamental del capitalismo moderno el que el dueño de un Banco, no sepa lo que es un Banco; que el terrateniente no conozca ni el contorno de sus tierras; que el propietario de una mina de oro sólo le interese la porcelana antigua, o que el propietario de un ferrocarril viaje exclusivamente en globo".

Esta situación es la que explica una crítica como la del plusvalor, que en ese entonces no se habría formulado.

El trabajo estaba unido al placer de trabajar y esta disminución de placer es una de las más hondas causas del resentimiento y odio entre las clases. El trabajo humano creó lo agradable antes que lo útil. Primero se reconoció la belleza antes que los valores económicos.

Henry de Man, el gran socialista belga, dice: "las protestas que el marxismo dirige contra el modo capitalista de la producción, se resumen en esta fórmula: el capitalismo ha separado al productor de los medios de producción. Pero lo ocurrido es mucho más grave: el capitalismo ha separado al productor de la producción; al obrero de la obra. Así ha creado un espíritu de hostilidad al trabajo, que el mejoramiento de la vida material agudiza en vez de atenuar; y este mal no se cura con una simple transformación de la propiedad".

Esta certera y profunda afirmación viene a revelar la importancia del factor psicológico que desconoce el marxismo y los reformistas modernos y lleva al propio Man a rendir uno de los testimonios más bellos que revelan la concepción que tuvo del trabajo el Medievo.

Este contraste, dice, se manifiesta del modo más agudo cuando se compara al obrero industrial de hoy con el productor industrial de otros tiempos, el artesano de los gremios medievales. "No importa que fuese propietario o simple inquilino de su casa, taller o su tienda, era el dueño de su trabajo. Creaba por sí mismo un producto para el consumo, compraba la primera materia, disponía de los útiles y de los medios de trabajo y medía el producto por un precio que obtenía casi siempre directamente del consumidor. Determinaba por sí mismo la duración, la intensidad y la clase de trabajo. Las intervenciones exteriores en la reglamentación del trabajo no tenían otro objeto que fijar la jornada máxima, y los reglamentos concernientes a los procedimientos técnicos sólo tendían a asegurar la buena calidad del producto. Además, en ambos casos se trataba de una reglamentación que cada maestro artesano podía cumplir a su modo, y que no hacía sino protegerlo contra lo que él mismo consideraba una competencia desleal. El artesano veía nacer y formarse en sus manos el producto de su trabajo. Su obra no le pertenecía solamente en el orden del derecho de propiedad, sino que era suya también en cuanto dependía únicamente de su iniciativa, de su aptitud profesional, de su celo y de su espíritu creador. Por ello, cada oficio era un arte y cada artesano un creador, y la civilización de esta época era, dicho sea de paso, una civilización armoniosa de trabajo colectivo, ante la cual la nuestra, dominada por el dinero, parece un caos de penosas disonancias. Todo lo que pro-

dujo la civilización medieval queda como testimonio vivo de un apogeo de la historia humana, porque en cada una de sus obras palpita el alma del obrero que la creara. Para el artesano, el trabajo era un placer, una manifestación de su propia vida, un medio de exaltar su personalidad”.

Difícilmente se pueden encontrar palabras más bellas y ricas en contenido, que las de este jefe del socialismo belga, para reflejar lo que fué el régimen de trabajo y la vida social en este espacio histórico. Hay que desentrañar su sentido oculto para el hombre moderno, sus objetivos finales y sus aspiraciones, para penetrar lo que fué como ensayo y lo que significa como experiencia.

Igualmente se combatió el estatismo que destruye la personalidad anulándola y el individualismo, que al exaltarla parcialmente consume su fuerza interior. Estado e individuo se debilitan y pierden importancia, aumentándose la función primaria y natural de organismos intermedios, como son la familia, la región y la profesión traducida en corporaciones.

El hombre no nace esporádicamente ni su contacto es inmediato con la sociedad, sino que se manifiesta a través de otros órganos y asociaciones. Primero es familia, después ocupa un lugar determinado por su forma de trabajo. Cuanto más se robustezcan estos órdenes, mayor defensa tiene la persona frente al Estado, que por ley física trata de absorberla y anularla. Al mismo tiempo tiene una mejor forma de influir en la sociedad, pues en una suma de individualidades aisladas, le queda sólo el voto político, ejercido a través de espacios muy anchos de tiempo, y condicionado por tan gran número de factores que lo desvirtúan, quedando sólo una caricatura de poder individual. Evita también un individualismo extremo que atomiza el cuerpo social y que prácticamente, a poco

andar, significa el estatismo, ya que el término fuerte anula al débil, que carece de formas que le permitan expresarse.

De aquí que este ensayo de equilibrio social se produjera entre el rey y el señor feudal en lo político, y entre éstos y los burgos, con sus fueros, por los cuales muriera Juan de Padilla y los comuneros ante la invasión centralista de Carlos V y florecieran las Repúblicas italianas y las más bellas ciudades de la Europa. Todavía los dramas castellanos nos guardan el eco y el sabor de este poder de los alcaldes que en casos superaba al del rey.

Y dentro de lo económico, el régimen corporativo permitía la existencia de una economía planificada o tal vez dirigida y una excelente educación profesional, que adquiere hoy de nuevo su importancia. Las más avanzadas conquistas de la legislación moderna y del nuevo espíritu social se refieren a la necesidad de descubrir las vocaciones individuales, pues implica una forma de respeto a la persona humana y a la significación de su destino y función, el buscar en sus aptitudes y deseos el origen y la razón de ser de sus actividades futuras.

El liberalismo industrial que entregaba a las generaciones de jóvenes trabajadores en la máquina inmensa de las fábricas, sin averiguar sus antecedentes ni sus posibilidades, creaba categorías de obreros sin amor ni responsabilidad en la tarea que realizaban. Se pensaba que sólo las profesiones de carácter intelectual requerían una especialización y adiestramiento previo, como si el esfuerzo manual no fuera una manera noble y permanente de "ganarse el pan con el sudor de la frente".

Nuevamente se comienza en algunos Códigos del Trabajo, como el francés, después de las últimas modificaciones, a hablar en primer término de "contrato

de aprendizaje", de ese aprendizaje que era obligatorio en los gremios de la Europa medieval.

Toda la economía estaba al menos dominada por una idea de servicio al hombre y tenían primacía los órdenes de producción antes que los de especulación; se determinaba el precio y el salario justo y se trataba de relacionar las necesidades del consumo con la cantidad de los productos. Modificaba el sentido de la propiedad privada, que declaraba conforme a Derecho Natural, pero no impuesta por éste, condenaba el préstamo con interés y se trabajaba por que las desigualdades entre los hombres, que son naturales, fueran lo menos violentas posibles.

Es cierto que esta doctrina y esa organización no siempre funcionaron normalmente. La crueldad, el egoísmo, y el carácter contrapuesto suscitaron muchos y muy hondos conflictos. Pero queda en pie una experiencia del más alto valor, cuyos principios no totalmente realizados importan un camino que no puede olvidarse ni menos destruirse.

Para juzgarlo dirá Waldo Frank que "la vida de la humanidad occidental en tanto que cuerpo orgánico alcanza su plenitud en lo que se llama la Edad Media. Después de una dolorosa y cruel selección, el pensamiento y la forma del mundo Mediterráneo terminan por constituir un Todo en el cual el individuo participa. Aristóteles, Platón, Plotino, los Profetas, los Padres de la Iglesia, los caballeros, los monjes, son los constructores de este Todo que abarcaba la vida de todos los hombres. El Papa Gregorio VII que proclama la soberanía unitaria de Roma, le da un corazón a este Todo. Santo Tomás de Aquino le da una lógica y una conciencia. Dante, Wolfran y Petrarca, cantan su himno culminante... Su esplendor deviene inmortal, porque fué ésta la primera tentativa consciente de la humanidad occidental para realizar, en bene-

ficio de todos los hombres y de cada hombre en su integridad, un solo Todo espiritual”.

Sombart al estudiar los orígenes del capitalismo moderno, nos dirá después cuán poderosa resistencia opuso el mundo medieval, dominado por la idea que la economía está sujeta a la ley moral y al servicio del hombre, a las nuevas corrientes que hacían del lucro el fin de la vida social .

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

DE LO INDIVIDUAL A LO COLECTIVO

Después de un ciclo conocido en que se rompe la unidad espiritual en lo religioso, con la Reforma Protestante; en la filosofía y en la "inteligencia" con el siglo XVIII, necesariamente debía realizarse una nueva era en el terreno político: es el siglo liberal, que prácticamente duró muy pocos años, pues se destruyó a sí mismo.

De la Revolución Francesa nació un nuevo estado. No era él, la resultante de una serie de funciones y de agrupaciones de individuos organizados. Era algo más simple: una reunión de individualidades aisladas que generaban por el sufragio universal a un Estado que debía teóricamente asegurarles el máximum de libertad e igualdad.

El nuevo orden social era una reacción contra la etapa degenerada del corporativismo que persistía como un tropiezo, muerta su finalidad y espíritu, y en contra de las clases sociales transformadas en castas y de regionalismos convertidos en obstáculos graves para la formación de las nacionalidades modernas.

Su advenimiento estuvo acompañado de las más risueñas esperanzas. Nunca tal vez los hombres han puesto tanto fervor y optimismo en una causa. El progreso sería indefinido, desaparecerían las tiranías, las injusticias y la ignorancia, y un tipo de hombre superior, producto de la ciencia y liberado de todos los

mitos que habían ennegrecido la vida hasta ahora, surgiría como consecuencia necesaria.

Por desgracia, la ilusión no ha durado mucho. Fué su curso muy fugaz y si en un momento, como toda ilusión, sirvió de impulso para el progreso, ésta murió pronto para dar camino a otra que llega con el mismo furor, pero ya teñida de amargura.

El liberalismo debía ser el primer paso de un proceso a cuya liquidación asistimos.

Thomas Mann en la "Montaña Mágica" pinta en una conversación entre dos de los mejores personajes de su ficción todo el hondo contenido del drama contemporáneo. "Le invito a que use un poco de la lógica — contestó Naphta, espíritu de la escolástica, a Setembrini, espíritu del Renacimiento—, o bien Ptolomeo y la escolástica tienen razón y el mundo está limitado en el espacio y en el tiempo; si es así, la Divinidad es trascendental, la oposición entre Dios y el mundo existe, y el hombre también es un ser dualista. El problema de su alma coexiste en el conflicto entre lo físico y lo metafísico y todo lo que es social queda en un plano secundario. No puedo aceptar por consiguiente más que este género de individualismo. O bien, nuestros astrónomos del Renacimiento encontraron la verdad y el universo es infinito. En este caso no hay mundo trascendental, no hay dualismo. El más allá se halla integrado por el pasado y el porvenir: la oposición entre Dios y la naturaleza desaparece, entonces, dentro de esta hipótesis; la personalidad humana no es ya el lugar donde se encuentran dos principios enemigos: es una y armoniosa y, por consiguiente, el conflicto interior del hombre se refiere únicamente al conflicto entre los intereses del hombre y los de la colectividad, y el objetivo del Estado, constituye a la vez la moral".

Y es así. Ya Descartes al fundamentar su filosofía en el yo, destruía las bases objetivas del conocimiento, y Rousseau, al establecer el origen del Derecho y la ley en un pacto, entrega en último término éste a la voluntad cambiante de la mayoría.

Si no existe un Derecho natural, anterior y superior a toda conveniencia particular, pactos sucesivos pueden ir cambiando todos los regímenes.

Al aceptarse con la filosofía espiritualista y cristiana el dualismo del hombre: individuo y persona, hay un límite para la acción de la sociedad y por consiguiente del Estado. La persona, por tener un alma inmortal, es anterior y superior al Estado y tiene derechos inalienables y naturales que le garantizan la consecución de su finalidad personal y superior, finalidad que va más allá que todo el conglomerado humano y destino que no puede cumplir sino ella, sin que ninguna fuerza pueda sustituirla o desviarla.

Es el conflicto del hombre y Dios. La concepción que se ha llamado Teocéntrica. Estos derechos a la vida, a la libertad, a la defensa, a la familia, no pueden desconocerse. En el fondo ésta es la única defensa de toda tiranía. Si se destruye esta tesis fatalmente la persona humana desaparece.

No nos lleva tampoco a la anarquía, pues como individuo en su aspecto temporal pertenece al cuerpo social donde desempeña funciones diversas y orgánicas.

La otra hipótesis, la del subjetivismo, de la cual Rousseau fué el mejor exponente, ve en la sociedad sólo individuos que se ponen de acuerdo para vivir en común y que crean por contratos sus mutuos derechos y obligaciones. Ya el Derecho, en sus principios, no es algo objetivo, es sólo el reflejo de la voluntad general.

Pero al crear este sistema se ha colocado un término débil — individuo — frente a un término fuerte — colectividad — que se manifiesta en el Estado, y no habiendo derechos intocables éstos se irán modificando y a través de la voluntad general manifestada por la mitad más uno, se pueden llegar a suprimir todos los derechos y se podrá limitar por ejemplo el de la vida por la eugenesia y después por la eutanasia, reglamentar el derecho a perpetuarse, declarando que hay hombres más o menos aptos y razas superiores, como se ha establecido en ciertos países.

El peso de lo anónimo y colectivo "que es lo que dura y parece eterno y estable" tiene por ley física que absorber la individualidad "con su vida efímera y que parece como un accidente de lo colectivo". Si cada hombre tiene derechos como miembro de una familia, de una corporación, de un municipio, sabrá cómo influir: aislado es sólo la víctima de la masa, o del Estado que crece en la burocracia y tal es así que a pesar de todos los esfuerzos antes de cincuenta años nace el sindicalismo que es el más claro mentís de una posible sociedad liberal individualista.

Bien lo dice el personaje de Mann, en este caso la regla moral la dicta el Estado. Muchos reaccionan contra el hecho, pero aceptan prácticamente la teoría que lo engendra como resultado fatal. O se concibe a la persona con su destino eterno, envoltura de un alma inmortal, o se le estima sólo individualidad material y entonces el Estado la dominará y determinará.

Si se conviene en lo segundo es preciso ser lógico y aceptar que mañana un contrato social suscrito por la mayoría organice un Estado comunista, ya que en lo teórico nada se le puede oponer. Si se acepta lo primero, se establece una verdadera y eficaz defensa de la dignidad del hombre.

Rousseau, y con él la sociedad futura, establece la infalibilidad del pueblo soberano, cuya voluntad se traduce en una operación aritmética.

“La voluntad general —dice— no mira sino al interés común, la otra mira al interés privado, y no es sino la suma de voluntades particulares; pero contando en esas mismas voluntades el más y el menos que se autodestruyen, resulta por suma de las diferencias, la voluntad general”.

“Fuera del contrato primitivo (que según Rousseau, aunque nadie lo haya comprobado, se celebró por unanimidad), la voz del mayor número obliga a todos los miembros de la sociedad”.

“Cada uno, agrega después, deposita su sufragio y del cálculo de los votos se desprende cuál es la voluntad general. Cuando la opinión contraria a la mía es la que vence, esto no prueba otra cosa sino que yo me había equivocado, y que aquello, que estimaba era la voluntad general, no existía.”

Es cierto que el mismo Rousseau consciente de lo que significa su tesis quiso limitarla, pero sus limitaciones resultan pobres diques para el torrente que se despeña de sus premisas.

Se ve, además, cómo la soberanía reside en el individuo y cómo toda ley nace de su voluntad que se transmite a través del sufragio. Pero en la práctica nada más débil que este soberano. Un voto es la mayor de las ilusiones, en cambio el poder anónimo y aplastante del número que es infalible destruye toda ilusión de poder. De ahí que el individualismo lleve al estatismo.

Gonnard precisa muy bien esta idea en su Historia de las Doctrinas Económicas: “Es muy fácil —dice— conciliar la antinomia aparente, si se admite que individualismo y socialismo son dos términos consecutivos y que el segundo no es sino una formidable

excrecencia que se desarrolla sobre el primero. A pesar de las apariencias, el abismo no es tan hondo. De un grupo de hombres aislados y libres se pasa más fácilmente, sin duda, a un Estado autoritario y omnipotente que lo que podría acontecer en una sociedad compleja empíricamente construída, comprendiendo numerosos grupos intermedios entre el Individuo y el Estado. Y no sólo el paso es más fácil sino que la transición es lógica."

Hay en la manera como Rousseau parte de la idea del hombre que "nace libre" para terminar con su libertad aplastada por el despotismo que establece el "Contrato Social" como una prefiguración de la filosofía de la Revolución Francesa que proclamará la idea de la propiedad derecho absoluto para terminar con la negación de esa propiedad en el colectivismo o el comunismo: un individuo menos libre, no habría visto su libertad tan fácilmente destruída por una lógica de oposición pendular. Y una propiedad menos absoluta no habría podido ser tan fácilmente absorbida: porque el individuo "libre" y su propiedad "absoluta" no se habrían encontrado solos y desnudos de todo medio frente al Estado.

Esto tiene una prueba muy práctica en los hechos: en ninguna parte existe más respeto por la propiedad que en aquellos en que ésta cumple con sus funciones sociales y tiene justas limitaciones; y en ninguna está más amenazada de perecer, que en aquellos donde se la acapara y se estima un derecho absoluto e intocable. En Francia, donde hay una fuerte clase de propietarios campesinos es estable; en Chile, en cambio, está más amenazada.

Pero esto que se planteó en el terreno puro de las ideas iba a tener una comprobación efectiva en el transcurso de pocos años. Cada una de las teorías de Rousseau debía derivar fatalmente a un punto que

resultaba contradictorio para aquellos que miran la superficialidad nominal de la exposición y no su lógica interna: antes de cien años este hombre que "nace libre", que es naturalmente bueno y que es soberano políticamente a través del voto que manifiesta la voluntad general, iba a conocer el capitalismo y el comunismo, dos formas muy semejantes de tiranía económica, la dictadura de los partidos en la política; de los sindicatos en la profesión; del espíritu de clase en lo social. De su libertad no queda sino una caricatura, porque no es libre quien está oprimido por una Confederación Marxista, ni el que soporta los vaivenes de la finanza internacional, de la cual prácticamente nada sabe; ni quien tiene que tratar con una burocracia de mil cabezas, condensación material del Estado todopoderoso.

Este proceso lo relata muy profundamente, entre otros, Reynolds; "El liberalismo es la filosofía de la gran burguesía, la que más tarde se calificará de capitalista, pero que es justo llamar intelectual: su postulado esencial en lo político es el parlamentarismo, o la democracia indirecta, representativa con un sufragio prácticamente restringido. Como revancha, la democracia con sufragio universal amplio es un postulado de la pequeña burguesía inspirada en el radicalismo. El socialismo es por último la fórmula de la clase obrera, y por él la democracia llega al comunismo. Esto demuestra que desde el principio, la democracia tendía a desbordar el liberalismo estando en la lógica de éste; el socialismo tiende a su vez a sobrepasar a la democracia, estando contenido en la lógica de ésta; y como, en fin, el comunismo estando en la lógica del socialismo tiende a su turno a desplazarlo."

Al establecer esta evolución lógica en el plano de las ideas e históricamente cierta ya, en el plano real, resultan decisivas las frases de Lenin que escribiera:

“La República democrático-liberal es la etapa que conduce directamente a la dictadura del proletariado. No es esta fórmula la que pondría fin a la dominación del capital, ni en consecuencia a la esclavitud de las masas y a la lucha de clases; pero en cambio le dará a esta lucha una profundidad, una extensión y una aspereza tales, que una vez que aparezca posible la satisfacción de las necesidades de las masas oprimidas, esta posibilidad se realizará fatal y únicamente por la dictadura del proletariado.”

El liberalismo representa una etapa que podría llamarse aristocrática. Son los intelectuales influenciados por la mística cientista y del progreso, ajenos a los antiguos prejuicios, que quieren por sobre todo libertad. Su actitud suprema es la tolerancia. Pero ésta es una etapa, diríamos, elegante, y está simbolizada por el gentleman en el parlamento, por el pioner del capitalismo en lo económico. Las muchedumbres todavía no han cogido el pensamiento de la Revolución Francesa que sólo fué para ellas un estallido y una orgía de ideas, acontecimientos y sangre. Es un grupo cualitativo el que pasa a gobernar y está en general desvinculado de la masa.

Se lucha por la libertad de reunión, de palabra, de culto.

El aspecto teológico cobra singular importancia y en las Cámaras, hombres salidos de la burguesía triunfante, discuten apoyándose en enciclopedistas y clásicos.

Pero la democracia radical iba a cambiar el cuadro con sólo acentuar los colores. Sus objetivos van más allá que la simple afirmación libertaria y de un tipo de libertad manejada por hombres medidos y educados. Su democracia radical habla de igualdad y no de igualdad teórica, sino principalmente económica. A la antigua política de calidad sucede la inter-

vención de la masa y se insinúan los primeros conflictos obreros.

Ya la tolerancia es menor. De este radicalismo saldrá principalmente la instrucción laica. La igualdad debe realizarla alguien y ese alguien es el Estado, y para realizarla deberá intervenir en lo económico, en lo político, en lo educacional y en el hecho restringir la libertad. Pero con la inestabilidad gubernamental, el órgano efectivo de poder es el funcionario.

La burocracia nace y se desarrolla y la democracia radical tratará de ocupar los cargos y disponer de esta arma intervencionista.

Prácticamente el liberalismo está sepultado en sus formas, en su estilo de vida, en sus creencias más caras. Un tipo social de extracción más popular, de cultura menos exquisita, más violento y decidido ha venido a reemplazarlo. Al poder del Parlamento, elegante tribuna, sucede el poder del Estado y el de la calle.

De ahí al socialismo no hay sino un paso: es cuestión de que el Estado siga su camino, que el sufragio se extienda suficientemente, para que la reivindicación de carácter económico le imprima su rumbo a todo el mecanismo.

"El liberalismo, generoso en sí, es débil; la democracia que es intransigente tiene una fuerza mayor; el socialismo que es tiránico llega a ser todopoderoso".

Nuestro país es uno de los mejores ejemplos de esta evolución sujeta a leyes inflexibles. Primero fué el liberalismo romántico, de los discursos frenéticos, de la poesía, del amor a todas las libertades. Los liberales económicamente en nada se distinguían de las clases conservadoras: sus preocupaciones son de orden filosófico y quieren desterrar el teocratismo. Para ellos es fundamental el problema del patronato, de los cementerios laicos, de la libertad de prensa. Son

sus personeros hombres finos, aristócratas de gran cultura, pletóricos de buenas intenciones, con fe invencible en el mito del progreso.

El sufragio universal no existe ni siquiera en sueños. Se definen las contiendas entre los grupos cualitativos de los dirigentes.

La tentativa ardiente de don Benjamín Vicuña Mackenna, que quiere hacer intervenir a la masa en una elección presidencial, se estrella contra una inercia oscura, amorfa, inerte.

Pero el camino sigue a través del tiempo y los radicales ya son de otra extracción social: son los profesionales de clase media, mineros del norte, empleados de la administración. Presentan las primeras reivindicaciones, significan un primer sentido de clases, se dirigen a otros estamentos sociales más amplios. Después ya no sólo será la clase media: es el pueblo, que ha surgido a la superficie y que desea sobre todo una revolución estructural, que intensifica la oposición con la clase capitalista, que tiene la intransigencia de lo simple y de lo primario. El Estado que es el instrumento cada día más concentrado de poder es el objetivo. El individuo está totalmente dominado por lo colectivo, por las nuevas disciplinas y sugestionado por los nuevos mitos.

Disponiendo del sufragio universal manifiesta, como lo pedía Rousseau, cuál es la voluntad general por la diferencia entre los más y menos o los sí y no que se destruyen, y con esta expresión mayoritaria quiere hoy un Estado socializado.

Y si a algún liberal de esos de primera hora esto le asusta o desagrade, se le puede contestar que el pontífice de la escuela, su maestro Rousseau, ya dijo que: "Cada uno deposita su sufragio y del cálculo de los votos se desprende cuál es la voluntad general. Cuando la opinión contraria a la mía es la que vence,

esto no prueba otra cosa, sino que yo me había equivocado.”

Este proceso no es casual. Estaba en la lógica interna de las ideas que han dominado los acontecimientos del mundo contemporáneo, porque toda organización social y política deriva en último término de una concepción del hombre y de la vida. Son las ideas, las concepciones de la mente las que van engendrando las organizaciones, como formas que las animan y les dan vitalidad. Gastada la idea que las engendró, las formas exteriores son cáscaras arrugadas y vacías que estallan al primer choque arrastrando en su caída muchas protuberancias de la superficie. Pero ya una nueva forma viva ha nacido y la reemplaza. De este proceso, sin embargo, van quedando en pie valiosas experiencias y resultados. Nada de lo que sucede carece en último término de significación y hay una razón profunda que lo justifica. Son verdades olvidadas que se destacan sin armonía, y que era necesario valorar. Errores absolutos, integrales no existen. Hay en todo error, ya es viejo principio, un fondo de verdad. Pero estas “virtudes locas” como las llamara Chesterton, sin la necesaria relación con otras que las equilibren producen al fin un resultado fatal. De ellas queda sólo un aspecto que no hay que olvidar y que integrará la sociedad futura. Diremos con Reynolds:

“Cada régimen ajusta una piedra al edificio siempre inconcluso. De todas las piedras que él aporta hay una sola buena: la que queda incorporada en el muro: El liberalismo nos ha hecho comprender que el hombre es un ser libre por naturaleza y que el Estado debe respetar las libertades personales. La democracia nos ha hecho comprender que el bien del pueblo es la suprema ley de todo gobierno. El socialismo nos ha hecho comprender que el obrero debe ser tratado como un hombre y que la justicia política no basta y que

es necesario hacer justicia en lo social. Estas tres piedras forman el ángulo de todo nuevo régimen verdaderamente estable, cualquiera que sea."

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

EL ESTADO LIBERAL Y EL CAPITALISMO

El Estado liberal se fundamenta teóricamente en la soberanía del pueblo y no reconoce cuadros orgánicos que lo integren.

Dentro de él no hay sino individuos libres iguales y poseídos de espíritu fraternal. Son los postulados de la Revolución Francesa. Por desgracia la realidad ha sido muy diferente y hemos podido contemplar y sufrir cuáles son sus efectos.

En el orden económico y social se caracteriza el siglo XIX por la destrucción del artesano independiente, que trabaja por algo más que un estrecho espíritu de lucro. La separación del capital y del trabajo se hace cada vez más honda, y desaparecidos los organismos intermedios se opera una rápida división horizontal, agrupándose los hombres en dos clases: la que posee los medios de producción, o sea, la clase capitalista y la que tiene sólo su fuerza productora de trabajo, o sea, el proletariado. Las clases medias tienden rápidamente a proletarizarse.

La iniciación no puede ser más penosa. Las concentraciones urbanas, antes que la planificación de las ciudades se perfeccione, son trágicas. La carencia de toda legislación que después ha nacido y dado origen a los Códigos del Trabajo permite los peores abusos. No hay limitación en las horas de trabajo y se consideran revolucionarias las peticiones que las reducen a

doce por jornada diaria; los niños y las mujeres son enviados a faenas subterráneas y trabajos nocturnos, los salarios están sujetos a una verdadera ley de bronce que los reduce al mínimo. No sin razón, y hay que pesar el valor de la frase, León XIII, un Papa, puede decir que "unos cuantos hombres opulentos y riquísimos han puesto sobre la multitud innumerable de proletarios un yugo que difiere poco del de los esclavos". La gran burguesía que dispone del Estado dentro de su concepción liberal ignora todo el horror de este régimen.

Pero en el campo exclusivamente económico se iba operando rápidamente una transformación. El poder económico tiende a concentrarse. Primero la lucha se plantea entre industrias diversas en los mismos ramos, hasta que algunos, después de las fieras batallas que se traban en el mercado que sigue la "sabia" ley de la oferta y la demanda, llegan a monopolizar dentro de las naciones uno o varios productos determinados. Dominado el mercado interior, la lucha se traslada al terreno internacional y así llegan a formarse estos grandes poderes financieros que dominan en el mundo entero. Basta citar el caso del petróleo, del cobre, del salitre y tantos otros. Sin embargo, no es sólo éste el aspecto digno de considerarse. Este mundo de la gran finanza necesita actuar a través del poder político y de allí nacen las secretas, pero ya conocidas interferencias del gobierno con los grandes financistas o poderes económicos. La gran finanza no necesita de diputados ni de ministros, ni concurre a elecciones. Posee una cosa mucho más importante en el mundo de hoy: el dinero, y el dinero sirve para comprar y corromper. Ya lo dijera en viejo romance el Arcipreste de Hita: "el dinero quebranta cadenas dañosas, por todo el mundo faze cosas maravillosas."

La banca, las grandes compañías, pesan más que las decisiones de muchas asambleas y tienen mil medios sutiles y una extrema facilidad de adaptación para introducirse en todos los regímenes.

Esta colusión de fuerzas es aún más irresistible en países pequeños, como el nuestro, donde esta gran finanza que actúa desde los principales centros internacionales, puede regular el crédito externo y tiene la fría imperturbabilidad de quienes envían sus aportes y tratan a sus dominados con el desprecio lejano de un conquistador.

Este hecho es indiscutible. El testimonio de Pío XI no puede tacharse de extremista y sin embargo en un párrafo que titula "A la libre competencia sucedió la dictadura económica", describe este proceso con un vigor que ninguno de los materialistas dialécticos ha alcanzado: "Primeramente salta a la vista —dice— que en nuestros tiempos no se acumulan solamente riquezas, sino se crean enormes poderes y una prepotencia económica despótica en manos de muy pocos. Muchas veces no son éstos ni dueños siquiera, sino sólo depositarios y administradores que rigen el capital a su voluntad y arbitrio.

"Esta acumulación de poder y de recursos, nota casi originaria de la economía modernísima, es el fruto que naturalmente produjo la libertad infinita de los competidores, que sólo dejó supervivientes a los más poderosos, que es a menudo lo mismo que decir, los que luchan más violentamente, los que menos cuidan de su conciencia.

"A su vez esta concentración de riquezas y de fuerzas produce tres clases de conflictos: la lucha primeramente se encamina a alcanzar ese potentado económico; luego se inicia una fiera batalla a fin de obtener el predominio sobre el poder público, y consiguientemente el poder abusar de sus fuerzas e influen-

cia en los conflictos económicos; finalmente se entabla el combate en el campo internacional. . .

“Las últimas consecuencias del espíritu individualista en el campo económico las estáis viendo y deplorando: la libre concurrencia se ha destrozado a sí misma; la prepotencia económica se ha suplantado al mercado libre; al deseo de lucro ha sucedido la ambición desenfadada de poder; toda la economía se ha hecho extremadamente dura, cruel, implacable.”

Este es el cuadro más vívido y exacto que se puede dar de los resultados económicos del sistema liberal individualista. Podría suscribirlo el más revolucionario de los marxistas, lo que podría significar que más de alguno pensara que por ello el Papa se ha hecho socialista, cuando lo único que se puede concluir es que sin ser marxista se debe estar contra un sistema que acarrea tales consecuencias.

Resulta un tanto pueril probar cómo esta libertad se ha destruido a sí misma en un mundo de autarquismos, de economía de trueque, de control de cambios y de moneda dirigida. Pero es preciso remontar a los orígenes primeros para descubrir las fuentes mismas de los errores y no creer que volviendo a ellas es como se remedia la actual situación.

En lo económico la libertad ha muerto por la dictadura ejercida por la gran finanza y hoy además por el capitalismo estatista, ejercido a través de la burocracia.

En lo social sucede algo parecido. Pretendió la Revolución Francesa y sus doctrinarios que los hombres “no podían agruparse en virtud de sus pretendidos intereses comunes”. Por lo menos así lo establece la ley Chapellier que disolvió los gremios ya degenerados de la Edad Media.

Olvidaron estos filósofos y sus políticos que estos organismos han existido a través de todos los tiempos.

Existieron en Roma y se llamaron Collegia, en Grecia, eranoi y thianoí, en Egipto y Oriente, apareciendo después en el Medievo. No son pues pretendidos intereses ni creaciones de la ficción, los que los originan. La historia constante de todos los pueblos revela que son connaturales a la sociedad. No habían pasado cincuenta años de la era liberal, cuando ya nació para desmentirla el movimiento sindical moderno, que agrupa a millones y millones de trabajadores en organizaciones propias que han alcanzado inmenso poder. El sindicato es hoy un instrumento de lucha del proletariado y cuenta con medios económicos, mística y férrea disciplina.

Pero aún más importante que el hecho sindical, es la lucha de clases que ha cobrado en esta época una intensidad y una profundidad hasta ahora no conocida. Los hombres se han agrupado simplemente en dos grandes sectores, ya que carecían de toda expresión profesional, vertical y orgánica que los permitiera integrarse en el complejo económico y en la vida social. Faltos de estructura han recurrido a lo simple, y lo simple es ver unos cuantos poseedores de capital e innumerables poseedores de la fuerza de trabajo.

No se trata de que en otras épocas esto no haya sucedido; pero como lo observa el propio Marx y después Lenin, ha sido este sistema el que ha agudizado el fenómeno dándole una virulencia desconocida.

Entre tanto el Estado concebido como la resultante de la voluntad general se encuentra superado por estos hechos que lo dominan y lo arrastran y ante los cuales no tiene eficaces medios de acción.

Los fenómenos económico-sociales surgen, por último, al plano de lo puramente político. Pensar que realmente alguna vez la masa tuvo verdadera soberanía es ingenuo. En el fondo siempre ha sido mane-

jada por caudillos y pequeños grupos que han dispuesto de su fuerza y que han sido omnipotentes. Observa el uruguayo Zum Felde que "el pueblo en sí mismo, no puede tener una opinión definida sobre los complejos problemas político-sociales del Estado, así en lo que atañe al orden interior como al exterior. El pueblo es un elemento intelectualmente infantil y refleja la opinión que los dirigentes proyectan sobre él mediante la propaganda. . .

"El pueblo políticamente no es una fuerza con dirección propia; es un elemento que se mueve en el sentido en que lo impulsan ciertas energías ejercidas por una minoría dirigente.

"Siempre hay un jefe, un caudillo —sea de un gobierno o de un Partido, y a menudo de ambos a la vez—, rodeado de un Estado Mayor de lugartenientes hábiles.

"La historia de la democracia sigue siendo así, la tan condenada y menospreciada historia de los reyes y de los grandes hombres. Ya apenas quedan reyes de derecho hereditario, con autoridad suprema; pero hay Jefes de Estado o Jefes de Partido, altos magnates gubernativos, componentes de una minoría oligárquica, y entre ellos está todo el juego de la historia política contemporánea.

"En ellos está la real soberanía, que ejercen mediante el aparato democrático liberal y parlamentario."

Al antiguo partido de asambleas bulliciosas y de discusiones internas suceden los partidos militarizados, disciplinados, donde sólo se dan órdenes y no se discute y donde manda un jefe supremo en el cual se deposita la totalidad del poder. Allí ha muerto hasta la sombra de la libertad o bien del demo-liberalismo.

El uniforme, la formación regular, el saludo, la exaltación del que manda son claras manifestaciones de la nueva estructura.

En ellos más que nunca la soberanía no está en la masa que debe obedecer. Para sugestionarla ciegamente han surgido los nuevos poderes: la radio, la prensa, el cine. A través de ellos se crean mitos, se despiertan o cargan pasiones, se modifican sentimientos. El hombre de la calle —el pueblo— está sometido al monstruo de la propaganda que puede mudarle todos sus conceptos, dosificarle las noticias, crear el acontecimiento, regular las sensaciones y mostrarle a través de "su" prisma todo el simultáneo acontecer universal. Nunca la opinión ha estado más expuesta a la tiranía. Son unos pocos los que disponen de estos instrumentos capaces de hacer surgir o matar una fe. Ni el más despótico de los monarcas antiguos pudo disponer de tales elementos para propagar o agigantar su tarea.

Y estos poderes y partidos han desbordado de tal manera al régimen democrático-liberal, que ya no ocultan su desprecio por él y lo hace renunciar a sus más caras afirmaciones.

Para estos nuevos partidos el Estado es simplemente el instrumento más útil para crear un orden determinado y asegurar el aplastamiento definitivo del adversario.

El marxismo sostiene como tesis que está llamado a superar la etapa transitoria del democratismo y a instaurar la dictadura del proletariado.

Los partidos comunistas y fascistas han realizado esta tesis en Rusia, Italia y Alemania y nadie de buena fe entre los que luchan por "la defensa de la democracia" podría asegurar que el partido comunista es allí un partido cualquiera como en los países en que rigen constituciones democráticas o que el Estado no es el instrumento totalitario de partidos cuya estructura e ideología es también totalitaria,

Pero lo más grave que le ha sucedido a este régimen es precisamente que para poder subsistir ha tenido que ir imitando a los absolutismos totalitaristas y pareciéndose cada vez más a ellos, cayendo en uno u otro de estos despotismos, cuyas técnicas por lo demás son muy parecidas.

"La libertad política plena, puede asegurarse, en las condiciones actuales, conduce irresistiblemente a la pérdida de la libertad, porque hace posible el predominio de los despotismos ideológicos absolutistas, sean de izquierda o de derecha (marxistas o fascistas)".

Este es el balance en el orden económico, social y político del régimen democrático-liberal, que falseó el concepto de la democracia y de la libertad.

El ejemplo de lo que es la economía chilena, dominada por el poder financiero internacional; de la violenta lucha de clases, y de la dictadura partidista que asalta el Estado queriendo transformarlo radicalmente, prueban hasta la evidencia la realidad profunda de estos teoremas.

SIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

FUERZA Y DEBILIDAD DEL MARXISMO

El marxismo es, según sus mejores intérpretes, una concepción del mundo, que a través del socialismo y el comunismo ha penetrado profundamente la sociedad contemporánea. Constituye una especie de religión, pues significa una fe, una mística, una jerarquía, conoce apóstoles y mártires, ha sufrido persecuciones y ha tenido triunfos resonantes. No es una verdad o un error cualesquiera, ni forma un partido más. Se parece mejor a esas grandes herejías medievales que convulsionaban la Europa o a una de esas invasiones que hacían temblar al Imperio Romano hasta que lo destruyeron. La diferencia estaría en que los bárbaros están ahora en el interior mismo de las sociedades.

Su propagación ha sido rápida y extensa, pues, se encuentra en todas las latitudes. Se debe ello a que representa una concepción simple de los problemas, lo que hace fácil su asimilación por las masas. Es efectivo que el materialismo dialéctico en su exposición técnica es de aparente complicación y que el "Capital" es un libro difícil de leer. Pero hasta las masas ha llegado el llamado materialismo vulgar, cuyas fórmulas de lucha de clases, de explotación del proletariado y de revolución universal son fácilmente aprehensibles.

La otra razón de su éxito es su presentación científica,

Domina al mundo contemporáneo el mito del cientismo. Los pseudointelectuales que imperan en el mercado de las ideas aman la terminología de iniciados y el aparato técnico. Y en eso el marxismo los satisface muy profundamente. El bárbaro con alfabeto y con el sacro temor de la ciencia es una de las peores plagas que ha conocido la humanidad, pues creyendo saber, es absolutamete inculto, ya que no posee el verdadero sentido ni de las cosas ni de su propio destino, unido todo ello a una exasperante pretensión. Nutrido en el libro moderno de última factura, o de la revista ilustrada, desconoce los verdaderos valores humanos. Frente a él, un modesto campesino o un obrero no envenenado, que tiene el contacto simple y natural de la existencia, posee una cultura más rica.

Pero hay una razón aún más honda que justifica este éxito. El marxismo ha puesto todo su acento en el problema social, ha descubierto la miseria en que viven millones y millones de trabajadores y ha tratado de levantarlos. Ha acentuado el concepto de justicia que había sido olvidado y falseado, y al destacar una verdad y combatir el error de una estructura social injusta ha tenido inmensa acogida.

Resumir esquemáticamente la teoría marxista es tarea relativamente sencilla.

Heredó Marx los elementos de su construcción de dos filósofos alemanes: Hegel y Feuerbach. El primero creó la teoría del conocimiento, fundada no en la lógica de la evidencia, sino en el principio de contradicción. No es efectivo que las cosas no puedan ser y no ser. Al revés, el hombre sólo puede conocer por oposición a una idea contraria. Así, la idea de ser se afirma y se concibe sólo por oposición con la idea de no-ser.

Pero Hegel cree en la realidad de las ideas: la materia es sólo representación de ellas. El hombre no

puede conocerla objetivamente. De ahí su idealismo.

El segundo, en su libro "La Esencia del Cristianismo", destruye este idealismo hegeliano y plantea su tesis materialista.

Marx unió estos dos elementos. Su primera afirmación es el materialismo. La materia es la única realidad y es la que engendra el espíritu que no es sino una manifestación superior de ella misma. No niega, pues, al espíritu; pero afirma que la materia es esencial y que aquél carece de existencia propia. En una palabra, niega al Espíritu Absoluto, el que sólo integra la materia como una expresión de ella.

Esta materia, que engendra al espíritu, está regida por la ley de la contradicción. La contradicción no está en las ideas que son sólo una representación de la realidad que llega a la mente a través de los sentidos, sino es la materia misma. La contradicción está en el corazón de la realidad, le es esencial, "es la realidad misma que no se afirma sino en la contradicción".

Muy claramente lo expresa Ducantillon: "Dentro de esta medida la realidad es dinámica y movible, es íntima y esencialmente movimiento, devenir; es una evolución constante de ella misma. Es decir, encuentra en ella misma su causalidad. Se comprende que este cambio está hecho de oposiciones, dudas, contradicciones, reflejos y autodestrucciones, no procede linealmente sino en zigzags, en espirales, por choques violentos, por catástrofes, en una palabra, por revoluciones. Así concebida la realidad llega a ser esencialmente revolucionaria: la revolución llega a ser la ley orgánica del mundo y de la vida". "El mundo—dice Engels—, para resumir esta dialéctica de lo real, no debe ser considerado como un complejo de cosas terminadas, sino como un complejo de procesos donde las

cosas en apariencia estables, tanto como sus reflejos intelectuales en el cerebro, las ideas, pasan por un cambio ininterrumpido de devenir, destrucción y reacción”.

Y agrega: “Esta filosofía dialéctica disuelve todas las nociones de verdad absoluta, definitiva y de condiciones humanas inmutables que a ellas correspondan. No hay ante ella nada sagrado, absoluto, ni definitivo; muestra la caducidad de todas las cosas y en todas las cosas; y no existen para ella sino procesos ininterrumpidos del devenir y de lo transitorio; de la ascensión sin fin de lo inferior a lo superior; de lo cual ella misma no es más que el reflejo en el cerebro pensante.

“Tiene esta concepción su aspecto conservador, pues reconoce la justificación de ciertas etapas del desarrollo del conocimiento y de la sociedad según su época y condiciones; pero solamente es conservador en este sentido. El conservantismo de esta posición es relativo, su carácter revolucionario es, en cambio, absoluto — el solo absoluto que en ella, prevalece”.

De aquí proviene la diferencia profunda que existe entre el materialismo vulgar y el materialismo dialéctico. Este es movible y rico en perspectivas, y de ahí que repugne del primero.

En esta filosofía se contienen todas las tesis marxistas en orden al problema propiamente social.

La sociedad y el hombre no están determinados por los factores ideológicos: son las condiciones económicas las que efectivamente producen los cambios sociales. La conciencia no es la causa que modifica los acontecimientos de la vida y de la historia humana. Esta causa hay que buscarla en las fuerzas productivas materiales. “Las relaciones sociales se dividen en materiales e ideológicas, es frase de Marx, y las últimas no son sino superestructuras de las primeras”.

El fondo de la sociedad lo constituyen las relaciones basadas en la estructura económica. Las relaciones jurídicas y políticas no son sino una superestructura, una caparazón de la superficie.

Cuando las relaciones económicas cambian, es decir, cuando se modifica la estructura interna de la materia, se produce un desacuerdo, una desrelación con la superestructura, la cual, en lucha contra las formas verdaderas e íntimas de la sociedad, termina por estallar en un proceso revolucionario para dar paso a una nueva y ajustada expresión jurídico-política.

Dentro de la misma lógica, el hombre es, ante todo, un productor de bienes para satisfacer sus necesidades personales. Su actividad esencial, decisiva, es el trabajo, ya que lo primero es la producción económica. Todas las otras actividades son inferiores y no sólo suponen éstas, sino que les están subordinadas.

Vemos, pues, que lo decisivo en el hombre y en la sociedad es la materia, la economía. Pero como se trata de un materialismo dialéctico, ésta se mueve por una ley de contradicción y de oposición interna. Los términos que forman esta oposición son las clases sociales en lucha constante entre sí.

El hombre que es un productor en una sociedad regida por la actividad económica, no se define ni toma colocación en ella por sus diversas funciones o grados, como son la familia, la profesión, la patria, las regiones o la religión. Es otro el factor determinante: son las clases sociales. El hombre se agrupa fundamentalmente según el rol que desempeña en el proceso productivo, y así será explotador o explotado, siervo o caballero feudal, esclavo o patricio; proletario o capitalista. Ahora bien, estas clases no pueden ser sino tenazmente contradictorias. Así como la concepción del materialismo dialéctico es la primera de su tesis, la lucha de clases es la segunda.

La tercera, que es la más técnica y complicada en su presentación y elaboración, es la del plus-valor. Para Marx, resumiendo, la única fuente del valor es el trabajo. En la proporción variable en que se cambian las mercaderías existe una sola cosa común que es el trabajo humano, que se mide por el tiempo empleado para obtener ese valor. Este trabajo "socialmente útil" es el único factor de la producción y el enriquecimiento; pero en el régimen actual el capitalista compra al obrero esta fuerza-trabajo por un salario que no equivale a su total rendimiento, guardándose una diferencia que constituye lo que propiamente llamó el plus-valor.

En la economía moderna se constata que el ciclo primitivo mercancía-dinero-mercancía, es reemplazado por otro dinero-mercancía-dinero, o sea, que no se vende para satisfacer una necesidad, sino para obtener una ganancia.

Si se lanzan cien pesos en el circuito económico es para recoger ciento veinte, y como el dinero es estéril al retirarse este mayor valor, él no se obtiene de la mercadería, sino de la fuerza-trabajo. Esto es lo que Marx llama "misterio de la iniquidad", es el robo que hace el capitalista a quien con su trabajo puede crear un mayor valor, cuya posesión pasa a otro dueño que hace de esta manera una ganancia ilícita.

Esta acumulación debida al plus-valor permite la concentración de los capitales que a medida que aumentan pueden comprar más fuerza-trabajo y hacer así una ganancia multiplicada. Es un movimiento que adquiere velocidad progresiva y proporcional.

Esta concentración de los capitales provoca a su vez la proletarización creciente de todas las clases sociales. Las crisis de devaluación de la moneda, la destrucción de las pequeñas empresas van arruinando

a las clases medias. Al fin quedan sólo dos clases frente a frente y en abierta lucha.

El proceso del materialismo dialéctico se ve con evidencia. La ley de contradicción actúa cada vez más enérgicamente. La tesis y la antítesis son más claras. La estructura íntima de la producción y de la vida material ya no responde a la estructura jurídico-política de la sociedad burguesa, desborda sus limitaciones hasta que venga el estallido revolucionario.

Nunca como hoy, aseguran Marx y Engels, la lucha se ha presentado tan definitivamente entre el capital y el trabajo. Estamos llegando a un punto culminante de la historia humana, en que esta batalla de todos los tiempos y pueblos se va a liquidar, y comenzará una verdadera etapa de la historia humana.

“Porqué para el comunismo o marxismo — como dice muy acertadamente Ducantillon — si la lucha ha sido hasta aquí la ley de la historia, no sucederá siempre lo mismo. En verdad, la historia tal como nosotros la hemos conocido hasta el presente, no es sino un prelude de la historia verdadera. Por la fuerza misma del desarrollo de la realidad social, la lucha de clases debe terminar inevitablemente por engendrar una forma definitiva de sociedad en que todas las clases sociales serán abolidas, en la que no existirá la explotación del hombre por el hombre y donde todos serán iguales”.

“En lugar de la antigua sociedad burguesa—se dice en el Manifiesto del Partido Comunista—con sus clases y antagonismos de clase, surgirá una libre asociación donde el libre desarrollo de cada uno será la condición del libre desarrollo de todos”.

Con la caída de las clases desaparecerá también el Estado que no ha sido hasta ahora sino un instrumento de opresión, o en frases de Lenin: “una má-

quina construída para mantener la dominación de una clase sobre otra".

Pero antes de llegar a este estado perfecto habrá que pasar por una etapa transitoria: la dictadura del proletariado en que se realizará el orden y destruirán las oposiciones.

Quizás sería el caso de preguntar aquí cómo va a vivir esa sociedad ideal cuando una ley interna de contradicción latente en el seno mismo de la realidad tiene que seguir actuando.

Lenin previno que la realidad dejará de ser movable, rica y variada, que la contradicción que está en el seno mismo de ella desaparecería. Es decir, dejaría de operar la ley más fundamental del materialismo dialéctico.

Pero pensar que el marxismo es un error total sería el peor de los errores. Contiene junto a profundas equivocaciones un gran porcentaje de verdad, y en último término, su análisis de la sociedad capitalista no puede ser más certero.

La crítica que Marx hace de ella, coincide en su parte negativa, con la que se hace por la sociología cristiana, con la diferencia que esta última, en el fondo, es más antagónica que el marxismo con la sociedad actual, pues ve en ella, no sólo injusticia económica, sino un peligro y un antagonismo constante con los valores del espíritu.

Desgraciadamente, una de las causas decisivas de este auge marxista se encuentra precisamente en que los cristianos, a menudo han vivido muy satisfechos dentro del régimen y aun cuando la doctrina ha sido muy definida su actitud no lo ha sido igual. Especialmente entre los mejores exponentes del pensamiento espiritualista francés e inglés ha surgido una reacción para mirar con valor la culpa de quienes no han sido

capaces de desatarse de las concomitancias temporales de determinados regímenes y trabajar eficazmente por un orden nuevo.

Lacordaire escribía ya en 1855, que "es preciso romper con los hombres que hacen mal en nombre de Dios", agregando, "que no se les debe odiar, pero que es preciso separarse de ellos".

Combatir el marxismo sin reconocer su parte de verdad y sin reemplazarlo con una actitud verdaderamente constructiva que incorpore su justa queja ante los absurdos del mundo contemporáneo, no es solamente inútil sino también torpe y antihumano.

Tiene razón el marxismo en su teoría del plus-valor, pues ella implica el que no se ha pagado al obrero el justo precio de su trabajo, y sin duda que Marx estableció una verdad indiscutible cuando afirmó que, como sustractor de trabajo no pagado, el régimen capitalista ha superado a todos los otros.

En cuanto a la concentración de los medios de producción y a la proletarización creciente de las masas con el desaparecimiento de las clases medias, también estableció una verdad.

La sucesiva acumulación de este margen que deja el plus-valor va haciendo mayor la ganancia de quien compra la fuerza de trabajo.

El estudio del proceso de la economía moderna nos lleva claramente a esta conclusión. Cada día se impone sobre la pequeña empresa la gran empresa o industria. Dominan en el mundo los Cartells y Trusts que controlan mercados nacionales e internacionales.

No es sólo Marx quien así lo afirma. Citábamos en el capítulo anterior frases de Pío XI, por ejemplo, en que se habla de dictadura económica ejercida por unos pocos.

La proletarización de las clases medias es un hecho universal, acentuado en la post-guerra, porque el

empleado no es sino un asalariado de mejor categoría. La clase media con independencia económica, con postura social propia, tiende rápidamente a desaparecer en todos los países.

Los empleadores son cada vez más reducidos en número, pues el capital tiende a concentrarse, a pesar de que ya ha llegado a un nivel extremo en su evolución dominadora.

En los mismos regímenes que se presentan con etiqueta socialista, como el nazismo alemán y el comunismo ruso, el gran Capital internacional, la gran industria subsiste, se introduce y reaparece aún más fuerte. En Rusia, Ford instala sus sucursales. En cambio, el pequeño taller, la reducida empresa, son los que realmente sufren. Cualquiera publicación francesa que se lea, certificará que en el régimen del Frente Popular Francés los grandes patrones, representantes de poderosas entidades, pudieron arreglarse frente a las exigencias de los sindicatos y la legislación, pues tenían capacidad económica para ello. Además, estas grandes entidades cuentan con medios: abogados, políticos, gobernantes, que les están vinculados.

En cambio, los pequeños industriales y empresarios fueron los arruinados.

La crítica que hace asimismo el marxismo de la propiedad burguesa encierra un gran fondo de justicia.

Marx y Engels insisten a menudo en que ellos no quieren abolir toda especie de propiedad, sino que desean abolir una forma de ella: la forma de propiedad burguesa.

"Vosotros—escribe el Manifiesto del Partido Comunista—os llenáis de horror porque queremos abolir la propiedad privada. Pero en vuestra sociedad, la propiedad privada ha sido abolida para las nueve décimas partes de sus miembros. Es precisamente porque

ella no existe para esos nueve décimos, que existe para vosotros”.

“Nos reprocháis de querer abolir una forma de la propiedad que no puede constituirse sino a condición de privar a la inmensa mayoría de la sociedad de toda propiedad. En una palabra, nos acusáis de querer abolir vuestra propiedad. Esa es vuestra intención”.

Pero al proceder así el capitalismo le abre el camino a los comunistas, pues, como dice Lenin, “al abolir la propiedad privada, base del orden social contemporáneo, tiende al mismo objetivo que los socialistas se han asignado”.

No pretenden, agregan después, sino destruir la propiedad de los medios de producción y respetan la propiedad individual, fruto del trabajo individual, cuando ésta no sirve como medio de trabajo colectivo.

En esta teoría no podemos dejar de reconocer la efectividad de los cargos en contra de la propiedad capitalista, que es la forma actual y dominante de la propiedad, aunque sus condiciones, es preciso reconocerlo, se han modificado grandemente desde los tiempos en que Marx escribiera su libro.

El planeamiento de algunas tesis fundamentales del marxismo nos lleva directamente a su apreciación.

Desgraciadamente, esta doctrina no siempre se juzga con fina objetividad y muy a menudo la pasión se impone sobre el razonamiento.

La primera condición de todo juicio crítico ha de ser un mínimo de lealtad para no desfigurar el pensamiento ajeno. No es comúnmente marxismo lo que exponen sus adversarios: es simplemente una caricatura.

Cuántas veces se objeta el materialismo dialéctico, por ejemplo, aduciendo la intervención de ciertos hombres en los acontecimientos históricos, probando así que no siempre domina el factor económico. Pero esos críticos, para que su argumento tenga verdadero valor, deberían agregar que Marx reconoce expresamente la influencia de las individualidades.

“La doctrina materialista —dice Marx (se refiere al materialismo vulgar que él combatió)—, según la cual los hombres son productos de las circunstancias y de la educación, olvida que las circunstancias, precisamente, son modificadas por los hombres y que el educador mismo ha tenido necesidad de ser educado”.

No deja de causar cierto estupor ver a ciertos sectores acusar hipócritamente de materialistas a partidos que se inspiran en el marxismo, cuando ellos mismos no hacen otra cosa que dar un ejemplo del más puro culto a la materia y viven exclusivamente para su enriquecimiento personal y su “confort”.

Hay otras razones más profundas para considerar al marxismo un error fatal para el hombre y para la sociedad. ¿No se podría acusar de materialistas a quienes sólo asusta un cambio en la estructura económica y sobre todo la abolición de la propiedad privada?

Es verdad que esto tiene importancia; pero la tiene inmensamente mayor, el peligro que significa para la persona misma, en su libertad, en su destino espiritual, en el desenvolvimiento de sus facultades más íntimas y preciosas, que constituyen su suprema razón de existencia y su superioridad sobre todos los órdenes de la naturaleza.

Todo el sistema marxista se resiente de ser una reacción extrema en contra de otros errores. Del abuso de la propiedad que hace el mundo capitalista lle-

ga a la supresión absoluta; de la injusticia en el pago de los salarios, llega al plus-valor; de la falsa posición idealista cae en la falsa posición de un materialismo absoluto. No alcanza a ver la graduación y complejidad del fenómeno, sino lo simple de una oposición radical.

Se puede estar absolutamente en contra del concepto de propiedad individualista, sin aceptar la tesis socialista. El Cristianismo no reconoce, por ejemplo, la propiedad privada "sino en el sentido estricto en que ella concierne a los bienes necesarios al sostenimiento y desarrollo de la vida de cada cual. Desde el momento en que un bien es superfluo, no puede ser poseído sino como gestión por cuenta de otro; su propiedad, en cierta manera, cambia de naturaleza".

Bien claro lo dice *Quadragesimo Anno*: "Hay ciertas categorías de bienes para los cuales se puede sostener y con razón, que ellos deben reservarse para la colectividad, cuando llegan a conferir un tal poder económico, que no puede dejarse, sin peligro para el bien público, en manos de personas privadas".

Y es tan poco rígida esta doctrina en cuanto a formas de la propiedad, que en el mismo capítulo se afirma que "la historia demuestra que el dominio no es una cosa del todo inmutable, como tampoco lo son otros elementos sociales, y aun lo dijimos en otra ocasión con estas palabras: "Distintas han sido las formas de la propiedad privada, desde la primitiva forma de los pueblos salvajes, de la que aun hoy quedan muestras en algunas regiones, hasta la que luego revistió en la época patriarcal, y más tarde en las diversas formas tiránicas (usamos esta palabra en su sentido clásico), y así, sucesivamente, en las formas feudales, monárquicas y en todas las demás que se han sucedido hasta los tiempos modernos".

Esto no destruye el concepto del derecho de propiedad; pero sí cambia radicalmente su sentido.

No está en esta especie de consideraciones el punto débil del marxismo; consiste en su afirmación filosófica materialista, de la cual derivan todos estos errores. El gran pecado de esta teoría ha sido el empequeñecimiento del hombre, su limitación economicista y su simplificación de la vida en algunos de sus aspectos más reales pero inferiores. De ahí que esta teoría en la práctica haya sido contradicha por los hechos mismos, aunque en ciertas líneas se haya verificado. Ha tenido razón al analizar y prever los resultados del materialismo burgués, pero al tener razón en descubrir un proceso equivocado no ha descubierto la esencia verdadera de los fenómenos que investiga.

Marx no ha querido ver al hombre, sino que vio una sociedad minada por las clases sociales que, a su vez, se forman en razón de la distribución de la economía; pero, como dice Berdiaeff, la "misma economía es una creación del espíritu humano; su calidad está determinada por el espíritu y, por consiguiente, posee una base espiritual".

Este aserto se ve cada día confirmado por la economía modernísima que ha llegado a ser, especialmente en lo financiero, la expresión más sutil del espíritu y donde actúan más poderosamente los motivos de orden psicológico. Hay regímenes y acontecimientos económicos, que según todos los cálculos racionales de los técnicos de la materialidad económica, resultan imposibles y que sólo encuentran su explicación en una movilización de reservas morales, de pasiones del espíritu, de emociones colectivas e individuales, provocadas por la voluntad de un gobernante.

Marx, en realidad, creó un mito simplista en esta idea de las clases, atribuyéndole a la burguesía y al

proletariado determinadas funciones y calidades, de las cuales no se puede hablar en absoluto.

Su esquema no responde propiamente a la verdad. Como se le ha observado, las castas de la India no tienen significado económico, sino religioso, ni se las puede dividir escuetamente, y en general, en el curso de la historia y dentro de esta clasificación se encuentra una extrema variedad de grupos que actúan por causas muy variadas.

Henry de Man hace una observación decisiva: "Es curioso observar — dice — que el marxismo no ha sido en su origen, como cualquiera otra doctrina socialista, más que obra de intelectuales. La clase de los intelectuales en la época industrial es un producto tan característico y tan importante como el proletariado. Es característico, porque la separación del trabajo intelectual y el manual no ha sido regla de la producción sino bajo el régimen capitalista".

Analizando esta influencia de los intelectuales, se llega a conclusiones muy contrarias a la tesis marxista.

Basta examinar el contenido de lo que se llama burguesía para apreciarlo. Dentro de la burguesía hay una muy rica gama de influencias, puesto que las funciones económicas, políticas, artísticas y culturales requieren hoy una extrema variedad de aptitudes, personas y grupos.

La burguesía no es sólo la clase capitalista, pues caben en ella desde la aristocracia que se selecciona por la tradición y la sangre, y que muchas veces carece de riqueza, altos funcionarios con un mayor sentido de la conservación que los propios grupos tradicionalistas, burguesía financiera cuyo poder es económico, sectores de la clase media y de la pequeña clase media que se incorporan a esta corriente por los motivos más variados, que van desde los religiosos hasta los

provocados por una determinada sensibilidad. Y lo más curioso es, que esa misma burguesía le proporciona hoy, como siempre, sus mejores elementos a la clase antagónica, sin que ello lo provoque una distribución en la actividad productora, sino un mecanismo ideológico.

Pero al margen de estas dos fuerzas opera la inteligencia, que forma una verdadera clase especial.

El pensar, por ejemplo, como lo establece Marx, que el Estado es sólo el representante de la clase que domina, es una afirmación abstracta que carece de objetividad. Hoy debiera dominar en el Estado la burguesía o el proletariado sin contrapeso, y sin embargo, no es así.

“Diga lo que quiera el Manifiesto Comunista—escribe de Man—el Estado es otra cosa que un simple Consejo de Administración encargado de los intereses de las clases dominantes. Estos intereses se hallan en manos de los banqueros, de los grupos industriales, de las uniones patronales, de las Cámaras de Comercio, etc. Estas instituciones son las que representan la “industria”, el “comercio”, la “banca”; es decir, la influencia política de las gentes de “negocio”. El Estado no puede sustraerse a esta influencia, porque ella representa una zona de la opinión pública y porque además dispone de una gran parte de los órganos que forman esa opinión. Pero del hecho de que el Estado se halle sometido a esa influencia extraña se deduce precisamente que la dominación capitalista y el Estado son dos nociones no identificadas, y que éste constituye una formación sociológica sui generis. . .

“Además, la función del Estado, no se cumple en el seno del proceso de la producción, sino en el campo, mucho más extenso, de las relaciones jurídicas y políticas. Desde el punto de vista de la producción, tanto en lo que concierne al capitalista como al obre-

ro, aparece, en suma, como un poder extraño que no interviene más que excepcionalmente y que, por lo tanto, no puede influir más que de un modo excepcional. La voluntad que en la política y en la administración se realiza como voluntad del Estado, es distinta de la voluntad de ganancia del capitalista, que busca su realización en la vida económica.

“La voluntad del Estado es el efecto global inmediato de la de todos los seres humano que participan de modo permanente en los destinos de aquél; tales son los funcionarios, los parlamentarios, los periodistas; pero éstos no son patrones o capitalistas. Tampoco son proletarios”.

Sin duda, que no puede haber síntesis más completa de observación que la de este célebre socialista belga. En los últimos tiempos se ha podido observar muy elocuentemente esta distinción. Si tomamos el caso de nuestro propio país, podemos constatar que en el Estado pesan sin duda las fuerzas del capital; pero pesan también y poderosamente los obreros, por intermedio de sus organizaciones sociales; los funcionarios cuyo criterio es muchas veces equidistante de ambos, y en muchos casos, una opinión pública media que no pertenece a ninguno de estos sectores.

En naciones, como Estados Unidos, con Roosevelt, el Estado en cierta forma, adopta una posición arbitral. No se podría afirmar que estos gobiernos y el Estado, en consecuencia, están sometidos totalmente a uno de estos poderes. En cambio, podría decirse sin temor, que en estos poderes, que son las clases, influye la voluntad de estos hombres.

El fenómeno alemán hace aún más complejo el estudio de la causalidad de los hechos sociales e históricos. A la mística de la clase se añade el de la nación y de la raza, que moviliza otras fuerzas absolutamente diversas y el Estado no es ni política, ni económica,

ni socialmente por la calidad de los que lo integran, ni instrumento del capital o del proletariado. Una propaganda con fines determinados puede negarlo. Una tranquila observación experimental que busca la aplicación de ciertas leyes no puede discutir esa conclusión.

Aun más, dentro de la realidad misma del proletariado como clase, actúan corrientes no sólo diversas sino violentamente antagónicas. La lucha universal de socialistas y comunistas, de trotskistas y stalinistas lo revela muy claramente. En la América misma esta lucha es muy violenta, y se observa en Chile, y en el Perú, donde los comunistas consideran a los apristas sus peores enemigos.

Para los teóricos del marxismo ha resultado una dura experiencia el comprobar hasta qué punto actúan en el hombre factores que no tienen relación alguna con la producción y las clases sociales. En ciertos momentos, sentimientos, como el patriotismo, que actúa sobre todas las clases, el odio de raza, sea o no agudizado por una propaganda, significan valores de carácter psicológico que priman sobre toda otra consideración.

Aún más, tal vez en ninguna época como en la nuestra, ha tenido más importancia en la modificación de las condiciones de la vida colectiva el factor hombre.

El Estado que es un instrumento de extrema complejidad, requiere especialistas sobre los cuales el pueblo no tiene influencia. Las masas necesitan líderes que actúen en su nombre y que provoquen a su alrededor una mística. En ellos las muchedumbres depositan su fe y ellos actúan como sus mandatarios en problemas que esas muchedumbres ni sospechan, pues exige su conocimiento a más de una poderosa inteligen-

cia, cultura y acumulación de antecedentes que el grueso de la gente no puede obtener. En el fondo, hoy se gobierna sobre la base de una confianza casi ciega en los dirigentes. En ningún tiempo quizá, los problemas han llegado al hombre de la calle, con menos posibilidad de ser examinados en virtud de la razón serena. El hombre de la calle está determinado por los medios que hoy hacen la opinión y de los cuales se apodera un número escaso de individualidades. "Nunca en el transcurso de la historia ha habido tanta gente que creyera en tantas cosas de las que no saben más que lo dicho por sus líderes".

En el fondo, estos jefes no han sido elegidos ni descubiertos por la masa sino, por el contrario, son ellos los que se han impuesto y han dirigido por su capacidad excepcional.

Todo esto no nos lleva, es indiscutible, a negar la realidad y la importancia de las clases sociales, pero sí a pensar que es una de las realidades en el complejo de fuerzas que mueven a las sociedades y que es un simplismo y una abstracción sin verdad objetiva, el creer que los hombres son sólo el número integrante de una clase que se determina por el lugar que le asigna la producción de los bienes económicos.

Otro aspecto no menos digno de anotarse es la influencia mutua que se opera entre las diversas clases. El proletariado sufre una poderosa influencia burguesa. En el fondo, el marxismo, como se ha dicho tantas veces, trata de convertir a cada proletario en un burgués. El obrero mira al burgués como al hombre que ha alcanzado la felicidad y ha resuelto todos sus problemas, porque ha acumulado riqueza. En último término, su aspiración suprema es llegar a ser rico, es decir, pertenecer a esa odiada burguesía. Los más idealistas y clarividentes querrían por medio de una

técnica más perfecta lograr que toda la clase burguesa desapareciera, para que el proletariado implantara un Estado ideal; pero este Estado ideal no sería sino aquel en que todos los hombres vivieran, como viven hoy los burgueses.

Se ha confundido en el pueblo, gracias a esta propaganda marxista-socialista, la idea de felicidad con la riqueza.

Muy bien lo observa Bernard Shaw: "El que tiene dolor de muelas cree que todos los que las tienen sanas son dichosos; el que se halla en la miseria cae en un error semejante en lo que concierne a los ricos."

"En fin de cuentas, la razón de que la burguesía sea hoy la clase superior es que todos quieren ser burgueses".

Con justicia escribe un socialista: "Envidiamos siempre lo que no tenemos. Por eso nos esforzamos en parecernos a quienes envidiamos a causa de su semejanza y odiamos a causa de esa envidia... Por eso también la lucha de intereses contra la burguesía obedece a que el obrero estima apetecible la vida burguesa. Por eso, en fin, esta lucha va haciendo a los obreros más semejantes a sus adversarios a medida que les ganan terreno."

Este es un hecho constantemente comprobado por la historia. Cuando la nobleza dominaba en Europa, la suprema aspiración era ser noble e imitarla en sus modales y costumbres. Este prestigio fué tal que aún se conserva. Hoy sucede igual con respecto a la burguesía. Se la trata de imitar en sus maneras, en sus gustos, en sus placeres. La verdad es que el marxismo no le ha creado al obrero otra dimensión espiritual, aunque haya logrado ciertas manifestaciones técnicas y aun artísticas diferentes.

No son los obreros precisamente los que sienten odio o desprecio por el burgués. La mayor parte de las

veces los que acumulan estos sentimientos son intelectuales y hombres salidos de la misma burguesía. Hay una cierta necesidad de conocer la vida íntima que llevan los que disponen del dinero, su filisteísmo y las más de las veces su infelicidad, para sentir el interno deseo de crear otro tipo humano.

Es muy explicable que precisamente los sectores más pobres del proletariado sientan la ilusión de la riqueza. Para quien vive en condiciones tan difíciles y precarias, es natural el concepto, que el disponer de recursos es la condición de la felicidad. Y en ello no anda descaminado, porque para llegar a concebir la liberación espiritual por la comprensión de un ideal más alto, es por lo menos necesario haber salido de la extrema necesidad material.

El gran peligro está en que esta ideología es fácil, para que en el momento oportuno el revolucionario se convierta en burgués, y se apropie lo peor de su espíritu, que ha sido sin duda el menos elevado como tipo de una cultura. Los socialistas y comunistas corren el peligro constante de que esto suceda. Ya aconteció con el radicalismo y con sectores del socialismo y es un hecho indiscutible que ya aparece en Rusia una nueva clase más hambrienta de predominio y de ventajas que las anteriores. La verdad es que el marxismo conduce muy naturalmente por este camino.

El burgués no es sino el proletario, el hombre del pueblo que mejor dotado ha surgido y domina, y el proletariado puede fácilmente asemejarsele, y convertirse rápidamente en opresor de otras categorías.

Para el marxismo, sea comunista o socialista, la pobreza es el gran pecado del cual hay que liberarse y en verdad, la pobreza —no la miseria y la indignidad en que vive el proletariado— debiera mirarse como un estado de dignidad. En el fondo se impone el ideal de un hombre sometido a la técnica, a la

fábrica, a la producción económica, es decir, un ser humano sin calidad personal, ni expresión verdadera.

El problema es superar el espíritu burgués y para ello no hay otra solución que el espiritualismo cristiano.

“El problema social es insoluble, escribe Berdiaeff, fuera del problema espiritual y del renacimiento cristiano; sin este renacimiento espiritual del alma humana y, ante todo, de la del obrero, el reino del socialismo equivaldría en definitiva al de los burgueses, al de la satisfacción material, a la negación de los valores eternos.”

“El ennoblecimiento, es decir la aristocratización espiritual de la sociedad, debe correr pareja con su democratización. La nueva sociedad, que deberá ser trabajadora, deberá, sin embargo, conservar un principio aristocrático. En ella toda jerarquía no debe repudiarse como lo desea la concepción mecánica del mundo; por el contrario, la auténtica jerarquía humana, la de las cualidades, la de las dotes y vocaciones debe subsistir. Los comunistas, en la práctica, lo reconocen ellos mismos; pero por principio, no quieren admitir la presencia del elemento aristocrático en la cultura espiritual. Admiten la desigualdad política y económica, (y para esto hay que observar lo ferozmente disciplinado y jerárquico de sus organizaciones y la selección que se hace en Rusia para ingresar al Partido); pero en lo que concierne a la cultura espiritual, buscan la nivelación desde las capas inferiores, la sumisión de la calidad a la cantidad. Y así llevan a la sociedad a una mengua cualitativa de la cultura”.

Una cosa es el marxismo y otra la causa obrera. El trabajador, desde el punto de vista espiritualista cristiano, es lo más respetable en las esferas de la existencia, y no en vano las primeras órdenes monásticas convertían en centro de actividad el trabajo manual, que significa

el cumplimiento de un mandato bíblico; y por ello mismo es necesario salvar su victoria de los peligros que encierra una doctrina minimisadora de su espíritu y que conduce no a la liberación de su persona sino al triunfo de fuerzas colectivas en que desaparece.

Han observado algunos tratadistas, salidos de las propias filas del socialismo, que "la dominación del capitalismo no significa otra cosa que la dominación de la clase capitalista: se basan en que cada cual quisiera ser capitalista; es decir, siente y piensa como capitalista. En otros términos, la base de la sociedad burguesa es la civilización burguesa, de modo que el capitalismo no significa tanto la dominación de la clase como la de la mentalidad capitalista".

Y esto es tan efectivo, que puede concebirse perfectamente una sociedad de tipo capitalista, sin que por ello exista una clase capitalista dominante, así, por ejemplo, una sociedad por acciones en que fueran dueños los obreros y empleados carecería de una clase, de un capitalista; pero al hacer su objetivo la ganancia, tendría una finalidad igual. En gran escala, Rusia ha establecido un capitalismo de Estado, cuyos métodos cada día son más iguales a los del orden social capitalista, y el Stakhanovismo ha sido señalado por los propios partidos marxistas occidentales como un peligro hacia la peor forma de explotación del hombre.

El efectivo fracaso de las tesis socialistas del marxismo y su falta de conocimiento del hombre se manifiesta, entre otras cosas, en su cambio de táctica. Ha tenido que inclinarse ante una serie de valores, que pretendió desconocer, y la acción de organizaciones políticas, como el Frente Popular, responde precisamente a este hecho. La presentación de la totalidad de la doctrina resulta en tal forma antihumana, que ha sido preciso disfrazarla, y los comunistas están resueltos a

aceptar cualquier transacción en seguimiento de esta táctica política. Comprendieron que una lucha sin cuartel contra la idea de Patria, religión, familia y otros valores esenciales, resultaba estéril y han terminado por doblegarse.

De ahí que se adopten posiciones favorables al patriotismo y al sentimiento nacional, que inicien una serie de gestos, como la política de "la mano tendida" a los católicos, que tanto han propagado, especialmente en Francia, y que reconozcan la importancia de instituciones, como la familia. Su misma alianza con ciertos partidos de tipo burgués, es una transacción ante la vida, que no es simple, abstracta y clasista, como la imaginan sus teóricos.

Lo sucedido en Rusia reafirma esta verdad. El fracaso del comunismo integral de la primera etapa, era ya un antecedente, pero podía desconocerse por la complejidad de los factores raciales, históricos e internacionales que operaban; pero no se puede fácilmente explicar el reconocimiento de jerarquías sociales, políticas y administrativas, la defensa que se hace de la familia y la responsabilidad de los padres. Hoy están de moda las frases de Lenin, que son contrarias al amor libre y el aborto, y hasta es una recomendación el tener un hogar bien constituido. Esto no sucedía en los primeros años del gobierno del propio Stalin. Se ha resucitado también una nueva forma de nacionalismo ruso, y tal vez la Tercera Internacional sea más que una institución verdaderamente internacional, una de las formas más hábiles de un fuerte imperialismo. Todo esto nos está revelando la existencia de fuerzas naturales y valores, que el comunismo marxista ha pretendido desconocer sin conseguirlo.

Esta conciencia de la limitación del marxismo para no ver al hombre en su integridad y quererlo así

limitado, interpretándolo por el esquema de un clasicismo, que no es toda su realidad, ha penetrado en el propio pensamiento de socialistas y comunistas. Uno de los testimonios más curiosos que pudieran citarse, fuera del proceso mismo de revisión hecho por los doctrinarios, lo descubrimos hasta en ciertos poetas, que son especie de adivinadores, que intuyen más hondo, cuando realmente un poema tiene un valor. León Felipe, poeta de la España republicana, lo ha reflejado en versos adivinatorios.

Es así como al marxismo se le ha planteado el problema eterno del destino de la persona humana, que es más que el número de una clase, que representa no sólo un elemento reflejado de la producción o una individualidad material, sino que entraña inquietudes más hondas y más vastas, y exige por lo mismo respuestas que no sólo satisfagan un determinado tipo de "homos economicus" sino que sean capaces de satisfacer problemas que se refieran a un destino espiritual.

El marxismo encierra, ya lo dijimos, una justa queja y puede llegar a través del socialismo o comunismo, "a abolir una cierta forma de explotación del hombre por el hombre". Pero no basta abolir el régimen capitalista (especialmente cuando se le reemplaza por el comunismo) para terminar con todas las formas de la explotación del hombre por el hombre; en particular, la explotación del hombre individuo por el hombre colectivo puede llegar a proporciones considerables".

La tragedia del marxismo reside, sin duda, como escribe Maritain, en que "queriendo y con razón encontrar una salida a esa desesperación y descomposición de la persona humana, a la cual lleva la dialéctica del humanismo burgués, es él mismo tributario de

este humanismo en su metafísica más aberrante e inhumana y hereda de él su ateísmo y antropocentrismo, exagerándolos hasta sus extremos límites. Privado de bases metafísicas indispensables, sus esfuerzos para restaurar al ser humano en el goce del trabajo y en el goce de vivir, no puede — considerado en la lógica y en el espíritu propio del sistema—conducir sino a resultados más desastrosos todavía que los del humanismo clásico”.

Este sistema que critica errores e injusticias, no es solución adecuada. Su interpretación de la historia y del hombre conduce a nuevas tiranías y a nuevos errores. No es esencialmente antagónico al espiritualismo cristianismo por su clamor ante la injusticia, que éste reconoce en toda su profundidad, sino por el sentido de su crítica y los fundamentos de su nueva filosofía.

Su importancia decisiva ha consistido en hincar la atención de los hombres en el problema más doloroso y grave que puede presentarse y es como una viva protesta y un reproche para aquellos que han permitido el nacimiento de este orden social.

De su queja mucho quedará incorporado en la síntesis del porvenir. Si llegara a dominar en su particularismo simplista, representaría una nueva y obscura etapa, antes que esa síntesis se alcanzara, y así, como en el siglo XIX, se conoció la mística del cientismo y el predominio de una clase, hoy conoceríamos la mística de la producción económica, cientista, el predominio de una nueva clase, es decir, la perpetuación de las mismas equivocaciones, dolores e injusticias, con una distinta etiqueta.

Pero el problema del hombre quedaría siempre en pie.

LOS REGIMENES TOTALITARIOS

El fascismo y el nacional-socialismo constituyen el otro gran rubro político e ideológico de nuestro tiempo. El primero representa un fenómeno más limitado, pues en su significación esencial fué una creación típicamente italiana producto de dos factores: la situación de Italia en la post-guerra y el genio personal de Mussolini.

El segundo ha desencadenado en el mundo consecuencias más graves, pues la Alemania ha buscado siempre la justificación de sus actitudes en concepciones filosóficas trascendentes.

Mussolini afirmó que "el fascismo no era un artículo de exportación". El hitlerismo ha creado una teoría de la sociedad y del Estado, que ha propagado en todas formas.

El fascismo no podía tener el alcance ni la densidad del nacional-socialismo, pues su estructura afectaba sólo a lo político y no sustancialmente a lo social y económico. El genio latino y la fuerza cristiana del pueblo le impedían ir más lejos. El nacional-socialismo remonta su tradición a Nietzsche, justifica la misión del germanismo y erige un sistema por el cual la comunidad se fundamenta en la raza, en la sangre, a la cual todo se sacrifica y que impide la coexistencia de

otras formas, o la convivencia natural y honorable con otras ideas.

La individualidad desaparece en absoluto para fundirse en lo biológico. En cierta manera, era fatal, que al unirse estas dos nociones dominara el término más cargado de pasión y por consiguiente de exclusivismo y sólo el porvenir nos podrá decir hasta qué punto el ser esencial de la Italia resistirá a la presión inevitable que produce este contacto.

El comunismo, que es la otra forma totalitaria derivada del marxismo, les lleva ventaja y así como el fascismo debía sufrir la fatal influencia del nazismo, ambos regímenes sienten a su vez la presencia absorbente de los comunistas en lo ideológico, aun cuando tengan mayores éxitos inmediatos, porque puede suceder que el nazismo triunfante llegue a crear una especie de marxismo victorioso.

Maritain escribía hace ya tiempo, y sus predicciones se han confirmado, que "es indiscutible que los regímenes totalitarios fascistas y nazistas no pueden penetrar en lo que hay de más vertebral en el movimiento de la historia, para imprimirle —lo que es imposible si se niega el principio de la personalidad y de la libertad— una dirección verdaderamente humana. De ahí que se verán obligados, por un lado, a orientar su propia evolución interna en un sentido cada vez más idéntico a la morfología comunista (lo que parece ya observarse en ciertas tendencias de la extrema izquierda del fascismo italiano) y, por otra parte, para llevar su tensión defensiva al máximo de violencia y eficacia, a desarrollar un imperialismo étnico o nacional y una política de prestigio que arruinará hasta en sus fundamentos lo que subsiste de común en la civilización europea o a desorganizar en lo profundo (lo que

se ve en Alemania con trágica claridad) las estructuras más internas, delicadas y fuertes de la civilización, que constituyen precisamente la defensa más poderosa de una implantación del comunismo porque ellas tocan al mundo de las almas y de la libertad, a las cuales se ligán los valores morales heredados de la civilización cristiana”.

La realización del pacto ruso-alemán, cualesquiera que sean sus consecuencias futuras, prueba la verdad de este aserto.

La forma externa de los sistemas tiene una singular similitud en el culto del “jefe”, el partido único, las policías secretas, los desfiles y manifestaciones monstruos, el control dictatorial de todas las formas de expresión, la igual necesidad de mantener una forma de parlamentos consultivos que van sólo a escuchar órdenes del amo temido.

Si se hiciera un examen de los textos doctrinarios que inspiran a estos regímenes, estas semejanzas se hacen aún más profundas. Boukliarme, refiriéndose al triunfo comunista, dice que “esta victoria estará precedida de un odio de clases universal. He aquí por qué el amor cristiano, que quiere abarcar a todos los hombres, aún a los enemigos, es el peor adversario del comunismo”; y el jefe de los fascios juveniles Scorza escribe por su parte: “Hay que odiar a los enemigos y amar intensamente a sus amigos. No odiar, y lo que es peor aún, amar a los enemigos es una forma de cobardía que ningún principio que tienda a una conquista durable y seria puede aceptar.”

Sería inútil citar textos iguales de los jefes del nacional-socialismo. Esta misma posición puede transformar a enemigos aparentes de hoy en amigos de mañana. En el fondo, para estos regímenes, aunque sea paradójico, el único adversario real es aquel que

no predica el odio, fundaméntese éste en el partido, la raza o la clase.

Es justo el comentario de Huxley en "Fines y Medios" cuando escribe: "en el fondo todas las nuevas moralidades comunista, fascista, nazi son semejantes. Todas afirman que el fin justifica los medios, y en todas el fin es el triunfo de una parte de la especie humana sobre el resto. Todas justifican el empleo ilimitado de la violencia y de la astucia. Todas predicán la subordinación del individuo a una oligarquía directiva, deificada como el Estado. Todas inculcan las virtudes secundarias como la temperancia, el valor y otras parecidas; pero todas desdeñan las virtudes superiores, la caridad y la inteligencia sin las cuales las virtudes nuevas son meros instrumentos para realizar el mal con mayor eficacia."

A pesar de estas concomitancias sustanciales y formales estos regímenes nacieron como opuestos y ha existido (se puede hablar ya en pretérito) un instante en la historia de nuestro tiempo en que los pueblos creyeron verse abocados a escoger entre ellos y hubo quienes, y entre otros el uruguayo Zum Felde que observando la realidad contemporánea pudo escribir: "Allí donde el comunismo es inoperante el fascismo apenas existe; en cambio, donde aquél ha adquirido mayor empuje, éste adquiere también carácter más pujante; y donde el peligro de la revolución es inminente, se adelanta a la toma del poder público, implantando el régimen dictatorial que le permite ahogar al enemigo". De todos modos es preciso explicarse el nacimiento de estos grandes poderes y de una cierta conciencia fascista que se ha producido en nuestro mundo y que en algunos momentos parece ser indetenible. No se puede recurrir a la fácil explicación que se die-

ra como consigna de la famosa lucha "anti-fascista". Hay razones de más profundidad.

En todas las naciones existen elementos sociales que tienen una psicología y una tendencia natural que los lleva a adoptar una posición que en su esencia común y uniforme responde a la mentalidad y a los métodos del fascismo. Y esta mentalidad no es una creación ficticia.

La democracia liberal que en su atomismo y esterilidad parlamentaria consume las mejores energías; la falta de autoridad; los abusos de una libertad no controlada; la amenaza de la revolución marxista, hicieron y hacen pensar en un régimen responsable que establezca una mayor disciplina y eficacia en el manejo de los negocios públicos.

Innumerables sectores de la juventud y clase media, que simpatizan con el fascismo y que lo han hecho triunfar en Alemania e Italia y en cierto modo (salvando diferencias) en Portugal y España no son capitalistas ni aliados del capitalismo. Son gentes que, cansadas del desorden y de abusos, quieren por lo menos una especie de policía de aseo en las esferas del Estado.

Los regímenes liberales, disociadores de la economía, de la política y peligrosos aún para la nación misma, posibilitaban estas reacciones violentas y hasta irrazonadas.

Desgraciadamente, este simplismo que ha tenido causas explicables llevó a este error, producto de otros errores. La experiencia ha venido a demostrar el valor de estas soluciones y así como se ha descubierto que su lógica interna los acercaba al comunismo totalitario se ha visto también el peligro mortal que implican para la civilización,

En último término, se han traducido en desconocimiento de la libertad y de los derechos esenciales de la persona humana. La voluntad del Estado, árbitro y fin supremo, se ha erigido sobre toda otra ley. Pero el Estado es una ficción y lo real es un grupo de hombres que lo manejan y ejercen a través de él una terrible dictadura. Se ha podido experimentar todo lo que significa desconocer el valor de la ley moral, el desprecio de la persona humana y de la familia y hacer, en la práctica, que un dictador rodeado de un séquito se convierta en árbitro de lo bueno, de lo verdadero y de lo justo.

Este es un proceso que la Humanidad ya ha conocido y sabe que estos regímenes van acentuando firmemente sus errores y agravando el peso de su opresión.

Ha resucitado en ellos ese maquiavelismo pagano, según el cual la norma que rige a los gobiernos es "su" conveniencia y "su" prestigio, norma que se transforma en la exigencia de una serie de éxitos cada vez más costosos. Y el que paga es el hombre y su precio es la libertad, el derecho y aun el hambre.

Cicerón escribió que "es imposible que una cosa sea útil si no es al mismo tiempo moralmente buena. No es porque es útil que es moralmente buena, sino porque es moralmente buena, es útil".

Y esta observación del pensador latino, sostenida al menos como teoría indiscutible por todo el Occidente Cristiano, era una conquista humana que hasta ahora no se había desconocido en tan gran escala y con tal audacia.

Quedará sin duda como una lección inapreciable el saber hasta qué punto es grave para una sociedad renunciar a su patrimonio espiritual por la ventaja de ciertas conquistas materiales y el engaño funesto de

erigir al Estado como supremo dispensador de todos los bienes.

El único aporte que dejarán son conquistas de técnica social que deberán aprovecharse en el futuro: la rapidez de acción; el sentido de la disciplina; el emprender grandes tareas colectivas basadas en el fervor y la comprensión de la masa; organizaciones como el Doppo-Lavoro y La Fuerza por la Alegría, que permiten a millones de trabajadores aprovechar sus horas libres; ciertos ensayos que se han hecho en Alemania en que los intelectuales y la juventud en servicio del trabajo conocen las ventajas y las bellezas del esfuerzo manual y la variedad de los oficios, lo que crea el respeto por el obrero.

Estas son conquistas que no podrán despreciarse en una tarea de síntesis y de su experiencia amarga y de sus resultados felices será necesario aprender una vez más hasta dónde puede caer el hombre y lo que hay de más provechoso en su caída.

El porvenir de estos regímenes nos dirá de su consistencia interior y no sería leal si se advirtiera en todos ellos igual trayectoria. Entre Mussolini y Hitler y Stalin hay graduaciones; pero un análisis profundo de ellos revela hasta qué punto es preferible buscar las soluciones futuras sobre el fundamento de una democracia rectificadora en sus líneas más esenciales; pero que en todo caso evita el mal irreparable de las dictaduras y el nacimiento de estos mesianismos totalitarios, cuyo último enemigo es siempre el pensamiento cristiano que les niega por esencia ese acatamiento total que ellos exigen como condición de su existencia.

La frustración de la inteligencia y el desaparecimiento de todos los grandes valores artísticos, la ausencia de poetas, novelistas y filósofos, en fin, de

todo aquello que puede justificar la historia y la vida de un pueblo, es un signo fatal que mina estos sistemas y es como una advertencia para los que aún conservan estos patrimonios y que muchas veces los juegan con una temeraria inconsciencia.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

LA ENCRUCIJADA

Puede decirse que el mundo atraviesa por una de esas encrucijadas de la historia en que se desencadenan nuevas fuerzas, aparecen poderes fugaces y confusos, en que el instinto juega un papel decisivo y en que la salida se hace cada vez más imposible y estrecha.

El liberalismo ha fracasado en la doctrina y en la realidad. En la doctrina porque no resiste un análisis serio su concepto del hombre, de la sociedad, ni de la economía. Sus consecuencias han sido dolorosas y absurdas y la desintegración de los valores y del hombre que ha acarreado repercuten todavía.

Hay quienes piensan que sobrevive en una serie de afirmaciones como la libertad, los derechos individuales y otras. La verdad es que, habiendo acentuado esta idea la desnaturalizó y terminó por destruirla.

En la práctica se transformó en capitalismo, que es la negación de la libertad económica y en el orden social y político rápidamente fué superado por las diversas formas del socialismo.

Dos fuerzas se han disputado posteriormente el predominio: marxismo y fascismo. Ambas, como lo hemos señalado, conducen a la tiranía estatista, destruyen la dignidad y la libertad de la persona humana y significan un concepto simple y limitado de la so-

ciudad y del destino individual de los hombres, y por ello terminan uniéndose.

La sociedad vive en la angustia de no poder encontrar una fórmula que respete la libertad y garantice la autoridad. Se siente la necesidad de las reformas y se teme la brutalidad regresiva de las revoluciones. Se comprende la necesidad de que surja a la vida el proletariado y la urgencia de defender un sentido jerárquico y aristocrático en las categorías del espíritu, sin el cual el orden y el progreso son imposibles y utópicos.

No se temen por muchos, y aún se desean, transformaciones muy hondas en el orden económico, pero ellas se acompañan normalmente de incapacidad y anarquía que acarrearán una miseria peor.

El fascismo, que en muchos aspectos parecía una solución, no lo ha sido, y a medida que avanza se descubre su inconsistencia, su personalismo dictatorial y su desembocadura en guerra o catástrofe.

El hombre ha roto con toda ley moral objetiva y ha buscado lo que entendía como su liberación y ella se ha producido. No hay principio alguno inmutable que lo dirija. "El hombre es libre y, sin embargo, está rodeado de fuerzas en permanente conflicto. Por todas partes masas en movimiento que el hombre no puede comprender ni dirigir. La guerra, la finanza internacional, la técnica, el proletariado, la superproducción son otras tantas potencias que lo aplastan y ante las cuales es impotente".

Como dice Halevy, ese famoso hombre libre, "está tiranizado por la prensa, por la radio, por el cinematógrafo. Está tiranizado por la opinión pública y por las organizaciones".

Lo que hay de más profundamente grave en esta crisis es que antes que los sistemas se siente una ban-

carrota del hombre que busca inútilmente la solución de sus conflictos íntimos y de su expresión social.

La defensa del hombre amenazado en su realidad espiritual antes que en las estructuras más exteriores y la defensa de ciertos valores universales es la tarea urgente.

Si se pierde la fe en estos valores, en la libertad y en el espíritu, sería de repetir sin esperanza el canto épico del poeta Tiutchef:

Navegamos por el encendido abismo
cercados por todos lados.

...El flujo crece y nos arrastra
Hacia la oscura inmensidad.

SENTIDO DE LA INDEFINICION

La crítica que frecuentemente se hace en contra de toda apreciación del problema social desde el punto de vista de la filosofía cristiana, es que en su parte negativa tiene precisión y fuerza, pero que en su aspecto constructivo carece de vigor. Para la mayor parte la concepción del Estado, desde este punto de vista, resulta de una vaguedad, de una carencia de vida y posibilidades que la esterilizan en la práctica. En el mejor de los casos se traduce en la política activa como un centrismo titubeante que un día está a un lado y al siguiente al otro, pero nunca tiene una posición propia, audaz, y con aristas suficientes como para herir la emoción de las masas y traducirse en una fuerza.

Tal vez la idea que más se coge es la del corporativismo y aun de éste no terminan por formarse un pensamiento cabal, y con mayor razón, cuando se le distingue de algunas experiencias corporativas, que tienen más de aparato para cubrir una realidad política determinada y no encauzan efectivamente las fuerzas técnico-económicas hacia una estructura adecuada a su poder y lugar en el mecanismo social.

Es fácil, sin duda, destruir lo existente; lo importante, en cambio, es saber con qué se le va a reemplazar, y cuando se llega a este punto, parece que

se pierde la idea en una serie de proposiciones vagas, que no satisfacen, y no se traducen en fórmulas concisas, aprehensibles por cualquiera, y que den una imagen viable y en cierto modo material de lo que se trata de hacer en el futuro.

Más parece esta doctrina una elucubración de academia, perceptible para intelectuales, que un programa capaz de entusiasmar al hombre medio, que normalmente no se ha movido ni se mueve por puras abstracciones de la inteligencia. La tendencia de hoy es localizar toda teoría en dos bloques: en la Política, derechas o izquierdas; en el orden doctrinario, los que están con el marxismo o contra el marxismo; en un lenguaje aún más inmediato y vulgar: los que están con la revolución o con la reacción. En la imagen del proletario, los que están con el pueblo que sufre explotación y miseria y los que defienden el capitalismo que lo oprime.

En esta monotonía sin color deben agruparse los hombres y si no toman bandería se condenan a la indefinición, al centrismo oscilante, a una posición sin vigor aparente que concede a unos y otros; y que frecuentemente descontenta a ambos.

La forma aparente de las críticas tiene con todo esto un fundamento de razón. Es claro, perceptible para el más ignorante, formar parte de dos bandos irreconciliables. Allí no caben dudas. Todo resulta simple y la línea de conducta no se expone a aparentes vacilaciones. Lo que se busca no es la verdad, sino que cada uno actúa en razón de la oposición al adversario, actitud muy fácil de comprender.

Las masas se mueven por ideas simples y por pasiones. La Derecha y la Izquierda universales son dos ideas simples que despiertan pasiones y antagonismos

que responden al deseo, al instinto o la ambición de los hombres que agrupan.

Es simple pensar en la revolución social. El materialismo dialéctico es de suma complicación; pero la masa ha cogido el llamado materialismo vulgar que se desenvuelve en algunas consignas vigorosas como aquella del odio de clases. Los pobres están contra los ricos que los explotan y que reciben toda la ganancia, llevan una vida magnífica, acaparan los beneficios de la civilización y de la cultura. El apetito, la ambición y el deseo de los pobres es ser como los ricos y para ello hay que organizarse, hacer una revolución, destruir su poder y establecer el socialismo, que significa el reparto de la riqueza y de la tierra, la posibilidad de una existencia holgada.

La unidad en la aspiración, en el odio al enemigo, la igualdad de condición en la clase; todo esto es claro, es visual, perceptible, entraña un fin bien preciso y una idea lógica en quienes la alimentan. Esta esperanza bien explotada, alimentada por una sabia propaganda, va formando una imagen de una sociedad futura que el más torpe es capaz de diseñar en su mente.

De ahí que estar con lo que se llama la izquierda, con la revolución y con el pueblo se considere una posición definida.

Por su parte la Derecha representa un principio de conservación y defensa ante la Revolución que avanza. Es preciso detener el cataclismo e imponer el "orden"; destruir la propaganda revolucionaria; desprestigiar a los hombres que encarnan estas tendencias. El hombre de derecha piensa que el socialismo es el sumo mal. Tiene presente los despojos, las violencias y la tiranía que han acarreado las tentativas marxistas.

Piensa que con ellas llega la era del atropello a sus derechos, del desgobierno, del predominio de una serie de gentes a quienes considera incapaces y malvadas. Así como el marxista considera este estado actual como el testimonio de la injusticia y de la opresión, el derechista estima que lo que viene es el reino de la brutalidad y de la incompetencia.

El primero habla de la miseria, de la desnutrición, de la mortalidad infantil; y el segundo de los fracasos prácticos del marxismo que no ha solucionado estos problemas y que en cambio los ha agravado.

Partiendo de estas premisas y de cierta innata oposición de condición y clase social es muy fácil comprender que el que está con unos u otros es un hombre definido, que sabe lo que quiere y cómo lo quiere y adónde va en su querer. Los que se niegan a agruparse caerán en la condenación irremediable de estas dos pasiones, apetitos, egoísmos e ideas, que no quieren sino ciega adhesión y que en el fragor de su lucha gritan traición a quienes no se le entregan ciegamente.

Estas dos posiciones van cobrando en todos los países tonalidades diversas y más o menos acentuadas. En nuestro país ellas son marcadísimas, pues, se unen a estas oposiciones políticas residuos sociales y estrechez de ambiente consagrado con apetito extremo a la conquista del Estado que ha llegado a ser el mejor y tal vez, ya, el único gran negocio del país.

Falta asimismo la existencia, como lo anotáramos ya en otro libro (1), de una fuerte clase media con personalidad cultural, social y económica que amortigüe choques tan violentos.

(1) "Chile desconocido".

En el único aspecto en que hemos avanzado algo es el haber apartado la religión de este conflicto, a pesar que aún la mayoría siga creyendo a la Iglesia unida a un bando y a una clase y que algunos insensatos, cada vez más escasos, traten de mezclarla en este conflicto como arma de defensa e instrumento de mayor poder.

Muchas veces se ha hecho el análisis interno de estas dos fuerzas, para probar el absurdo de una clasificación que no responde a la realidad y penetrando en ellas se ha podido ver cuán diversos son los elementos que las componen.

En la llamada izquierda actúan comunistas, trotskistas, socialistas y radicales. Entre ellos hay tendencias, métodos y aspiraciones diversos. Aún más, hay odios irreconciliables. Son muchos los que desean sólo cambios tranquilos y no muy profundos y en cambio otros que a través de la violencia quieren una revolución extrema.

En la derecha igualmente hay numerosos sectores, que comprenden la necesidad de reformas más o menos substanciales y que están de acuerdo en muchas de las críticas que se hacen contra el actual estado de la sociedad.

Podríamos decir que el inconformismo es universal y se encuentra en todos los campos. Si interrogamos a los hombres que pertenecen a la llamada Derecha, veremos que no habrá ninguno de acuerdo con un estado estacionario y que se niegue a algunas reformas. El capitalista puro, explotador, acumulador de riqueza y sin alma como lo pinta la demagogia no existe, y si existe es un ser extraño y anormal. Tampoco existe comúnmente el revolucionario puro que se goza en la destrucción y en la muerte, como creen en algunos círculos. Claro está que en determinados momentos de

convulsión afloran ciertos hombres de residuo; pero esos están siempre latentes en todas las sociedades y no se puede culpar a un bando ideológico el poseerlos, como algo intrínsecamente unido a él.

A pesar de la complejidad y diversificación interior de estas dos fuerzas, es la verdad que dan una resultante simple.

Queda por preguntar si no cabe otra posibilidad que adherirse a una u otra, pues permanecer al margen es adoptar una posición sin vida.

Ha existido siempre una especie de centro que forman los elementos moderados de uno y otro bando. Son, casi siempre, los que tienen menos adhesión ideológica y están dispuestos a una transacción. De la derecha son aquellos que están más dispuestos a conceder y de la izquierda, los que ya tienen algo y temen la marea revolucionaria. Son grupos flotantes, disponibilidades siempre listas para teñir o desteñir un régimen y que también unen, con excesiva frecuencia, su situación personal a esta especie de combinaciones.

Esta posición centrista de tipo radical moderado o liberal de "avanzada" es indiscutiblemente increíble, y carece por esencia de toda entraña vital. Representa sólo el compás de espera, el equilibrio muerto, el punto de conjunción de todo lo más anémico y sin movimiento que tiene un organismo social. Este centrismo, que es ciertamente visual, y que ha caído en el mayor descrédito, pues detrás de él siempre se esconden otras intenciones, aun cuando más no sea la intención de detener la marcha de un país o de una idea, hace aún más incómoda la posición de aquellos que quieren otra solución.

Sin embargo, es preciso afrontar esa indefinición aparente y plantear las bases de un nuevo orden, cuyas posibilidades son difíciles, no siendo uno de sus me-

nores tropiezos esta misma falta de comprensión de la opinión pública y la dificultad indudable de poderlo reducir en fórmulas capaces de fácil captación por la masa.

Muchas de estas fórmulas ya están seguramente contenidas en los programas de Izquierda o de Derecha, de revolución y reacción, porque también muchas de las ideas de uno y otro bando son idénticas y ninguno de ellos defiende una serie de errores absolutos. Es el espíritu íntimo que anima a un sistema el que le da definición a sus consecuencias parciales.

La misma piedra y las mismas ventanas colocadas en una diversa arquitectura dan por resultado perspectivas y construcciones sustancialmente diversas. Igual cosa sucede en lo social: muchas soluciones parciales cambian totalmente de objetivo, según sea el plan con que se los dispone y distribuye.

Para considerar lo que llamaríamos el tercer plano, y que es lo antagónico del centrismo, conviene recordar que la raíz filosófica de estas dos oposiciones descritas es idéntica, y que una solución nueva remonta el fundamento de su acción en premisas opuestas, en su esencia, a todo lo que el mundo capitalista y marxista, derechista o de izquierda, ha considerado como la verdad.

BIBLIOTECA NACIONAL

SECCION CHILENA

LA REVOLUCION NECESARIA

El sentido de toda acción profunda conduce en esta hora a la revolución. Quien se inspire en el pensamiento cristiano y quiera verdaderamente realizarlo, debe ser y es un revolucionario, porque revolución, es el desacuerdo substancial con todo un sistema dominante y la voluntad de erigir otro diverso.

Péguy escribió: "El mundo moderno y el hombre moderno deben perecer", y quien esto escribe no puede situarse entre los conformistas del siglo.

Hasta ahora la idea de revolución ha estado unida a una cierta categoría política, que desea el cambio de estructuras económico-sociales. El grueso de una burguesía, aparentemente ligada a las formas del cristianismo, ha hecho aparecer a éste unido a ese mundo que debe perecer, y no es ésta la menor de sus culpas por haber comprometido con su actitud valores esenciales que han sido oscurecidos por absurdas concommitancias.

Esto no implica desconocer muchas verdades, que será preciso conservar, porque "en el mundo que debe nacer, las tradiciones que merecen sobrevivir, sobrevivirán, y son éstas las que hoy están más maltratadas. El verdadero tradicionalismo recibe de la historia lecciones esencialmente espirituales y no formales. La mejor manera de ser fiel a una tradición es encon-

trar el punto en el cual podrán incorporarse en las condiciones actuales del mundo y continuar viviendo. No consiste en calcar apariencias exteriores". (Daniel Rops. "Ce qui meurt et ce qui naît").

De ahí que no se pueda confundir un cierto conservantismo con la tradición, cuando puede resultar en el hecho su peor enemigo. La tradición, que significa la aprehensión de la gran herencia espiritual que se acumula, sólo podrá salvarse en esta hora con una posición que tenga el vigor de repudiar innumerables formas, ya sin significado, ni relación con los principios y experiencias esenciales.

No se rechaza, pues, el pasado en todo su contenido, sino que siguiendo una línea que penetra el curso de los hechos, se descartan los accidentes y errores, el grueso material que recubre la osamenta viva alrededor del cual la vida se seguirá organizando eternamente. Y muchas veces, para llegar a esos cimientos será preciso herir a golpes de martillo las mezclas que se han adherido en el curso de los años o en procesos de siglos.

Y esta revolución ha de comenzar en las ideas, "pues en el fondo de todo sistema político y económico hay una definición metafísica".

Marx lo comprendió así, pues, antes de ocuparse de la sociedad futura penetró en una teoría del conocimiento y en un sistema de la lógica.

Para Thomas Mann "los problemas intelectuales, morales, políticos se compenetran y no se les puede separar; no forman sino un problema único y supremo: la cuestión del hombre, de su condición y su estado, se plantea como un caso imperioso de conciencia y nuestro deber es dar un contenido nuevo al concepto de humanidad".

Rousseau, Descartes, el propio Adam Smith, ante todo, elaboraron una filosofía y propagaron una idea. De ahí también que esta revolución esté en las ideas antes que en la realidad, en el hombre antes que en el Estado.

En esto, recordamos a Daniel Rops, para quien "no importa que la marcha del mundo no sea fiel a un ideal: el ideal existe y los hechos tienen menos importancia que el juicio de los hombres sobre ellos".

El problema del hombre nos lleva a considerar la naturaleza de la cultura y la acepción verdadera del humanismo. Los autores franceses acostumbran a no distinguir entre la cultura y la civilización, considerando los dos términos como sinónimos, en cambio, los alemanes, y muy especialmente Spengler, los diferencian, asignándole a la cultura el significado formal, el ser la esencia viva, el principio creador y hacen de la civilización la etapa mecánica, decadente y moribunda en que la creación cede el paso a la rutina y al perfeccionamiento de una técnica sin vitalidad.

Desde cualquier ángulo que se contemple el mundo moderno, puede afirmarse que vivimos precisamente un instante de crisis en la cultura, o sea en el sistema vital de ideas que informan al hombre en un momento determinado; y aun la etapa mecánica de la civilización, de seguir el criterio de los alemanes, está asimismo herida de muerte, o por lo menos, profundamente resentida.

Pensamos con Maritain, que la cultura o la civilización subentiende "una concepción de vida propiamente humana, que significa no sólo el desarrollo material necesario y suficiente para permitirnos una existencia racional, sino también, y antes que todo, el desarrollo moral; el desarrollo de las actividades especulativas y prácticas (artísticas y éticas) que mere-

cen llamarse propiamente humanas; pero es obra del espíritu y de la libertad, que agregan su esfuerzo al de la naturaleza".

No es, pues, sólo el empuje y el progreso técnico o material lo que constituye la esencia de una verdadera cultura, como tampoco lo es un progreso en el orden del espíritu puro. Se requiere un desarrollo equilibrado, perfecto del hombre, en el cual hay permanentemente dos principios — espíritu y materia—, dos problemas—idea y economía—, que lo mueven y lo inquietan.

La cultura mira al reino de los valores esenciales y absolutos que se realizan en el plano material de una civilización determinada. De aquí que la civilización sea la etapa final de una idea que da origen a una forma temporal y tangible de vida.

Del equilibrio entre la idea y su traducción material depende que el hombre alcance, en momentos determinados de la Historia, su pleno desenvolvimiento, que se conjuguen en armonía sus facultades y sus potencias, para que florezcan ciertos instantes que son como plenitudes, épocas en que domina un verdadero humanismo, porque es lo único que puede dar origen a una sociedad que viva "en forma".

"La noción esencial del humanismo es entonces—dice Rops— un equilibrio entre la cultura y la civilización, o, si se quiere, entre la tradición y el porvenir. Para ser plenamente hombre, es preciso que el hombre conquiste la naturaleza, lo que es parte de su destino; pero que se esfuerce también en conquistarse a sí mismo. Que realice y se realice."

"Cuando una sociedad da el primado a los valores puramente materiales, desprendidos de todo lo real—como el caso de Bizancio, y en otra forma, el de la India—no se llega a un humanismo. Cuando una

sociedad proclama la soberanía de tendencias puramente exteriores al hombre, niega igualmente el humanismo. En los dos casos, estamos frente a una abdicación: ante la realidad o ante las exigencias del espíritu”.

Tal es el sentido de la crisis del “humanismo” a la cual asistimos hoy.

Es necesario, en consecuencia, buscar el fundamento de un verdadero humanismo, o sea, para recomenzar una organización de la sociedad en forma más justa, será preciso levantar esa construcción sobre el fundamento de un verdadero concepto del hombre, de la persona humana. Según cuales sean estos conceptos diferentes, también serán las estructuras externas y las instituciones jurídicas, los derechos y sus límites, las formas vivas de una sociedad; porque, si es cierto, y reconocemos la afirmación de Marx, de que los partidos políticos y los acontecimientos y organizaciones de una sociedad son superestructuras que se modifican y estallan cuando no están acordes con su íntimo contenido, en lo que forma su médula y su sustancia, pensamos que ese contenido lo constituye una idea creadora y no la economía pura, como él lo afirmara. Muerta o reemplazada esa idea o forma vital, las superestructuras están destinadas a desaparecer. Claro está, que precisamente, esa idea para tener poder de creación se expande y se verifica porque está de acuerdo con las posibilidades y resonancias que le da la vida material, pues, si la desconociera caería en un vacío sin trascendencia alguna en lo positivo.

El problema eterno es buscar la justificación y el destino del hombre mismo, que algunos cifran en el Estado, otros, en la producción, otros, en las ideas puras y abstractas, otros, en el espíritu.

Desde el Renacimiento hasta nuestra época, se ha hecho al hombre el centro del Universo y la medida de todos los valores. Se le ha colocado como objeto y sujeto de todo el acontecer. Es lo que se ha llamado el antropocentrismo. Podría creerse que desde esa época comienza el verdadero humanismo. Y sin embargo, no ha sido así, porque, como lo veíamos en capítulos anteriores, tal vez nunca el hombre ha estado más sometido y las posibilidades de su desarrollo integral más comprometidas.

Ciertas etapas de un idealismo absurdo, como el sostenido por Hegel, no han desvirtuado una profunda tendencia materialista, que al desconocer la existencia de un Espíritu absoluto y en el hombre, la dualidad de dos principios, lo han conducido a un materialismo total, cuya expresión definitiva es el marxismo en su tesis del sometimiento de lo humano a una fatal dialéctica de los procesos económicos.

Ramiro de Maeztu comentando a Protágoras, para el cual el hombre es medida de las cosas, dice que hemos llegado a creer que lo: "bueno es lo que al hombre le parece bueno; verdadero lo que éste cree verdadero. Bueno es lo que nos gusta; verdadero, lo que nos satisface plenamente. La verdad y el bien abandonan su condición de esencias trascendentales para trocarse en relatividades. Sólo existen con relación al hombre. Humanismo y relativismo son palabras sinónimas.

"Pero si lo bueno sólo es bueno porque nos gusta, si la verdad sólo es verdad porque nos satisface, ¿qué cosas son el bien y la verdad? Una de dos: reflejos y expresiones de la verdad y el bien del hombre, o sombras sin substancia, palabras y ruidos sin sentido, como decían los nominalistas que son los conceptos universales..."

En este siglo, este género de humanismo sugiere a algunas gentes y hasta a pueblos enteros, o por lo menos, a sus clases directivas, la creencia en que lo que ellos hacen tiene que ser bueno, por hacerlo ellos. El orgullo suele ser eso: lanzarse magníficamente a hacer lo que las demás gentes creen que es malo, con la convicción sublime de que tiene que ser bueno porque se desea con sinceridad...

"La otra alternativa es concluir con lo bueno y con lo malo, suponiendo que no son sino palabras con que sublimamos nuestras preferencias y nuestras repugnancias. No hay verdad ni mentira, porque cada impresión es verdadera, y más allá de la impresión no hay nada. No hay bien ni mal. La moral es sólo un arma en la lucha de clases. Lo bueno para el burgués, es malo para el obrero, y viceversa. Nada es absoluto, todo es relativo. Esto es todavía humanismo porque el hombre sigue siendo la medida de todas las cosas. Pero no hay ya medidas superiores, porque desaparecen los valores y el hombre mismo, al reducir al bien y la verdad a la categoría de apetitos, parece como que se degrada y cae en la bestia, con lo que apenas es ya posible hablar de su humanismo".

El Renacentismo había de conducir a una sociedad fundamentada en lo individual, pues si era el hombre la medida y el criterio que todo lo juzga, de su libertad absoluta nacería el nuevo Estado. Estas individualidades eran, por lo demás, iguales, pues se proclamó el dogma de la igualdad de todos los hombres, y fué en esto en lo que quiso radicarse el sentido de la democracia.

La liberación no podía consistir sino en dejar a cada ser la posibilidad de expandirse con total independencia, y de ahí que sus impresiones, apetitos, instintos y propias apreciaciones de la realidad podían ser

su norma de conducta, ya que no podían existir normas objetivas y superiores a su criterio.

En lo político, los derechos lograrían máxima extensión, y en lo económico reinaría entre los hombres iguales una feliz y emuladora competencia.

Es excesivo referirse a las resultantes inmediatas. Ellas son, en primer término, un productivismo que busca su justificación en sí y somete lo humano a las exigencias de una economía cuyas necesidades aumentan, como esos grandes aludes que parten en la altura con un peñasco y llegan al valle convertidos en avalancha. Hay que producir cada día más y en forma más mecánica, standardizada y sistemática. La huella de la máquina y del aparato técnico es más honda y la de la mano movida por un espíritu, más débil.

Por su parte, tras el telón de la política se descubre la máquina de la economía, porque el democratismo igualitario — no la democracia — ha pretendido destruir las jerarquías y las élites.

Desconocida la finalidad espiritual del hombre, desaparecen las élites dirigentes y la justificación misma de una verdadera política. Lo económico tiende necesariamente a dominar.

“Dentro de un mismo pueblo—leemos en la “Defensa de la Hispanidad”—, el individualismo no quiere para todos los hombres sino la igualdad de las oportunidades. Ya sabe por adelantado que unos las aprovechan y mejoran de posición. Estos son los buenos, los selectos, los predestinados; otros, en cambio, las desaprovechan y bajan de nivel; y estos son los malos, los rechazados, los condenados a la perdición. Es claro que no ha existido nunca una sociedad estrictamente individualista, porque los padres de familia no han podido creer en el postulado de que los hom-

bres progresan sólo cuando se les deja en entera libertad. No hay un padre familia con sentido común que deje hacer a sus hijos lo que les dé la gana. También los gobiernos y las sociedades hacen, lo que los padres en mayor o menor grado, pero en la medida en que permiten que cada individuo siga sus inclinaciones, aparece en los pueblos el fondo irredento, casi irredimible de los degenerados e incapaces de trabajo.

“La civilización individualista tiene que alzarse sobre un légamo de “boicoteados”, de caídos y de ex hombres”.

Este individualismo y sentido de la libertad que ha sido funesto en lo interior de los pueblos, por reacción lógica ha acarreado otros errores. Sin embargo, predomina en el campo internacional donde cada nación lo aplica, según sus particulares conveniencias. Cada pueblo se siente en libertad para seguir su propia línea de conducta y para pensar que su verdad —que siempre refleja su conveniencia— ha de ser la norma de acción capaz de imponerse a los otros pueblos. Sin un principio de valoración universal, el más fuerte impone su verdad, su Derecho, su opinión, su apetito.

De ahí que nazcan estas naciones con sentido mesiánico, dispuestas a imponer su superioridad de raza, organización o manufacturas. En la libre competencia internacional han de triunfar los mejor dotados, y como el Derecho y la Moral no son leyes trascendentes, cada pueblo tendrá un número suficiente de filósofos, escritores y poetas que canten su magnificencia y le den una doctrina moral y jurídica capaz de justificar sus actos.

Se ha hablado mucho, en especial, entre cierto tipo de escritores marxistas, del “humanismo burgués” y del “humanismo proletario”. Para ellos, el huma-

nismo burgués fué la reacción de esta clase, que nació en el siglo XV, gracias al comercio y a la industria, en contra del clero y de la nobleza. Fué, pues, una antítesis que se oponía a un estado ya en descomposición y que permitía el advenimiento de una nueva clase. Este humanismo burgués no tenía otro objeto que hacer una verdad adecuada a los intereses de quienes había de servir. Hoy, ya no puede sostenerse, porque, a su vez, el proletariado ha erigido un nuevo humanismo, que, según estos comentadores, redimirá efectivamente al hombre, pues, no desfigurará la verdad, ya que esta clase no tiene intereses que defender, ni apetitos que encubrir.

Sin embargo, no se puede comprender el sentido de estas afirmaciones, si se las examina más a fondo. Sin duda, que el humanismo burgués respondió al sentido de una clase, como el proletario responde al de otra. Pero esto no resuelve el problema, pues, no se descubre aquí cuál es el significado del término. En la realidad de la doctrina y de los hechos, se descubre un mismo tipo de humanismo que se limita a lo material, y que va sustentándose en clases sucesivas. El burgués reemplaza al noble, el proletario al burgués; pero el problema sigue igual, pues, en uno y otro caso es igual la interrogante, y bajo apariencias diversas, igual la respuesta.

Por lo demás, en la práctica, el proletariado es dirigido por una categoría que no tarda en erigirse, a su vez, en clase dentro de su clase y volver a una fatal ley de predominio y exclusivismo. La dialéctica marxista se cumple aquí, a pesar de Marx, que creyó que esta oposición interna había de cesar un día, cuando él mismo estableció que era inherente a la materia misma.

Es efectivo que el humanismo burgués está agotado en todas sus manifestaciones. No habría sino que referirse al arte, donde se ve más nítidamente su agotamiento; pero eso, en ningún caso, hace pensar que la exageración de sus términos en un humanismo proletario puede salvar al hombre. Sólo presta un servicio: mostrar hasta qué punto podían desarrollarse y traducirse en un materialismo integral los gérmenes que había plantado al desconocer la necesidad de relacionar todo verdadero humanismo con la idea de Dios, que, a su vez, implica el reconocimiento de un principio espiritual indestructible.

Esta misma línea fundamental nos llevará a un tipo de humanismo biológico, como es el de la sangre, de la raza. Es en este momento, cuando aparece en toda su desnudez orgánica, pues el espíritu ha desaparecido en la biología pura, la materia integral.

El fascismo no había traído consigo una filosofía. Defendía una forma de estructurar la política y la economía, que en muchos aspectos era una sana reacción. El nazismo es más: es una idea del hombre, una doctrina que lo explica como el producto puro de la raza, de una determinada combinación sanguínea. Puestos en contacto, ha arrastrado al término débil, y de ahí que lo hayamos visto imitarlo con una servilidad que produce tristeza, por lo que significa de renunciamento a lo mejor de la latinidad.

El nacional-socialismo, "en su reacción contra el individualismo y su sed de comunión, busca esta comunión en la animalidad humana que, separada del espíritu, no es más que un infierno biológico... El neopaganismo racista es así inferior al paganismo de la antigüedad clásica, que tenía la piedad de las leyes eternas y de la suprema divinidad. Son las partes bajas del paganismo las que aquél devuelve a la existen-

cia". "La noche que amenaza a la civilización occidental es debida a la emergencia de fenómenos históricos designados en su aspecto político (que sin duda no es el más profundo) por el nombre de totalitarismos: totalitarismo comunista de una parte (es decir, totalitarismo de la comunidad social) y de otra totalitarismo fascista (o del Estado político), y nacionalsocialismo (o de la comunidad racial). Ambas opuestas familias de totalitarismos presentan analogías profundas y fenómenos de osmosis: y aun quizá llegarán a unirse un día y compenetrarse para mayor desgracia de los hombres". Tal escribía Jacques Maritain en la "Revista Sur", en el mes de junio de 1939. Hechos posteriores han venido a confirmar la visión que da el análisis profundo de las causas que mueven la política moderna.

"No puede, pues, ser el hombre solo, fragmentado e inconsciente de su debilidad y en la ignorancia de una razón trascendente del ser, el fundamento en que se erija todo el edificio. Hay que buscar en él, al elemento que lo justifica, equilibra y define, y crear un humanismo que tienda a hacer al hombre más verdaderamente humano y a manifestar una grandeza original, haciéndole participar en todo lo que pueda enriquecerle en la naturaleza y en la Historia. Exige al mismo tiempo que el hombre desarrolle las virtualidades en él contenidas, sus fuerzas creadoras y la vida de la razón; y trabaje en convertir las fuerzas del mundo físico en instrumentos de su propia libertad".

Este hombre que tiende a su integral desenvolvimiento no puede ser el producto de una raza, ni de una comunidad, ni de la economía, ni una individualidad pura. Debe ser una persona con espíritu y materia, regido por normas supremas en cuanto se refiere

a su destino superior. El centro que lo justifica está más allá de su propio yo y de la sociedad. Ese centro es Dios. De ahí que este humanismo deba designarse como Teocéntrico.

Esta concepción es la única radical y auténticamente opuesta a todas las otras interpretaciones cuyas consecuencias hemos analizado, y no puede ser ni un paliativo ni una transacción entre el hombre del liberalismo y el hombre del comunismo o nazismo. Se opone a ambos y ve en ellos en uno u otro sentido una deformación que termina por degenerarlo. En el fondo, lo que define a este humanismo es el espíritu. No es que desconozca el aspecto material, pues, eso lo conduciría también a un monstruoso error; pero pone su acento en lo específicamente humano.

Tampoco es ese espíritu vago, que todos manejan, para desconocer. No es el "espíritu" del burgués que se horroriza del materialismo dialéctico, cuando él ya lo ha puesto en práctica y lo sigue traicionando cuando lo utiliza como escudo.

Tampoco este humanismo puede desconocer, y es de repetirlo constantemente, los aportes parciales de cada una de las etapas del falso humanismo. Ni la libertad, ni la justicia que reclaman, puede olvidarse. Será preciso reintegrar estas verdades truncas en una concepción que las considere como conquistas felices, que sirven para elevar un estado más completo y armonioso.

La necesidad de fundar el futuro sobre el Espíritu es, pues, la tarea nueva. Ya hasta la razón, ha sido colocada en un segundo plano, y así como en lo social se ha buscado a la raza, tocando en lo biológico, en el orden de la filosofía, al racionalismo está sucediendo una mística del instinto, del subconsciente, de la animalidad como fuente suprema de energía, que todo lo

domina. Y en esta última etapa del desmembramiento, son los hombres representativos los que, como Proust, se disuelven en impresiones oscuras, o los que, como Freud, penetran en la sub-razón, que seguramente no debe olvidarse; pero que es mucho más peligroso valorar en exceso.

“El problema que se nos plantea es espiritual, antes que nada — escribe Massis en la “Defensa de Occidente” —. Es rehacer la persona humana, lo que significa establecer la jerarquía del ser, defenderlo contra todos los errores que lo debilitan y que no tienden sino a destruirlo.

“Para imponer a la materia dominante un alma verdaderamente viva; para darle al progreso de la ciencia moderna un espíritu realmente humano, hace falta una restauración integral de los principios de la civilización greco-latina y del Cristianismo. Esta gran tradición de la sabiduría antigua y de la sabiduría cristiana puede todavía salvar lo que hay de viable en el mundo moderno”.

El hombre destruido por la sed de satisfacciones materiales, por la especialización que lo entorpece, requiere buscar su verdadero sentido, algo que lo centre y afirme.

Sólo una verdad que ponga el acento sobre la unidad del hombre, sobre su personalidad; sobre la finalidad del ser puede darle firmeza: “un solo Dios, una sola verdad”, una sola humanidad y al mismo tiempo una ley, un derecho, una razón, una moral universal y común. No hay una sola de nuestras ideas que no encuentre en este gran principio unitario su forma y su substancia...

“El espíritu está hecho para dominar la materia, lo divino para mandar en lo humano, lo pasajero para

subordinarse a lo eterno. Cada cosa tiene su lugar, sus límites precisos que la condicionan y la definen”.

La verdad no es una impresión, la vida no se justifica ni por la producción económica, ni por la raza, ni por la clase; ni siquiera por la sola razón; la moral no está al servicio del apetito, ni de cada uno de los mitos sucesivamente creados; el derecho no es la justificación de la fuerza. No puede relacionarse el destino del hombre con cada una de estas ficciones o realidades pasajeras, porque caerá en el vacío, en lo insustancial, en lo estéril. El hombre es más que la producción, es más que la raza, es más que la fuerza, es aun más que la sola razón. Cada una de estas cosas le sirven para algo. No pueden ser el todo, y mientras quiera buscar su justificación en estas partículas de su ser, sentirá a su alrededor el desequilibrio y la insatisfacción que lo precipitan de un extremo a otro. Del individualismo caerá en el colectivismo, del colectivismo al materialismo, del racionalismo al vitalismo, de la anarquía a la dictadura. En una palabra, el ser descentrado que da de tumbos.

De ahí que sea necesario buscar el eje fuera del hombre, en un ser trascendente y absoluto, principio y fin, creador incommovible en el cual se fundamentan los principios supremos que rigen la existencia. Sólo en ese momento el hombre encontrará firmeza, equilibrio y armonía en sus facultades, en su propio yo y en lo social.

“Es porque el hombre occidental ha creído en el Bien absoluto, y en la justicia en sí, leemos en el autor ya citado, que ha podido fundar la Justicia y el Derecho.”

Todas las formas jerarquizadas de la justicia, desde el derecho positivo hasta la más alta ley moral, se ordenan aquí alrededor de un eje único, inmuta-

table y eterno, como la razón divina que dispone de todo en vista de ella misma.

La noción del bien común, que tiene su origen en Dios, es el centro de esta gran doctrina finalista, que la Edad Media con Tomás de Aquino, ha legado al Occidente. El Estado, la autoridad, encuentran allí su justificación legítima, cuando persiguen y protegen el pleno desenvolvimiento de la persona humana.

De esta manera el Derecho no resulta del interés de un grupo, ni de las conveniencias nacionales, ni de la "misión" que se auto-confieren ciertas individualidades superiores, ni del sufragio. Está más allá su fundamento inconvencional.

La autoridad no es legítima porque tiene la fuerza, ni porque representa la mayoría, ni a una clase. Es legítima, porque es necesaria al bien común, que no consiste en el predominio, ni en la estimación del que manda, sino en el pleno desenvolvimiento de la persona humana, de donde resulta que al atentar contra ella pierde la autoridad su razón de ser y la persona sus garantías.

Se ha desconocido esto del Bien Absoluto y de la justicia en sí. El relativismo subjetivista ha ido creando "bienes" y "justicias", basados en mil causas diversas que se consumen unas a otras, y la humanidad ha llegado a saber que en un momento determinado el bien es el imperialismo, el interés de una clase, mayor cantidad de riqueza, pública o privada, la verdad de un partido integrante del Estado; y la justicia lo que manda esa manera peregrina y subjetiva de apreciar lo bueno.

La autoridad, por su parte, que dice buscar el bien común en estos órdenes, la ha cifrado en la concepción que de ese bien común se han formado los que dominan el Poder político. Gracias a todo ello, el

hombre ha conocido las peores tiranías y ha visto morir la justicia, la libertad y el derecho y ha penetrado en el reino sombrío de las masas que se mueven mecánicamente. Ha perdido su personalidad y con ello su dignidad.

La restauración ha de venir, pues, cuando se encuentre el principio motor y se reconstruyan las jerarquías necesarias, o sea, cuando se vuelva al orden. Y él ha de venir por el Espíritu.

Es Daniel Rops el que escribe: "El espíritu es quien, en el hombre, mide la relación entre el ideal y la realidad; es el que arraiga la convicción de que éste no se define sólo por sus apetitos y sus instintos, sino por un deseo superior de cumplimiento y de perfección; es quien da al ser su unidad, proponiéndole un sentido. En el conflicto entre la cultura y la civilización, el Espíritu es el árbitro. Gracias a él, la cultura no es una simple colección de descubrimientos más o menos valiosos: la civilización no es una actividad puramente teórica funcionando en el vacío. El hombre no existe sino por el principio espiritual que está en él y el humanismo no tiene fundamentos sólidos sino espirituales".

Es el espíritu "encarnado" el que gobierna. No un espíritu que se agita solo en el espacio, sino condicionado por la materia a la que gobierna y ordena.

Por eso cogemos en su profundidad el pensamiento de Péguy, para quien "una renovación social no es posible sino por hombres que se hayan renovado moralmente ellos mismos". En el principio era el Verbo y de ese Verbo encarnado en cada hombre está el comienzo de todo cambio.

DOS IDEAS ESENCIALES

Un verdadero humanismo debe engendrar un régimen político, de acuerdo con sus premisas esenciales, o sea, que le asegure al hombre ese desenvolvimiento integral de su persona, en lo material y en lo espiritual. Posiblemente sea este el problema más agudo de todos los tiempos, y muy en especial del nuestro, en que han hecho crisis tantos sistemas y en que hay una tan gran confusión de ideas, que proviene, desde luego, de las pasiones que engendra la discusión sobre las bases del orden social y de la intervención que tienen sectores de opinión, que carecen del discernimiento necesario, para juzgar lo justo y lo injusto que se mezcla en cada uno de ellos.

Podrá, sin duda, afirmarse que en el futuro toda organización social deberá fundarse sobre dos conceptos esenciales: la libertad y la justicia. Cualquier régimen que pretenda hacer justicia y que para ello ahogue la libertad, llegará fatalmente a ser injusto, no sólo en el orden de la teoría, sino también en el orden de la distribución de la riqueza; y todo régimen que pretenda mantener una supuesta libertad individual; pero que no realice la justicia, en su aspecto económico, no permitirá la existencia de hombres libres y provocará irremediabilmente la violencia. En uno y otro error han caído el liberalismo y el marxismo.

El liberalismo creyó que bastaba a los gobiernos asegurar la libertad política, resguardando el ejercicio de los derechos individuales. En lo económico, pensó que operaría la ley de la oferta y de la demanda y juzgó inoportuna toda intervención. El solo juego de las leyes naturales había de asegurar el máximum de bienestar. Pero el hombre debe contar con las leyes de la naturaleza y no someterse a ellas como las cosas o los seres irracionales. Tampoco las desconoce, pero las encauza y modifica. Es una ley natural que llueva y que haya temporadas de fríos intensos y se precave construyendo habitaciones que lo resguardan, embalsa ríos, transforma la energía eléctrica; y asimismo puede, sin destruir la oferta y la demanda, regirla y encauzarla, ya que la razón le dice que superior a ella, es la tentativa de buscar la justicia por medio de leyes más perfectas que considerando esa verdad natural la perfeccionan y aprovechan, como se aprovechan tantas otras fuerzas de la naturaleza, que se modifican y a veces se vencen, como sucede, por ejemplo, con la ley de la gravedad que dominan los motores productos del ingenio humano.

"De la misma manera, escribe Pío XI en *Quadragessimo Anno*, que no se podría fundar la unidad del cuerpo social en la oposición de las clases, tampoco se puede esperar del libre juego de la libre concurrencia el advenimiento de un régimen económico bien ordenado. De esta ilusión, como de una fuente emponzoñada, han salido todos los errores de la ciencia económica individualista. Esta ciencia, suprimiendo por olvido o por ignorancia el carácter social y moral de la vida económica, pensaba que los poderes públicos debían abandonarla, libre de todo control, a sus propias reacciones, pues la libertad del mercado y de la concurrencia le proporcionaban un principio directivo

más seguro que ninguna inteligencia creada. Sin duda que, sostenida en sus justos límites, la libre concurrencia es cosa legítima y útil; nunca, sin embargo, podría servir de norma reguladora de la vida económica. Los hechos lo han probado, desde que se pusieron en práctica los postulados de este nefasto individualismo. Es, entonces, absolutamente necesario colocar la vida económica bajo la dirección de un principio directivo, justo y eficaz. La dictadura económica, que ha sucedido a la libre concurrencia, no puede llenar esta función; no lo puede porque, immoderada y violenta, necesita para ser útil a los hombres, de un freno enérgico y de una sabia dirección, que no puede encontrar en sí misma. Es a principios superiores y más nobles a los cuales hay que pedir que gobiernen con severa integridad estas potencias económicas, es decir, a la justicia y a la caridad sociales. Esta justicia debe penetrar completamente las instituciones y la vida entera de los pueblos; su eficacia verdaderamente activa debe sobre todo manifestarse en la creación de un orden jurídico y social que informe en cierta manera toda la vida económica".

En esta cita de Pío XI se encuentra contenida una doctrina a la que, aun los que no admitan la filosofía cristiana, han de reconocer una precisión de juicio admirable.

La libertad económica erigida como principio es funesta y no puede ser la norma del Estado. Es cierto que es legítima; pero siempre que se le coloquen límites y se la someta a una dirección. Por lo demás, se ha destruído por una ley de lógica interna, y su desembocadura ha sido por un lado la dictadura económica del capitalismo y por otra del socialismo estatal, único poder que en la práctica se oponía a su expansión, destruídos los órganos naturales y legítimos que debían

existir como frenos y que el individualismo desconoció o suprimió.

En revancha había de nacer un clamor de justicia, que creyó necesario para imponerla, suprimir la libertad. De la distribución justa de los bienes económicos se pretendió hacer el valor supremo de la vida. Este es el marxismo en sus diversos aspectos, realizado fundamentalmente en el comunismo. Por un proceso dialéctico se estableció que para llegar a la libertad o a la liberación, se había de pasar por la dictadura, pues teóricamente este sistema rinde homenaje a la libertad, así como el otro creía servir a la justicia. Sin embargo, olvidaba que los medios condicionan al fin, y que a la libertad no se ha llegado jamás por el camino de la dictadura. Todas las tiranías de la historia han pensado que oprimiendo llegarían a libertar; pero la verdad es que han resultado sólo encadenando, de la misma manera que todos los que han pensado llegar a la paz por medio de la violencia, han acabado en guerra. La verdad exige para su servicio métodos verdaderos, la libertad exige un camino libre, y la paz procedimientos pacíficos.

En nuestra época se han conocido todas estas sugerencias que con el tiempo sólo se explicarán como el fruto de una época atormentada que vivía la tregua de dos guerras terribles. Pero poco a poco la conciencia más alerta del mundo comienza a descubrir el engaño y a la luz de los propios resultados observa que una dictadura, por mucho que se encubra, destruye de raíz la verdadera libertad presente y posible y termina en la injusticia.

La dictadura comunista que hizo del productivismo un mito creador ha terminado en el stakhanovismo, que es la opresión industrialista y ha hecho desaparecer todo pensamiento vivo. Basta observar que no ha apa-

recido allí un solo poeta, un solo músico, un solo artista, o escritor de valor universal y que sólo han podido exhibir a Gorki que era el producto de una época anterior.

No es en estos regímenes donde el proletariado y las clases medias alcanzan los medios para una vida digna. Por el contrario, es allí donde sufre más duramente, pues en la práctica se le exige enormes sacrificios que se justifican con el mito del servicio a la colectividad; siendo que el hombre colectivo es una abstracción a la cual siempre se inmola al hombre que es el único ser real.

Es cierto que puede alcanzarse una determinada eficiencia técnica; pero ella cuesta muy cara, en tanto que en otras naciones se avanza tal vez más rápidamente sin tales disminuciones de los derechos personales.

Todo esto es aún más evidente en el marxismo y fascismo, donde la opresión corre a parejas con la miseria, a pesar de los esfuerzos notables que se pueden advertir en muchos aspectos.

En todo caso queda como experiencia que países como Holanda, Bélgica, los pueblos nórdicos, los Estados Unidos han avanzado inmensamente más por este camino que por el otro.

Hay quienes piensan que estos son pueblos de gran cultura y de un temperamento especial. Sin embargo, éste no es un argumento serio. En el Imperio Británico, no es sólo Inglaterra el ejemplo: están en diversas latitudes Australia, Canadá, La Unión de Africa del Sur. Bajo climas diferentes y con diverso origen racial, este minimum se ha ido cumpliendo. Bélgica ha podido realizar algo parecido y lo mismo Holanda, a pesar que la primera de estas naciones

nombradas tiene en su interior tan hondos y difíciles problemas raciales.

Estados Unidos ha llegado también a ser un ejemplo típico, y ninguna persona honradamente podría negar que es preferible el régimen de los países escandinavos, de Bélgica o de Estados Unidos al que impera en Rusia y Alemania.

La verdad es que ningún argumento puede convencer que sea preferible un sistema en que el hombre viva del capricho, más o menos justificado, de los que se han apoderado del Poder y dispensan todas las posibilidades. Un ciudadano de los países llamados democráticos por lo menos puede acudir ante los tribunales de justicia y hacer valer sus derechos, y por muy imperfectos que ellos sean, como todas las cosas humanas, la verdad es que funcionan e imponen sus fallos.

Un ciudadano norteamericano no posee ni pierde su libertad, porque lo quiera o no Roosevelt. Sin embargo, hay países en que eso puede suceder por el solo gesto del Jefe del Estado, y es indudable que eso que llamamos la dignidad de la persona humana está inmensamente más garantida en aquellos.

Es efectivo que esa libertad política, por diversos factores puede llegar a ser un engaño o algo relativo, especialmente en el terreno económico, o porque en el Gobierno domine una clase determinada. Esto nos lleva a pensar que no habría que suprimir lo conquistado sino perfeccionarlo. En Inglaterra ha dominado una aristocracia seleccionada; pero esta dominación está limitada eficazmente y sólo es posible respetando la libertad de todos los ciudadanos. En cambio en Rusia domina una clase privilegiada, que son los comunistas, cuyo partido oficial es una categoría muy restringida y en cambio ese *mínimum* que posee el

francés, inglés, americano, o sueco, no lo conoce el ruso. Igual que del ruso podríamos decir del alemán sometido al hitlerismo.

Ha sido tal la confusión de nuestra época que se ha llegado a pensar como conveniente para obtener la liberación económica, destruir la libertad política, tan duramente conquistada, cuando ello significa un gran retroceso, y en cambio lo lógico es mirar esta conquista como una segunda etapa del mismo camino que lleva a una síntesis más perfecta.

El ejemplo de Roosevelt es claro, cualesquiera que sean los resultados de sus tentativas. Igual cosa podríamos decir de Bélgica y Holanda donde se ha visto la colaboración de católicos y socialistas.

Este *mínimum* de libertad política, con todas sus imperfecciones, ha dado magníficos resultados en muchos países y es indudable que, para aquellos que defienden el pensamiento cristiano, resulta un régimen inmensamente superior al de cualquiera dictadura, por muy benévola que sea, caso en que muchas veces resulta más peligrosa, pues se comienza a ver en la religión un medio de consolidar el poder político del ser un *mínimum* vital en lo económico, que permita a Estado.

El segundo elemento de todo orden futuro ha de cada hombre un desenvolvimiento material capaz de satisfacer a una existencia racionalmente concebida, lo que implica su independencia y libertad verdadera.

Sin ese *mínimum* la libertad resulta una burla. La opresión de lo material ahoga todas las posibilidades de lo espiritual, porque la miseria es la mejor escuela de corrupción y animalidad. Seres desnutridos, sin habitación conveniente, ni posibilidad de ningún orden degeneran fatalmente hasta corromperse. Hablar de moralidad, de espíritu, de paz y de tantas otras cosas

superiores a un pueblo amargado y dolorido es inútil y hasta cierto punto criminal.

No puede pensarse que cada hombre ocupe un lugar semejante a todos los otros o el primer escalón en las jerarquías que se forman de acuerdo con leyes naturales inflexibles; pero sí, es lógico, humano y posible, el que los que ocupen el escalón más bajo estén en un plano mínimo que les asegure el ejercicio pleno de su condición humana, o sea, que puedan alimentarse, vestirse, habitar, educar a sus hijos, asegurarse para los días oscuros y tener esa prerrogativa de la distracción que es tan necesaria como el trabajo. Sin eso el hombre no es hombre y si la sociedad no tiene obligación de asegurarle a cada uno de sus miembros la felicidad y la riqueza porque eso no lo puede dar, no estará asentada sobre un fundamento de paz y lo que es más importante de justicia, que da la paz, mientras no haya cumplido ese deber primario. Si existe un solo hombre que no haya alcanzado ese peldaño, hay una injusticia que clama al cielo, y ese clamor cubre de ignominia a todos los que no trabajan por repararla y de ahí que nos sea extraña la conmoción substancial de nuestro mundo porque no es uno, sino millones y millones de hombres los que no han visto aún la luz de una existencia racional, que viven en la injusticia, y cuya sola presencia, testimonio de iniquidad para todos los que permanecen indiferentes, hacen imposibles ese "orden" y "paz" ficticios que quieren imponer algunos. Ellos son el gran pecado de la humanidad contemporánea y en tanto no se les redima, no podrá haber seguridad para nadie, ni derecho, ni libertad, ni justicia verdadera.

Alcanzado este mínimo puede pensarse en muchos tipos de organización política, económica y social; para ello puede haber la mejor variedad de opinio-

nes; pero, sin duda, que esas dos ideas fundamentales de libertad política y libertad económica, significan la garantía de la dignidad humana, que se edifica sobre la materia que exige condiciones para su desarrollo y el espíritu que florece cuando hay paz y no está sometido a ninguna especie de tiranía.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

LA ORGANIZACION DE LO ECONOMICO

La más superficial observación de las actuales tendencias del mundo económico nos dice que ellas se traducen en un socialismo de Estado con mayor o menor acentuación.

El mecanismo converge hacia una dirección única que controla la moneda, el crédito, la colocación y distribución de los productos, la repartición de la tierra, la fijación de precios mínimos remunerativos para proteger la producción o máximos para defender el consumo.

El comunismo no ha significado la destrucción del Estado y la distribución igualitaria de los bienes, sino una forma de capitalismo centralizado, concentrador del poder en manos de la oligarquía política imperante. Igual cosa ha sucedido con tonalidades diversas en Alemania e Italia. Esta socialización se ha hecho en parte a expensas del capital privado, destruyendo, en general, al pequeño industrial y dejando en pie el gran capitalismo que tiene mayores recursos y medios de defensa; pero también beneficiando a las grandes masas al hacer positivos esfuerzos de carácter colectivo.

En todos los países se nota la misma y uniforme tendencia. El Estado ha ido ampliando su esfera de acción, extendiendo e intensificando su control y en

cierta manera es el socio de toda empresa que participa en los beneficios, interviene en las relaciones de los elementos que la forman y dirige y orienta la actividad general.

Siendo el Estado el único elemento vivo frente al individuo y requiriéndose su intervención en vista del fracaso del liberalismo, ante la miseria del proletariado, la frecuencia e intensidad de las crisis, la conveniencia de vigilar los contratos de trabajo y los conflictos que de ellos se derivan, el Poder Público debía adquirir una inmensa preponderancia.

Su intervención ha acarreado indiscutidos beneficios y pensar sólo que ha sido perjudicial es un error manifiesto.

Con todos sus defectos ha ido naciendo un derecho del trabajo que garantiza al obrero ventajas que a comienzos del siglo había pensado alcanzar sólo a través de revoluciones y violencias.

Han mejorado los salarios, se respetan y vigilan los contratos de trabajo; se ha creado un vasto régimen de previsión: se estudia o se realizan planes de aprovechamiento de horas libres; se mejoran las habitaciones; se da participación en las utilidades; se aumentan y robustecen las organizaciones sindicales.

Estas conquistas se han operado contra el individualismo social y afectan a las instituciones económicas inspiradas en el mismo sistema. Es cierto que este proceso trae consigo dificultades muy profundas, pues el Estado actúa a través de una burocracia que entorpece antes que construye, que gasta, sin producir, y perturba en forma inútil y costosa.

Sin embargo esta intervención estatal no se hace siempre en desmedro de los productores. En muchas ocasiones son ellos los verdaderos beneficiados. La verdad es que en las condiciones actuales, sin la di-

rección del Estado, la economía individual pura y simple no habría podido subsistir en muchos casos y pensar como solución el volver a un liberalismo más o menos reformado es querer retrotraer el mundo a un estado imposible, porque la realidad misma lo impide. Son las propias organizaciones super-capitalistas transformadas en cartells o trusts las que nos están diciéndonos de la imposibilidad de una economía descontrolada y entregada al solo arbitrio particular y a la libre concurrencia.

Como lo hacía notar un parlamentario: "Es un hecho que el mundo entero se mueve bajo una economía dirigida, fuertemente intervenida."

Hay quienes lamentan este hecho, añorando el retorno a un sistema de libertades que no tiene posibilidades de restauración.

La única posición que puede dictar este proceso, es la de tratar de entenderlo, penetrar en sus causas determinantes y ver qué circunstancias lo han hecho brotar a la superficie, para poderlo orientar hacia formas más justas.

La intervención del Estado en las actividades individuales y especialmente en los procesos económicos, no ha venido al azar; ha sido provocada por el desorden económico, por la quiebra o fracaso de un sistema capitalista de producción y distribución y ella se ha acentuado más, mientras más aguda y más recia era la crisis generada por la falla del sistema.

En ningún caso se vió más claramente este hecho que en los Estados Unidos. Hoover, representante típico del gran capitalismo, creyó que la crisis se solucionaría sola y, sin embargo, fueron las medidas de Roosevelt las que hicieron posible el resurgimiento y esta realidad no la podrán destruir sus adversarios.

Millones de cesantes, crisis agrícola, paralización industrial y quiebra de los Bancos. Ante ese cuadro, el Estado no podía cruzarse de brazos y tuvo que intervenir. Exactamente igual sucede en todos los países del mundo.

Producida la cesantía, hay un solo poder ante el que se acude y ese poder debe crear trabajo. Cuando se especula con la moneda, alguien debe evitar el abuso. Si se paralizan las exportaciones, alguien debe buscar y facilitar los mercados por medio de tratados comerciales y Juntas de Exportación.

En Chile nadie ha exigido más la intervención del Estado que los agricultores. Cada año malo piden créditos y facilidades para colocar sus productos. Sin embargo, son los que permanentemente hablan contra el "socialismo de Estado" y se declaran individualistas.

Si nuestra industria salitrera hubiera continuado en el mismo plano anterior habría desaparecido. Interviniendo el Estado ha podido constituirse una entidad suficientemente fuerte como para poder seguir luchando en los mercados internacionales.

Así naturalmente se establecen el control en los cambios, los Bancos centrales o del Estado, las vastas empresas industriales que absorben a los sin trabajo, se subvenciona a las empresas navieras, se crean los Institutos de Previsión y se emprende la división de la tierra.

No es esporádico el nacimiento de estos mecanismos. La necesidad va exigiendo la creación de nuevos órganos. Cuando hay cesantes, nadie piensa que es estatismo o socialismo de Estado el buscar nuevas formas de actividad. Cuando los Bancos quiebran, sólo se piensa en que el Estado debe controlarlos para que no se produzcan nuevas catástrofes; y así sucesivamente.

Si se estudia el proceso intervencionista en todos los países se verá que planteados los problemas y siendo imposible dejarlos sin solución, fatalmente se ha debido recurrir al Estado y éste cada día ha tomado una nueva función y ha aumentado su poder. Esto no ha sido el fruto de la especulación filosófica sino un proceso histórico que se ha realizado impulsado por leyes necesarias, una vez colocadas las premisas del individualismo.

De ahí el crecimiento desmesurado del estatismo. Es cierto que en algunas naciones se ha ido más lejos y se le ha transformado en un elemento activo que reemplaza absolutamente la iniciativa particular; pero en el fondo el comienzo ha sido siempre igual: los gobiernos no han podido dejar de comprometerse en la solución de los problemas que se les planteaban.

Es imposible, pensar en volver al individualismo que creó la intervención porque la complejidad misma de los mecanismos lo impedirían y porque no se puede buscar como solución la causa próxima del mismo fenómeno que se analiza.

Por otra parte este socialismo estatal que se presenta en variadas tonalidades, ha significado indiscutidas ventajas, pues con todos sus defectos ha realizado una mayor proporción de justicia y para comprenderlo así, bastaría hacer un balance comparativo de la situación de las masas obreras y de la clase media en un período de cincuenta años.

En el fondo esta socialización estatista se ha verificado bajo una consigna ideal de obtener un orden más perfecto, porque es más perfecto defender la moneda, vigilar los Bancos, distribuir créditos y propiedades, crear seguros sociales, revisar los contratos, fijar los precios, que dejar todo a la deriva sin pretender buscar una mejor solución.

Si este avance no ha sido más notorio es porque la mayor conciencia y exigencias de la masa no valorizan lo caminado ante las perspectivas que se le abren.

Sin embargo, este sistema está herido por dentro, porque a pesar de sus conveniencias en relación al error que reemplaza, no es apto para darle a la economía su verdadera finalidad y puede degenerar fácilmente en un despotismo arbitrario que engendraría un nuevo mal, como ya se comprueba en muchas partes.

La economía dirigida por el Estado, es la economía dirigida por el burócrata, el cual entre otros rasgos clásicos se ha distinguido por falta de interés, alto costo, carencia de la ductilidad del que dirige una empresa que no mira como propia y que no ha hecho prosperar por sí mismo.

Se ha podido comprobar que el Estado crece indeterminadamente por este camino y que el peso de sus cargas comienza a ahogar la vitalidad de los organismos que lo sostienen.

Es imposible que un grupo de hombres muy pequeño, que termina por mover y resolver innumerables cuestiones, vaya a poderlo hacer con mayor rapidez y eficiencia que los interesados directos. La marcha tiene que resentirse aún más, si se considera que sobre ellos actúan multitud de factores extraños que vienen a determinar sus resoluciones.

La potencia del capitalista que triunfa e impone sus leyes es reemplazada por la potencia del grupo político que se apodera del Estado, y este poder tiende a ser mayor y en consecuencia más peligroso porque abarca ya dos aspectos diversos.

El capitalismo tiene a su haber (desde el punto de vista de la riqueza económica en abstracto) una ventaja y es que en la práctica es un factor de creación

y de progreso. Es indiscutible que en cierta etapa el capitalismo ha sido un poderoso resorte que ha hecho progresar a la humanidad entera.

Los defectos del estatismo se han ido observando en forma cada vez más evidente. Se ha operado, por ejemplo, una reacción violenta en contra de la intervención parlamentaria en el terreno económico, restringiéndose las facultades de los Cuerpos Legislativos hasta un grado mínimo, porque estas instituciones colegiadas eran manifiestamente perjudiciales en su intervención que no estaba regida por un criterio posible de dirección orgánica. Su actuación sólo traía consigo un aumento desorbitado de los gastos y una mayor indisciplina hasta en los organismos administrativos de control. La reacción ha sido uniforme y, puede decirse, universal.

Pero estas limitaciones al Parlamento que se creyeron un remedio no han podido bastar porque el Estado es también esencialmente inadecuado para esta tarea y porque la disminución del Parlamento ha repercutido en un aumento del Poder Ejecutivo.

En el fondo se plantea un dilema: el sistema individualista basado en el lucro como finalidad y en la iniciativa privada como impulso, encierra en ese aspecto una ventaja positiva.

El Estado, controlando el predominio individual o de grupo en beneficio colectivo, es un bien. Pero su intervención mata la iniciativa, crea organismos inútiles, concentra en el poder político el poder económico, lo que despierta una feroz lucha por conquistar este poder omnímodo y relega a segundo plano la ingerencia de los verdaderos interesados en la producción y el consumo.

Moverse entre estos dos vértices conduce fatalmente a estas dos equivocaciones y la experiencia del

mundo está probando cuán funestos son los resultados.

Por el primer camino se llegó al capitalismo dictatorial y a la crisis; por el segundo se va a iguales trastornos. Los esfuerzos de los propios Estados y la posición uniforme de los técnicos están revelando que así como el primer camino fué malo, éste no es mejor. Abandonar éste para volver al otro parece insensato. ¿No queda alguna otra solución?

Esta es la razón, entre otras, por la cual muchos piensan en el camino llamado corporativo, cuya sola designación despierta desde luego tenaces resistencias. Una propaganda cuidadosamente estimulada, la ignorancia de su contenido y su explotación tergiversada han podido desvirtuar el significado mismo de esta palabra.

Para muchos el corporativismo es sinónimo de supresión del Parlamento político y de absorción del Estado por las entidades económicas, y hablan y con razón de que es más peligroso que el egoísmo individual, el egoísmo potente y organizado de fuerzas colectivas. Una sociedad dividida en grupos económicos puede llegar más fácilmente a la anarquía y a la parálisis, que cuando resulta sólo de una suma de individuos.

Otros por su parte ven de inmediato el fantasma de la tiranía, porque las dictaduras siempre buscan un disfraz a través del cual disimulan en palabras la realidad de su existencia, como sucede en el fascismo italiano que se ha declarado corporativo y ha dicho que en Italia existe un régimen fundado en las corporaciones. Sin embargo, éste es un régimen fundamentalmente opuesto a un verdadero sentido de la corporación.

Las corporaciones tienen por objeto descongestionar al poder político, entregándole a los que intervie-

nen en el proceso económico, su dirección. Es pues una fórmula anti-estadista. Por el contrario en Italia las corporaciones son una creación y una extensión del Estado político, ya que es éste el que las establece, domina y designa sus participantes y en último término decide a través de ellas.

Los sindicatos que la forman, son los sindicatos oficialmente autorizados por el Estado y basta que tengan el diez por ciento de los obreros o empresarios de una rama de la producción para que se les asigne la representación oficial del capital y del trabajo.

En estas condiciones, realmente no puede hablarse de un régimen corporativo, sino de un estatismo poderoso que lo usa como instrumento, así como usa un Parlamento que es muy distinto al de Inglaterra y Estados Unidos, sin que por ello nadie los confunda.

Es preciso distinguir, en esta palabra, su contenido verdadero y descubrir lo efectivo de sus posibilidades.

El régimen corporativo representa una auto-dirección de la economía, por aquellos que en ella participan directamente. Las organizaciones que forman el trabajo y el capital no son creaciones ficticias, sino que tienen su fundamento en la naturaleza misma de la sociedad y, desconocerlas, implica desconocer un hecho basado en la naturaleza y es por ello que al suprimirlas ocurren trastornos inevitables, como acontece en mayor grado cuando se desconoce la realidad familiar.

El hombre, todo hombre, que nace y forma una familia, primer organismo que la naturaleza ha colocado en su desarrollo, no toma un contacto indeterminado con la sociedad en su compleja extensión. Antes que buscarse un partido político, o votar por un determinado candidato, y antes que ubicarse en tal o cual sector, piensa de qué manera se ha de ganar

el sustento y se prepara con ese fin; en una palabra desempeña una función. Será ingeniero, industrial, contador, empleado, albañil u obrero. Puede que no tenga ninguna afición política, que no pertenezca a ningún partido; pero sí tendrá una función económica, una ubicación que le da su aptitud, su estudio o su trabajo.

Si todo esto fuera una pura especulación mental, las corporaciones del trabajo habrían tenido existencia sólo en los libros o en determinados países en nuestro tiempo, pero si revisamos la historia, las vemos conaturales a todos los procesos y las encontramos aún en épocas remotas, lo que prueba que surgen espontáneamente a la vida.

Su nacimiento se remonta en forma más o menos simultánea en tres países: Egipto, Grecia y Roma. Amasis, Solón y el fabuloso segundo rey de Roma, Numa Pompilio, las habrían establecido.

En el Antiguo Testamento se mencionan ya las comunidades de artesanos. En el Egipto, se agrupaban en unos mismos barrios o secciones de las ciudades; pagaban un "impuesto de oficio" y tenían jefes que las representaban ante el Poder Público.

A través del documentado estudio de Husslein, que reproduce los resultados obtenidos por el célebre egiptólogo Maspero, se ve que estos gremios alcanzan singular desarrollo.

En Grecia, se denominan eranoi y thianoi, especies de asociaciones religiosas y de socorros mutuos, que, a veces, llegaban a asumir carácter político y comercial. En Roma, bajo la denominación de collegia, alcanzan mayor importancia, y al igual que en la Edad Media y en el antiguo Egipto, se agrupan por barrios y buscan el patrocinio de alguna divinidad.

Estos gremios romanos, que en los primeros siglos se limitaron a funciones de ayuda mutua, degeneraron

en la República, interviniendo directamente en la política, por lo cual los suprimió Julio César, que veía en ellos un peligro y una causa constante de agitación.

Los emperadores siguieron esta misma orientación; pero en el Bajo Imperio, se reconstituyen, concediéndoseles numerosos privilegios.

Sin embargo, es en la Edad Media cuando alcanzan su plenitud y tienen su verdadero significado de asociaciones, destinadas a unir a los que desempeñan una misma profesión u oficio, con el objeto de ocuparse de los problemas comunes que se refieren a la producción y al consumo, las condiciones de trabajo y la defensa de sus intereses frente al Estado.

Estos gremios que consultaban los problemas del consumidor, que evitaban los monopolios, tal como hoy se conocen, tenían amplísimas facultades de carácter judicial y municipal, y llegaron a encargarse del manejo de las industrias que le correspondía a su actividad.

Los gremios fijaban los precios, los salarios y las calidades del producto, defendiendo y regulando el mercado.

Gracias a ellos, se operó la mayor transformación histórica que se ha conocido y en las condiciones más pacíficas, protegiendo durante siglos a los artesanos de Europa, que son el tipo más elevado, independiente y perfecto que se ha conocido como trabajador, del poder combinado de la nobleza, de la tierra y de la autocracia del dinero.

Es la única época en que el trabajador libre ha regido sus propios destinos y ha cuidado de sus intereses.

Con la Reforma y el nacimiento del capitalismo vuelve el artesano a colocarse bajo las órdenes de un

protector, en la misma situación con que el liberto buscaba amparo en la clientela de los patricios.

Desgraciadamente, estos gremios decayeron. Su espíritu interno se debilitó, las monarquías centralizadoras, precursoras del Estado Moderno, los combatieron, y las que fueron nobles instituciones, se transformaron en inútiles obstáculos para la marcha de las nacionalidades en formación.

En vez de producirse su adaptación y reforma, simplemente se las suprimió. Nació con ello la era liberal. Sin embargo, como estas organizaciones no eran creaciones de la ficción, habrían de reaparecer pronto bajo otras formas. A pesar de la legislación prohibitiva, común en toda Europa y América, en el pasado siglo, pronto habrían de resurgir en forma de sociedades secretas, después, como instituciones de ayuda mutua, hasta concretarse en el potente y universal movimiento sindicalista, que agrupa hoy a la mayor parte de los trabajadores del mundo.

Es, pues, en el curso mismo de la historia donde encontramos la raíz natural de estas instituciones intermedias, entre la sociedad y el hombre, que lo agrupan en razón de las funciones que desempeña.

Egipto, Grecia y Roma las conocieron, se constata su presencia en las Gilgs germanas, de donde se deriva la palabra gremios, en los estados de la Turquía y parte del Oriente, en la magnífica organización de los artesanos del Medievo, y hoy, en los sindicatos obreros e instituciones patronales.

La legislación mundial considera, preferentemente, su existencia. No nos referimos a países, como Italia y Portugal, sino a naciones, como Francia, Estados Unidos, el Imperio Inglés, Bélgica, Holanda, Chile y tantos otros, para los cuales los contratos colectivos y el reconocimiento de las leyes del trabajo, indican un

comienzo de aceptación y el comprender la necesidad de ir considerando, en un orden más justo y equilibrado, el poder, los derechos y el papel real que deben desempeñar estos organismos.

Recientes investigaciones han desentrañado la importancia de los gremios en las colonias hispano-americanas, y este capítulo de nuestro pasado, hasta ahora muy desconocido, viene a darnos más hondas raíces.

Un proceso constante a través de siglos, en razas y latitudes tan diversas, algo está diciendo, y es que en una sociedad organizada debe estimarse en todo su valor la "función" y darle su importancia verdadera. Sólo en esta forma podrá crearse un tipo de democracia económica, tan ansiosamente buscada como solución, que dé la estabilidad necesaria, pues ella no podrá existir mientras dure esta paradoja de aparente o efectiva libertad política y positiva esclavitud económica.

El Estado liberal comenzó por negarle derecho de existencia a los "grupos"; pero éstos nacieron a pesar suyo.

La lucha de clases, los sindicatos obreros y las grandes concentraciones capitalistas han representado dentro de él verdaderas fuerzas centrífugas, que lo debilitan y desbordan, y que con sus medios era incapaz de dominar.

Estas fuerzas son lo suficientemente poderosas para influir en el Estado; pero anulándose entre sí, son también incapaces de gobernar. De esta manera, los Estados de este tipo han representado un punto muerto, un equilibrio en la anulación de fuerzas que no podían dominar.

El socialismo estatista, tampoco ha sido más afortunado en su concepción, pues, en la práctica, pretende

reducir a toda la población a una sola clase social, identificando al Estado con ella, lo que es igualmente anormal y contrario a la naturaleza de la sociedad y del hombre, porque esta igualdad aplastadora no la resiste nación alguna y la Historia y la experiencia contemporánea así lo prueban.

Nadie exige más adhesión a jefes endiosados que el marxismo, hecho que se acentúa en el comunismo. Esta hora de masas es la hora de los jefes, solitarios y prepotentes.

Hay dos medios de solucionar el problema, dice Raymond de Becker: el primero, consiste en eliminar la burguesía y las clases medias, crear un inmenso proletariado e integrarlo en un Estado mecánico y burocrático; es la fórmula adoptada por la Rusia, fórmula que se puede aceptar desde el punto de vista del materialismo; pero que es preciso combatir, si se acepta el postulado espiritualista, aún en el caso en que esa fórmula fuera económicamente fecunda, lo que se puede dudar. (Los últimos acontecimientos de Rusia han demostrado lo antinatural del sistema, su debilidad interna y su fracaso económico).

El segundo medio consistiría en crear un vasto sistema corporativo, integrándolo en el Estado y haciéndolo formar parte de sus órganos constitutivos.

El primero mata toda propiedad, toda iniciativa privada, toda independencia espiritual; el segundo, las salvaguarda, subordinándolas al interés general.

Esta última fórmula permite una mayor posibilidad de paz social, creando una colaboración permanente en el seno de la producción; coordina la actividad social y económica, en vista del bien común, reuniendo las corporaciones bajo la autoridad superior del Estado.

Muchos buscan la solución en el llamado Reformismo, que no es la supresión de las clases y que deja subsistir en el fondo al régimen Capitalista; pero esto puede resultar hasta un cierto límite, que está fijado, por lo que el Reformismo puede obtener en ventaja de ese sistema, ya que necesariamente llega a un punto en que el Capitalismo no puede dar más de sí, ya que sólo tiene una parte corregible, porque su error es de concepción y de estructura interna.

En ese punto, el reformismo, que por sí sólo es una posición sin vida y no tiene el significado de una transformación, sino un amortiguamiento, tiene que desaparecer totalmente absorbido, o bien, convertirse en revolucionario, no quedándole otro camino que la fracción extrema: el comunismo.

El corporativismo, tal como lo concebimos, no podría ser la total representación del Estado, sino sólo su aspecto económico-social.

Las cámaras políticas, o una de ellas (las fórmulas pueden variar), deben subsistir, porque sería un error tan fatal como los otros, el hacer del Estado la sola expresión de los grupos económicos organizados, como lo es el hacerlo sólo una función política.

En este último caso, ha sucedido que las fuerzas económicas que tienen real existencia se han organizado de una cierta manera, que podríamos designar como clandestina, escapando a la influencia oficial del Estado e influyendo en él extraoficialmente, lo que no impide que por ello ésta sea menos poderosa.

Si sucediera lo contrario, las fuerzas puramente políticas también subsistirían. No es este un problema de desconocer o reemplazar factores, sino el de integrarlos racionalmente.

Las dictaduras, que han disfrazado la supresión de las libertades políticas con el apareamiento de pre-

tendidos regímenes corporativos, han formado una imagen frustrada del sistema y han hecho ver una oposición entre la democracia política, con esta que debiera ser la fórmula complementadora de una democracia económica.

Se ha pretendido establecer una oposición entre la idea corporativa y la expresión de la libertad política, lo que es enteramente absurdo. Los hombres que se agrupan por funciones en lo económico, se agrupan asimismo por ideas políticas en otras organizaciones, y así en un mismo sindicato puede haber hombres de diversas ideologías, como efectivamente los hay. En corporaciones profesionales de abogados, ingenieros y otros en Chile, existen hombres del más diverso pensamiento, sin que ello perjudique a estos cuerpos funcionales.

Es una idea marxista, mantenida por la propaganda, y que ha llegado a sugestionar grandemente, el que sólo hay agrupación real cuando ésta responde a la lucha de clases.

Esto sí que impide el florecimiento de la libertad. Es efectivo que el individualismo, desconocedor de la función, conduce fatalmente a la lucha de clases, porque destruye toda estructuración vertical y deja sólo dos fuerzas en pie: los que poseen o no la riqueza. Es ésta una de sus peores consecuencias, y resulta paradójico que las Derechas económicas y políticas no lo vean, cuando es tan claramente perceptible. Pero a medida que la sociedad tiende a lo orgánico, esa oposición de clases, que es real, va desapareciendo o disminuyendo.

En la Europa, que vió desaparecer los cuadros corporativos después de la Revolución Francesa, se pudo experimentar prácticamente esta verdad tan positiva, pues encontrándose los individuos aislados, los

más fuertes explotaron a los más débiles. Pero en un segundo período, se organizan sindicalmente los débiles y obtienen la fuerza del número.

Entretanto el Capitalismo se robustece.

Los parlamentos en la práctica no llegan a ser sino la representación de estas dos fuerzas, que se disputan la supremacía del Estado.

El propio socialismo en sus bases ha reconocido la realidad de las agrupaciones profesionales en los sindicatos y tiene el problema de que, a medida que la política lo aleja de esta base de sustentación, se debilita.

La realidad funcional está, pues, incorporada a la naturaleza de la sociedad misma, y basta la más ligera observación para descubrirla.

BIBLIOTECA NACIONAL
REPUBLICA CHILENA

FUNDAMENTOS DEL ORDEN NUEVO

Los rasgos esenciales de un futuro régimen orgánico en lo económico dependen del reconocimiento de la realidad natural, que constituyen las corporaciones profesionales que agrupan a los hombres, en virtud de la función que desempeñan. Cada hombre "gana el pan con el sudor de su frente", y el modo de ganarlo le da una ubicación específica, conocimientos y problemas determinados, que constituyen su medio ambiente profesional. La existencia de sindicatos y otras instituciones profesionales es ya un reconocimiento de este hecho, al cual hay que darle aquella expansión que encierra en potencia.

Los grupos económicos deben tener una representación efectiva en el engranaje social, porque de otra manera influirán indirecta o subrepticamente en los Gobiernos y Parlamentos; los trabajadores, por medio de la presión del número; la finanza, por aquellas colusiones invisibles que de vez en cuando se hacen evidentes.

Por otra parte, es racional que los problemas sean resueltos con la intervención de aquellos que mejor los conocen y son los afectados en su solución. Los contratos colectivos de trabajo y la tramitación de los conflictos, en que se busca el estudio y el contacto entre el capital y el trabajo es un reconocimiento indiscutible de la legislación en este sentido. Sin embargo,

esto es quedarse en el punto inicial. Se acentúa hoy la tendencia de multiplicar esta intervención en todos los órdenes, pues los estudios y consultas que se hacen esporádica e inorgánicamente, deben canalizarse en una estructura que permita efectuarlos con la constancia y regularidad que les daría una representación estable, autorizada y competente, que en su mismo ejercicio se perfeccione. Los grupos corporativos deben nacer de la iniciativa privada y alcanzar la independencia que origina un crecimiento que viene de abajo, o sea, de la propia convicción de las fuerzas que se organizan, pues de esta manera no será una adición más del Estado, sino cuerpos sociales con vida propia, que lo integran para descongestionarlo, descentralizando de esta manera la economía, que hoy, por la concentración burocrática, se congestiona y no se dirige eficientemente.

El Estado que así se descentraliza guardará una autoridad suprema que unifique la vida económica del país, la oriente en sus líneas esenciales y vigile por encima de los intereses determinados del grupo o la profesión, el bien colectivo.

Las soluciones parciales de cada rama se estudiarán por los afectados. Así, un minero del Norte sabrá mejor lo que le conviene y necesita que el burócrata o político de la capital, que hace un estudio apresurado, y muchas veces parcial y condicionado del problema. Pero cada grupo se moverá bajo la supervigilancia superior del Estado, que estará siempre presente, ya que hoy la economía es una unidad superior por la estrecha interdependencia de todos los factores, por la necesaria acción de la entidad nacional en lo exterior y porque aun los legítimos intereses de cada sector, movidos por un natural egoísmo, deben some-

terse a una entidad suprema que mire, con perspectiva, el conjunto de las cuestiones de un país.

Esta organización profesional es independiente de la política, que se mueve en otro plano. Teóricamente esta separación es fácil y en la práctica difícil; pero no es imposible de obtener. Esta neutralidad en lo económico-profesional debe resguardarse en todo lo que sea posible.

La supeditación total del Estado a la economía suprimidas las organizaciones políticas significaría la muerte de la libertad y lo corporativo llegaría a ser una fórmula de tiranía y por consiguiente viviría en lo aleatorio. Sólo las transformaciones en la libertad son realmente estables.

La organización económico-profesional a su vez no puede estar subordinada a un partido, sino que ella debe estar sometida al Estado que controla el vasto panorama que abarca lo político, cultural y económico.

Esta organización nos libraría de dos males graves del mundo moderno: la lucha de clases que se agudiza en la concentración capitalista y de la influencia de la alta finanza en el Estado y abriría el camino hacia un nuevo orden social.

La finalidad del mundo económico ha sido el lucro. La economía regida por la ley de la oferta y de la demanda ha desembocado en la dictadura de lo económico. Lo social regido por la lucha de clases ha desembocado en las tiranías nazis o comunistas y constituye la causa de que la sociedad viva en el odio, el recelo y la inquietud. Una ley nueva y más alta debe ser la que domine como inspiración y aspiración lo económico social y esa ley ha de ser la justicia que crea la paz.

Sólo un nuevo orden jurídico social que no sólo tenga por objeto pacificar sino regularizar la vida social creará un orden verdadero y estable.

No basta la simple voluntad individual. Es preciso que instituciones justas produzcan el orden y no contribuyan a la injusticia sino que vayan provocando una distribución racional.

Aldous Huxley hace observaciones profundas en un capítulo que llama descentralización y auto-gobierno. Para él es necesario darle a los hombres mayor oportunidad de realizar la democracia y tomar una responsabilidad adecuada a la conformación de los diversos tipos. La democracia liberal, según el pensador inglés, ha resultado un engaño porque en la práctica no se realiza como ya lo hemos visto; pero queda en pie la verdad de que la libertad democrática es buena para quienes disfrutan de ella y que la práctica del auto-gobierno es un elemento casi indispensable en el proceso de la educación moral y psicológica del hombre.

Para Huxley, y es la realidad la que describe: "los seres humanos pertenecen a tipos diferentes; de consiguiente, es necesario crear diversos tipos de instituciones democráticas y con gobiernos autónomos, adecuadas a las diferentes clases de hombres y mujeres."

"Así las personas de preocupaciones en pequeña escala pueden hallar campo a sus talentos políticos especiales, en los grupos autónomos de una industria, de una cooperativa de producción o de consumo, dentro del mecanismo administrativo del Municipio. Mediante cambios relativamente pequeños en los sistemas vigentes de organización local y profesional, sería posible convertir casi a cada individuo en miembro de un grupo de gobierno autónomo. De este modo podríamos redimirnos de la maldición de la obediencia."

cia meramente pasiva, sanaríamos del vicio de la indolencia política y todos obtendríamos las ventajas de la libertad activa y responsable."

Huxley por un camino diverso y penetrado de profunda originalidad llega al mismo objetivo. Los diversos tipos de seres humanos se clasifican por su función y sus aptitudes. Esos hombres vivirían una libertad activa si tuvieran positiva intervención y responsabilidad en la solución de sus problemas y esa suma de gobiernos pequeños que son las corporaciones y los municipios se encuadrarían en un Estado con autoridad, pero que no los absorbería condenándolos a lo gregario de su pasividad.

El efecto psicológico señalado sería por sí mismo incalculable y recuerda las palabras que citáramos de Henry de Man al referirnos a la Edad Media que fué un ensayo de este tipo social. Sin embargo, no se detiene aquí este análisis y aun cuando es extenso vale el consignarlo, porque se coloca en posiciones que abren nuevos horizontes.

"Una multitud es una muchedumbre de personas; un grupo son unas pocas. Una multitud tiene una vida mental inferior en cualidad intelectual y emocionalmente de menor control voluntario que la vida mental de cada uno de sus miembros aislados. La vida mental de un grupo no es inferior, intelectual ni emocionalmente, a la vida mental de los individuos que lo componen y puede ser de hecho superior en circunstancias favorables.

Los hechos psicológicos de valor referentes a la multitud son los siguientes. El tono de la emoción multitudinaria es esencialmente orgiástico y dionisiaco. En virtud de su participación en la multitud, el individuo ve desaparecer las limitaciones de su personalidad, y tiene acceso al mundo sub-personal, sub-huma-

no de los sentimientos desenfrenados y de la creencia ajena a la crítica. Ser miembro de una multitud es una experiencia parecida a la intoxicación alcohólica. La mayoría de los seres humanos siente ansias de evadirse de las molestas limitaciones de su yo, de tomar periódicamente vacaciones de sus pequeñas personalidades demasiado familiares y mezquinas. Como no saben la manera de viajar desde su personalidad hasta una región de super-personalidad, y aun si supieran no querrían cumplir las condiciones éticas, psicológicas y fisiológicas de la superación de sí mismo, se vuelven naturalmente hacia el camino de bajada, el camino que lleva desde la personalidad a la oscuridad del emocionalismo sub-humano y de la animalidad...

El éxito de los dictadores se debe en gran parte a su explotación extremadamente hábil de la necesidad humana universal de huida de las limitaciones de la personalidad. Advirtiendo que las gentes quieren tomar vacaciones de sí mismas en la emocionalidad sub-humana, les han proporcionado a sus súbditos las ocasiones de lograrlo...

En todos los Estados totalitarios (comunistas o fascistas) las masas son inducidas y aun compelidas a tomar vacaciones periódicas de sí mismas en el mundo sub-humano de la emoción multitudinaria. Es significativo que mientras estimulan y aun exigen el descenso a la infra-humanidad, los dictadores hacen todo lo que pueden para impedirles a los hombres el tomar el camino ascendente desde las limitaciones personales, al camino que conduce al desprendimiento de las "cosas de este mundo" y a lo que es supra-personal. Las manifestaciones superiores de la religión son mucho más sospechosas a los tiranos que las más bajas, y con razón...

El ir más allá del yo, la escapada de la prisión del yo hacia la unión con lo que es superior a la personalidad, se consuma generalmente en la soledad. He aquí por qué a los tiranos les agrada apiñar a sus súbditos en esas vastas multitudes en que el individuo queda reducido a un "estado de sub-humanidad y embriaguez colectiva."

Esta condición sub-humana producto de la agrupación multitudinaria, entregada indefensa ante el Estado que la oprime, es la continuación lógica de la misma realidad anterior que sometía a esa multitud al poder del capitalismo y que aun la somete en otros aspectos.

El desenvolvimiento de la persona sólo se obtendrá cuando desaparezca el despotismo que engendra lo atómico y la desproporción de las fuerzas. El hombre seguirá siendo multitud, y descenderá a lo sub-humano en tanto no se creen esos grupos con sus autogobiernos. El individualismo conduce a lo multitudinario porque esos millones de individuos aislados que viven en un país tienen que reunirse de alguna manera y lo hacen en la conjunción animal e inorgánica de las masas extensas e innumerables.

La única salida posible es crear los elementos orgánicos de un orden en que cada hombre encuentre junto a su puesto, su responsabilidad y, por consecuencia, su libertad real.

De ahí que todas las tiranías con instinto certero hayan perseguido siempre estas agrupaciones que se constituyen ya en forma de municipios libres, sindicatos o partidos, porque aun en su imperfecta forma actual significan un obstáculo ante el vasallaje que exigen.

Sobre esto, fuera de los ejemplos modernos y antiguos que pudieran citarse, es interesantísimo recor-

dar el monumental estudio de Ludwig Pfandl en que analiza tan claramente las consecuencias que tuvo para la España del Siglo de Oro la supresión de los fueros españoles para constituir así la dictadura centralista de los Austrias. Era la supresión de los grupos en razón del despotismo, que se facilita sobre lo inorgánico de una colectividad. Pero esa también fué una de las causas esenciales que significaron la muerte de mil iniciativas y la decadencia final del Imperio.

Por otra parte, descongestionado el Estado, se obtendrán mejores soluciones, por ser más directas y mejor estudiadas; se conseguirá una mayor libertad porque el hombre intervendrá en la sociedad por medio de un mecanismo continuo fundado en su ocupación estable y no sólo en lo esporádico de un voto, sometido a tantas influencias que muchas veces no le dejan ni una sombra de independencia. Esa intervención le dará a cada persona la fuerza de pertenecer a un poder donde podrá exponer sus necesidades y problemas y hacer valer sus derechos, así como hoy en gran parte el obrero encuentra su defensa en el sindicato.

La intervención estatal por sí misma falta de ductilidad, incapaz de penetrar y amoldarse a las mil vicisitudes y tonalidades del mecanismo económico, se verá reemplazada por una auto-dirección que será indiscutiblemente más eficaz y adaptable a tan diversas situaciones.

Y todo esto no es pura ilusión. En gran parte se está haciendo intervenir a estos organismos en varios países y aquí mismo en Chile se podría perfeccionar a instituciones que agrupan a los agricultores, mineros, industriales, comerciantes y profesionales, junto a los sindicatos obreros que requieren fundamentales reformas.

Esa auto-dirección que dará una planificación más perfecta tiene que ser, en lo ideal y en lo práctico, preferible al burocratismo que reemplaza el despotismo en lo individual, por el despotismo de lo colectivo.

Si en los cambios se busca realmente el progreso que se traducirá en una mayor liberación de la persona, el cambio hacia el colectivismo no se ha transformado ni remotamente en un avance.

“La propiedad colectiva de los medios de producción es perfectamente compatible, según lo vemos en la Rusia actual, con la administración autoritaria de las fábricas y haciendas, con la educación militarizada, con el gobierno de un dictador sostenido por una oligarquía de partidarios y servido por una burocracia privilegiada, una prensa con censura y una fuerza enorme de policía secreta. La propiedad de los medios de producción, libra, ciertamente, a los trabajadores de su servidumbre respecto de muchos dictadorcitos, terratenientes, prestamistas, propietarios de fábricas etc. Pero si el marco en que se ubica esta reforma deseable es intrínsecamente indeseable, entonces el resultado será no la libertad responsable para los trabajadores, sino otra forma de servidumbre pasiva e irresponsable. Exonerado de la servidumbre de muchos dictadorzuelos, se encontrará bajo el control de los agentes de una dictadura centralizada única, más efectiva que la anterior, porque maneja el poder material y se halla respaldada por el prestigio casi divino del Estado nacional.”

Este es el real peligro del estatismo hacia el cual caminan fatalmente las sociedades contemporáneas y el estatismo es un mal que en el orden teórico todos reconocen como gravísimo, aun el propio Marx que preconizaba su desaparecimiento como fin supremo. De ahí que este organismo basado en la representa-

ción funcional y en el reconocimiento de las fuerzas económicas como integrantes del Estado sea la solución posible y lógica, que evita la anarquía y el colectivismo aplastador, que hace viable la subsistencia de la libertad política, junto al orden de las fuerzas sociales y que deja a la autoridad del Estado su verdadero papel de coordinación y dirección, respetando la libre iniciativa, pero asegurando esa unidad que es garantía de progreso en lo nacional.

Esta unidad que garantiza el Estado; la intervención directa de los elementos productores —capital y trabajo— que facilita su organización permanente, en vista de soluciones racionales y no burocráticas; la defensa de la libertad personal ante el avance colectivo y estatista que hacen posible los grupos intermedios suficientemente poderosos para hacerse respetar, pero sujetos al bien común por el cual vela la autoridad del gobierno, lograrán ese equilibrio que hará posible el establecimiento de una economía con finalidad humana; porque su objetivo sería producir en razón del consumo y no para el sólo beneficio particular y buscaría la relación entre la capacidad del que compra y el justo precio para el que vende.

Este organismo permite planificar y dirigir la economía. De esta manera no será el lucro individual, la ley omnipotente, sin que por ello desaparezca el interés como motor de iniciativas, pues sería fatal suprimirlo. No sólo se escuchará a la finanza, sino también al trabajador manual e intelectual y se constituirá una defensa eficaz ante el Estado burocrático que muchas veces perturba estos dos factores; o es instrumento de una oligarquía política que abusa de ambos en su provecho.

La corporación funcional estaría, por lo menos teóricamente, preparada para buscar un mejor acuerdo

entre las clases y un mejor equilibrio en la distribución.

Sin embargo, hay una perspectiva más amplia aún que señalar. El origen profundo de los trastornos sociales está como ya lo hemos visto en un hecho de carácter psicológico: es el sentimiento de inferioridad de los trabajadores, que se funda en mil causas, entre otras en esa falta de amor por la obra que considera como extraña, en esa ausencia de lo personal en una labor que no puede mirar como empresa propia. Hay una entidad que sabe donde va, que dirige, que señala una tarea. El es un elemento pasivo, sin el gusto, ni la pasión del que crea algo en lo cual participa. Este sentimiento de inferioridad no es en la inmensa mayoría de los casos consciente; pero no por eso es menos real, pues vive en la subconsciencia de la masa. Mientras los dos elementos que hacen la riqueza se miren como extraños y haya uno que tenga la justificada sensación que ha de vivir para toda eternidad en el entre-puente sin saber de la luz, ni del horizonte, sin esa esperanza, que hace vivir, de poder llegar a ser algún día copartícipe de los que van arriba, la sociedad seguirá viviendo en un imposible.

Si a cualquiera de los que están por su situación sobre la masa común, le mostraran la perspectiva que tiene un obrero corriente de vivir la monotonía de una jornada siempre igual, sin la emoción de lo inesperado, sabiendo que pasarán años y años y no saldrá de ese mismo riel, caería en la desesperación. Cuando se habla de la posibilidad de transformar el régimen del asalariado en uno de sociedad, no sólo se piensa en el porvenir económico sino en el trascendente cambio subjetivo que se operará en las capas sociales.

Jerarquías existirán siempre, pero fundarlas en la diferencia de poseer o no los medios de producción es funesto.

Organizando a los hombres en virtud de la función y no por la posesión de medios materiales se dará el primer paso hacia la verdadera y profunda revolución humana que debe llevar en su seno, como aspiración por alcanzar el que llegue un día en que el trabajador, cualquiera que sea su categoría, ya en lo manual o en lo intelectual, se convierta en un elemento activo, creador, en factor personal, emocional y humano en que el trabajo, no sea una maldición que conduce a la inferioridad, sino que conduzca a la dignidad.

No significa este pensamiento ofrecer un igualitarismo absurdo ni la riqueza general, porque esa dignidad puede alcanzarse en una pobreza que no es la miseria, o una desigualdad que no se base en la conciencia de una inferioridad económica y psicológica de clase, como la de hoy.

Cuando esa armonía se busque y no se ordene la sociedad bajo el signo de que a una categoría se le paga un salario aunque sea *ópimo*, por una categoría superior que recibe la utilidad y especialmente que tiene el destino de mandar, se abrirá una real esperanza pacífica.

Ese sentimiento de mutuo respeto y de posibilidad de comunicación en las clases que opera o que ha operado en cierta época en los Estados Unidos ha tenido una importancia decisiva. Ese concepto hay que extenderlo y valorizarlo.

La vida en sus mejores manifestaciones, en lo superior de sus elementos psíquicos y artísticos, en lo espiritual, ha estado organizada en los últimos tiempos para una clase. Lentamente se está operando un cambio y esa organización tiende, por ley irresistible, a organizarse en función de todos los hombres sin excep-

ción. Esa es la verdadera fraternidad humana y por consecuencia lo cristiano.

La estructura funcional abre en lo inicial este cambio que se irá acentuando y este medio hará que una revolución tan profunda se opere en la libertad, en la paz, en una palabra que se realice.

"Mientras más violencia menos revolución" y comentando la frase leemos en "Fines y Medios": "Para ser considerada victoriosa una revolución debe constituir la implantación de algo nuevo. Pero la violencia y sus resultados la contraviolencia, la suspicacia y el resentimiento de parte de las víctimas, y la creación, entre los ejecutores, de una tendencia a emplear nuevas violencias son demasiado conocidas, demasiado fatalmente antirrevolucionarias. Una revolución violenta no puede realizar nada o casi nada salvo resultados inevitables de la violencia, tan viejos como el mundo."

De ahí que los verdaderos revolucionarios, es decir, los que quieren una positiva liberación humana y pretenden buscar la justicia, entrarán por este camino pacífico que hace posible la ascensión de las muchedumbres a un nuevo plano de la historia. Se avecina, sin duda, una nueva edad, eso lo ven hasta los más ciegos y mil signos anuncian su arribo. No puede concebirse como estable un orden en que el mayor número está en perpetua y crónica rebelión que de tiempo en tiempo se agudiza.

A través de estas agrupaciones funcionales se haría posible una lenta fusión de las clases sociales, una mayor y progresiva intervención del trabajo en la dirección de la economía y este proceso, que es el nervio profundo que está en el seno desconocido de todas las transformaciones, no puede traducirse eficazmente de una manera violenta. Este es un problema de adaptación y al cual se llega no arbitrariamente. De

allí que los que verdaderamente desean un cambio de régimen económico y del orden social vean en este medio la posibilidad de que vuelva a unirse por una evolución que puede ser acelerada, por la voluntad y el genio del hombre, el capital y el trabajo en una misma mano.

Es un objetivo que teóricamente no puede discutirse: el ideal sería que el capital y el trabajo se reunieran y se formaran corporaciones verticales de productores que fueran los asociados de una empresa. El artesano medieval logró en gran parte este alto nivel y por eso dejó huellas manifiestas del más elevado tipo de trabajo humano hasta ahora conocido, en el cual no sólo se armoniza la perfección de la técnica proporcionada a la época, sino ese signo personal y ese gusto por la belleza, expresión espiritual que caracteriza lo que produjo.

Entre el proletariado moderno, y el obrero de los Estados totalitarios, este otro tipo de trabajador-empleado resalta como la única esperanza para la persona humana que no quiere ser sometida a cualquiera de las tiranías que hoy la amenazan.

Es lógico pensar que éste es un ideal difícil y que el grado de evolución de muchos países no permite esperar aún la posibilidad de esta asociación que confunda las dos fuerzas en una sola; pero es necesario reconocer que mucho se ha caminado en la constitución de las bases que hacen posible esta evolución. Si se estudian los cambios operados en la Legislación del Trabajo que constituye un nuevo derecho que ha modificado sustancialmente al antiguo, y se examinan las nuevas condiciones de la economía en un plazo comparativo de treinta años, se ve que el mundo ha marchado con una rapidez que antes significaba siglos. Hace treinta años no se conocían las organizaciones

de productores y los sindicatos no sospechaban los derechos que adquirirían; tampoco se sabía de los tribunales arbitrales; de los Consejos técnicos en que se encuentran capitalistas y trabajadores; de las Comisiones mixtas de sueldos y salarios; de la justicia especial del trabajo en cuyos tribunales de alzada son jueces, con igual poder, el representante patronal y obrero; de la Oficina Internacional del Trabajo, uniendo iniciativas y acompasando un movimiento uniforme y universal; de los fueros que gozan los directores de sindicatos y delegados del personal; de la participación en las utilidades; ni de la previsión en sus diversificadas formas.

Si en menos de treinta años se ha podido obtener una tan profunda modificación en las condiciones jurídicas relativas al capital y al trabajo, no es aventurado pensar que las condiciones futuras pueden lograr el nacimiento de este nuevo tipo de trabajo humano y de producción, que significaría tal vez un paso definitivo en el camino de la paz y de la justicia.

El tipo de producción asalariada en oposición al capitalista, no subsistirá indefinidamente. Aun los jefes de las grandes democracias así lo estiman. Son demasiado fuertes los contrasentidos, los odios, los complejos y los gérmenes de disociación. Ya en algunos pueblos se ha abandonado para reemplazarlo por el hombre colectivizado. Pero éste se parece demasiado al esclavo antiguo, constructor de obras colosales, sometido al poder implacable y anónimo del Estado, que maneja una oligarquía poderosa, que impone "su" justicia; "su" derecho; "su" religión; "su" filosofía; "su" arte; y también "sus" caprichos y hasta "sus" crímenes.

En un régimen así el hombre ha perdido no sólo la libertad; sino también la dignidad y la regresión se hace evidente. Puede que todo ello se haga bajo el signo ideal de hacer feliz la nación, la raza o el proletariado. El cesarismo necesita disfrazarse, aunque esa ilusión sea de buena fe, como seguramente lo es, y aunque produzca algunos beneficios. Pero esos son mitos a los cuales se sacrifica lo único real: el hombre de carne y hueso, con su fin personal y su poder creador.

La única posibilidad que le resta, si no quiere entrar por este oscuro destino es buscar este otro tipo que, racionalmente considerado, es superior. .

La liquidación progresiva del sistema capitalista de producción y el nacimiento de una nueva edad histórica son hechos innegables. Depende de una u otra idea el que en esta época predomine el hombre, dotado de sus atribuciones esenciales con mayores posibilidades de desarrollo; o se pierda en la informe multitud que oprimen las tiranías colectivistas, que hacen obras grandiosas, no para el hombre, sino a costa de los hombres.

En cambio el libre, pero organizado impulso que equilibra la necesidad de lo social, junto a la creación de cada espíritu es capaz de hacer surgir una civilización comunitaria y personalista, en que el individuo no sacrifique a su éxito el resto de la comunidad, como sucedió con el liberalismo en que el triunfo de unos en la concurrencia se constituyó con la miseria de muchos; ni lo colectivo aplaste la vida y el espíritu que habitan en cada hombre, con destino inmortal, espíritu y fin de que carece la multitud, y el Estado, síntesis y abstracciones que serán siempre inferiores al hombre mismo que les da existencia.

BIBLIOTECA NACIONAL

SECCIÓN CHILENA

CONCEPTO DE LA DEMOCRACIA

En el plano de la política hay dos palabras que definen en cierta manera un espíritu: ellas son democracia y dictadura. Es un dilema, monótono y eterno, que acompaña la historia el saber si dominará la representación del pueblo o la voluntad omnímoda de un hombre. Cualquiera que sean las complejidades de la organización social el fondo es el mismo.

Sin embargo, tras esta palabra democracia se acumulan tan diversos materiales de realidad y de pensamiento que es necesario desentrañar su significado.

Quizá no hay hoy aforismo más repetido que este de hablar de la crisis de la democracia o lo que Zum Felde llama su ocaso.

Se culpa a este sistema de multitud de errores, contrasentidos y muy especialmente de falta de ductilidad y eficacia.

Históricamente la democracia ha significado una etapa posterior al liberalismo. Este en política mantuvo el sufragio restringido y la preeminencia de una minoría selecta e intelectual. La democracia acentuó la dirección en la masa y aportó el sufragio universal e igualitario.

Dos ideas dominan el contenido de las democracias liberales modernas: ellas son libertad e igualdad.

Es en el igualitarismo donde reside su esencia. Todos los hombres son iguales y por ello tienen un voto, a través del cual manifiestan su opinión y ejercen su influencia. Es también en este igualitarismo donde está toda la fuerza y toda la debilidad de la democracia.

Sin duda que la tendencia profunda de la masa es obtener una igualdad efectiva y real. Por esta igualdad ha luchado y sigue trabajando, y para muchos teóricos socialistas "el sentimiento de igualdad fué siempre el móvil esencial de las masas socialistas".

Una de las conquistas fundamentales de la Revolución Francesa fué el obtener la llamada igualdad política consignada en todas las constituciones modernas.

Pero las consecuencias de este principio están muy lejos de ser las que se figuraron sus defensores, y esto en lo exclusivamente político, ya que en lo económico las diferencias se han agravado.

La idea misma de igualdad tiene un sentido verdadero cuando busca la liberación de las clases inferiores.

Al referirse Henry de Man a las conquistas democráticas escribe: "Las concepciones jurídicas que suscitaron estas luchas tuvieron un origen mucho más remoto que los textos constitucionales de 1776 y 1789. Tienen su origen como toda democracia, desde el republicanismo o corporación de la Edad Media, en los principios igualitarios del cristianismo. Cuando Bernard Shaw define el sentimiento democrático como de respeto absoluto del hombre a sus semejantes, expresa la misma idea cristiana de la semejanza entre Dios y el hombre y de la inmortalidad del alma, lo cual indica que todo hombre debe estimarse a sí mismo, gobernarse y asumir la responsabilidad de los actos que

realice, crear su propio destino. Sólo en una sociedad cuyas instituciones y costumbres se hallan fundadas en siglos de sentimiento cristiano, puede el más humilde de los ciudadanos tener un concepto de la dignidad humana, según el cual todos los hombres deben gozar de los mismos derechos dentro de la colectividad intelectual."

En este sentido la igualdad existe y debe buscarse y ella está contenida en la idea de hermandad bajo la Paternidad Común de Dios o en lo que Maeztu y los teólogos españoles sostuvieran como la capacidad de todo hombre para salvarse. Esta igualdad de posibilidades es la que genera la verdadera dignidad del hombre porque lo coloca en un mismo plano fundamental, excluyendo los privilegios, de clase, raza o nacionalidad.

Se concibe asimismo la democracia, como el amor y respeto al pueblo y su poder y en ello también es justa.

Pero esta, no ha sido la democracia que ha imperado. Esa igualdad fundamental y necesaria que debe perfeccionarse se ha querido exagerar a sus últimos extremos, estableciendo la equivalencia absoluta de todos los hombres en todos los planos. Y esto es falso porque, y es casi pueril repetirlo, la hermandad no es sinónimo de igualdad y porque entre los hombres como entre todos los órdenes de la naturaleza la nota distintiva es precisamente la desigualdad de aptitudes físicas, morales, intelectuales y la diversidad en los afectos y en los sentimientos.

De ahí que sea muy profundo el decir que "el deseo de igualdad y la necesidad de desigualdad son dos fenómenos paralelos" y aún más "que el deseo de igualdad y la necesidad de la desigualdad lejos de excluirse se condicionan mutuamente. La naturaleza

individual del instinto de autovaloración impulsa al hombre —por lo menos al hombre occidental— a desear la igualdad; pero sus instintos sociales exigen al mismo tiempo que cada sociedad tenga una clase "superior" que ofrezca el ejemplo de un estado deseable y dé al deseo de igualdad un objetivo y una dirección".

En el fondo, se plantea a la democracia el problema de aceptar o no las indispensables jerarquías. La igualdad, concebida como la unidad de origen y la posibilidad de alcanzar un mismo destino eterno y el disponer cada hombre de los derechos naturales y primarios que le garantizan la consecución de esa finalidad, es justa, y no debe desconocerse, sin perjuicio gravísimo para el orden pacífico y verdadero.

El que un hombre no tenga derecho a la vida, a la libertad, a la asociación, que la sociedad no le dé los medios racionalmente suficientes para su vida material, constituye la peor de las desigualdades. Que una clase, una categoría, una nación o una raza se crean destinadas a imponer su voluntad, en virtud de alguna "misión" superior, es contrario a la igualdad. Todos los hombres, en ciertos planos esenciales, deben tener un mínimo de igualdad que los defienda de injustas inferioridades antihumanas y contrarias a la naturaleza.

Pero de ahí al igualitarismo de la democracia liberal, hay diferencia, porque éste implica la equivalencia total de todos los hombres.

Ha sido una experiencia indubitable que este igualitarismo no ha podido realizarse jamás. Precisamente, en el mundo contemporáneo es donde mejor se puede observar el poder inmenso de la minoría jerárquica. Es en los partidos marxistas, donde se exige un mayor y total sometimiento de la masa a sus jefes, que

piden, por encima de cualquier consideración, una férrea disciplina.

Escribe Zum Felde: "La experiencia bolchevique queriendo llevar el principio de la igualdad colectiva al máximo de su vigor, ha evidenciado su inconsistencia positiva. El sistema ha fracasado doblemente, tanto por lo que se ha forzado la ley natural al querer aplicarlo, como por cuanto la ley natural ha burlado los principios teóricos del sistema.

"Así se ha visto, por una parte, formarse una clase política burocrática dirigente, asistida de todas las prerrogativas de la selección; por otra parte, desquiciarse los resortes vitales de la economía y de la administración, por la imposición de un orden legal anti-natural".

"Tomando, pues, por objeto de examen aquellos medios, donde generalmente se considera que los principios del régimen han logrado mayor dominio efectivo sobre los hechos, es bastante claro que el mito de igualdad que sustenta el llamado sufragio universal, se ha resuelto en el predominio efectivo y constante de cierta minoría y en el uso sistemático de ciertos recursos de habilidad legalista, que hacen de la "opinión popular" una de las mayores mentiras convencionales de nuestro tiempo".

Si observamos la realidad de países de ejemplar democracia como Inglaterra, vemos allí una combinación de factores y la existencia de una fuerte aristocracia y no un igualitarismo total.

El pueblo, en su sentido más amplio, es incapaz de formarse una opinión propia sobre cada problema, y es manejado por pequeños grupos que disponen de todos los resortes, controlan la prensa, la radio y los partidos y crean esa "opinión", que después se manifiesta,

Podríamos llegar a decir que cuanto más grande es la intervención de la masa, menor es la igualdad que se busca, porque es más fácil el predominio de mitos simplistas o la autoridad del caudillo que en un momento la arrastra. Cuando esa intervención se modera y equilibra, es posible la existencia de diversas minorías que pueden formarse un juicio y defenderlo con eficacia.

Muchos sostuvieron la esperanza de que una mayor instrucción resolviera el problema. Sin embargo, se ha podido observar que la simple alfabetización a nada conduce, y que aún las masas, en pueblos de gran tradición cultural, obraban como en aquellos que recién entran a un orden más civilizado, porque en las pasiones colectivas la simple razón resulta inoperante.

La igualdad en la práctica se ha reducido a que cada hombre, cualesquiera que sean sus antecedentes de moral, inteligencia y servicio colectivo, dispone de un voto, lo que también resulta una de las mayores injusticias.

Pero esta igualdad que no se ha conseguido ni en lo político, ni en lo económico, porque es imposible, y ha dado origen tal vez a las mayores diferencias que se conocieran en el curso de los tiempos, ha derribado toda verdadera aristocracia, porque la masa, que no está capacitada para descubrir los mejores hombres, los ha pospuesto para elevar a los que manobran en los comandos de la publicidad, a los que la halagan y despiertan sus instintos, y ha terminado por erigir en amos, generalmente a los mediocres, o someterse al poder anónimo y oscuro del funcionario que carece de todo dinamismo creador.

Esto ha traído una segunda consecuencia aún más grave que la primera para su propia existencia, y es que las democracias aparecen frente a otros regímenes,

sin ductilidad y sin capacidad para resolver los problemas que se presentan en todos los aspectos de la vida social e individual, y han terminado defendiéndose a través de una serie de palabras que carecen de contenido. Sus representantes argumentan, nombrando muchas veces la igualdad, la libertad y la dignidad del hombre; pero la masa comprende que en el régimen capitalista no hay igualdad; que la miseria hace de la libertad una mentira y la dignidad del hombre ha sido arrastrada, porque no basta tener unos cuantos derechos prescritos en una Constitución para que ellos se ejerciten. Es verdad, que la masa en esto exagera su crítica; pues, aun estos bienes relativos los añora cuando los pierde; pero es demasiado grande la sugestión del totalitarismo comunista en el proletariado y fascista en las otras clases, para poderlo detener con bienes que exigen reflexión para ser comprendidos.

De ahí que la democracia-liberal se haya visto superada y se encuentre incapaz de defensa en contra de estas dos fuerzas que la desbordan, pues, plantean su combate más allá de los límites por ésta fijada, y entonces, el único recurso del democratismo es renegar lentamente de sus principios y a través de una serie de argucias legales, llegan a los mismos resultados que los otros regímenes, censurando la prensa, restringiendo los derechos individuales, declarando a ciertos partidos fuera de la ley, lo que es, evidentemente, contrario a su tesis de igualdad absoluta.

La única jerarquía que este tipo de organización social ha creado y respetado, distintiva del mundo moderno, es la basada en las diferencias de carácter económico, precisamente la más odiosa, la que no constituye el espíritu de una jerarquía seleccionada y orientadora.

Por otra parte, esta democracia-liberal al hacer residir la total soberanía en el pueblo, ha destruído el fundamento de la autoridad.

Hacíamos en otro capítulo el análisis de cómo el liberalismo minaba la libertad y conducía a la tiranía colectiva. Igual consecuencia se produce en este plano, porque desde el momento que no hay principio alguno anterior y superior, al que establezca la mayoría numérica e igualitaria, necesariamente se crea la posibilidad de que mañana esa mayoría numérica cree un nuevo derecho o suprima esa igualdad, como ha sucedido en la dictadura del proletariado.

La autoridad deja de tener una base sólida y pasa a estar sometida enteramente al mismo capricho vacilante de la emoción o el mito mayoritario.

En esto se opera una confusión lamentable entre el principio de la soberanía y el de la representación. El pueblo está llamado a decir cuál es el hombre y cuál es el tipo de gobierno que lo seguirá; pero debe respetar esos principios y normas que limitan su poder, porque de otra manera está siempre al borde de la tiranía. Ese derecho que no está sujeto a las mayorías es el Derecho Natural, constituído por los derechos primarios y fundamentales que son, como ya lo estableciéramos, las únicas garantías posibles y eficaces de la dignidad del hombre. Cada hombre, que tiene un destino propio, debe tener medios para alcanzarlo. Esto es inherente a su naturaleza misma, y por eso ninguna mayoría numérica e igualitaria puede desconocerlos. Si establece el principio contrario, como lo hace el democratismo, esa dignidad que emana de su condición humana queda amenazada. Y esto no es sólo efectivo en el orden de la filosofía, sino en el orden de los acontecimientos, porque ese democratismo ha hecho posible, al equiparar a todos los hombres y

a todas las ideas, que surjan fuerzas que han creado Estados, donde no hay derecho a la libertad, ni a la asociación, ni siquiera a la vida, generando una regresión infrahumana, que amenaza a cada persona en su ser.

El democratismo ha destruído así los fundamentos de la igualdad y de la libertad y ha perdido su eficacia, debilitando al extremo un elemento natural y trascendente de todo orden, que es la autoridad.

León XIII, escribió que la consecuencia política de la falsa igualdad y libertad es fácil de prever: "Si la ley que determina lo que es preciso hacer y evitar es abandonada a los caprichos de la mayoría numérica, se prepara el camino a la tiranía". Y para Lenin, como lo vimos, la democracia-liberal conduce al comunismo.

Por lo demás, "el principio de la soberanía popular, fundamento de la democracia política, está falseado; porque el pueblo es un instrumento manejado por sus dirigentes políticos. El pueblo, en sí mismo, no puede tener opinión definida sobre los complejos problemas político-sociales del Estado, así en lo que atañe al orden interior como al exterior. El pueblo (masa) es un elemento intelectualmente infantil, y refleja la opinión que los dirigentes proyectan sobre él, mediante la propaganda. El pueblo es como la tierra: produce, según lo que en él se siembra".

"El pueblo, políticamente, no es una fuerza con dirección propia; es un elemento que se mueve en el sentido que le impulsen ciertas energías, ejercidas por una minoría dirigente".

Por todas estas razones, la democracia ha llegado a vivir de ficciones, siempre sobrepasadas por la realidad: la ficción del igualitarismo en la equivalencia de todos los hombres se destruye por la realidad na-

tural de sus diferencias, por la destrucción de las necesarias jerarquías y por la permanencia de una sola fundada en el dinero. La libertad absoluta se transforma en anarquía. Y por último, el no reconocimiento de las realidades funcionales y la afirmación de la autoridad estable e independiente de la mayoría, en lucha de clases y en desplazamiento de fuerzas que superan al Estado político.

El mundo real ha obligado a las democracias a seguir a los totalitarios y a establecer limitaciones a la igualdad y libertad, que le son contradictorias en teoría.

Sin embargo, queda en pie siempre un problema: el deseo de igualdad y la necesidad de desigualdades, la libertad como elemento indispensable y la representación del pueblo como necesaria.

¿Es posible resolver esta serie de aparentes paradojas?

Sin duda que el democratismo liberal está arruinado. Aun sus mejores exponentes hablan de democracia rectificada. La cuestión no es retrotraer los procesos, sino superarlos.

El mundo económico, basado en el lucro y en la posesión de los medios de producción por una categoría exclusiva, que tiene asimismo la dirección, está desapareciendo; y su reemplazo, por una economía dominada por la idea del bien común, y el servicio colectivo, donde desaparece como nota distintiva la acumulación de riqueza, se hace evidente, no digamos en países totalitarios, sino aun en la misma Inglaterra, donde las contribuciones hacen imposible cierto tren de vida, característico de las épocas pasadas. ¿Qué será esto después de la guerra que ha impuesto tan duras necesidades?

La idea de democracia en sí, no degenerada en democratismo liberal, no puede perecer. Debe subsistir, pero en otras condiciones e integrada por otros elementos que le son sustanciales.

Si la democracia no se resuelve a un reajuste total de sus mecanismos que le den agilidad en los movimientos, autoridad en el mando y eficacia en la acción, tendrá que perecer fatalmente. Para salvar las ideas esenciales que contiene y aporta, sólo le queda un recurso: ir hacia su propia y substancial reforma en otra organización social.

La democracia individualista que solo miró a lo político, ha sido incapaz de dominar lo económico y establecer la armonía entre las clases sociales, por lo cual estas fuerzas que han resultado más poderosas que el Estado mismo creado por ella, lo superaron, apasionándolo.

El primer elemento que ha de condicionar a una concepción justa de la democracia, está constituido por una nueva organización de la economía, que no podrá permanecer al margen del sistema político, sino que ha de integrar el complejo mecanismo de la sociedad.

La integración se operará en un Estado funcional en que los grupos económicos tengan representación y al mismo tiempo control eficaz, tal como lo describíamos en un capítulo anterior.

Las desigualdades originadas por la mayor o menor posesión de los medios de producción han de ser sometidas y niveladas en una estructura que las haga imposibles.

Algunas diferencias subsistirán siempre, porque es lo natural que así suceda; pero lo que importa es que la nota característica de la sociedad no sean estas

diferencias profundas, como ha acontecido hasta ahora.

Hay una igualdad que no nace de la semejanza absoluta, sino de que todos los hombres posean los medios convenientes para obtener el pleno desenvolvimiento de su personalidad. Esta igualdad es posible y no puede ser desconocida sin que se cometa una permanente injusticia.

Hasta ahora, y en forma más aguda en los últimos tiempos, hemos visto el absurdo de que extensas muchedumbres carecían de lo indispensable, mientras otras categorías derrochaban en lo superfluo.

Esta desigualdad inaceptable va desapareciendo en los nuevos tipos de economía u organización colectiva en que se obtiene un término medio de mayor equilibrio. No cabe duda de que todas las naciones caminan hacia esta forma social y en ello hay un bien indiscutible.

Pero junto a eso han de surgir y vitalizarse las jerarquías espirituales y sociales, productos de la superior calidad y cimentadas en la idea de servicio y no de ventajas.

El establecer la tesis de necesarias diferencias parece algo indefendible; pero ello es sólo fruto de una cobardía intelectual. El democratismo niega, como tesis, esas jerarquías, y en cambio, crea desigualdades y otras diferencias y aun jerarquías mediocres que actúan con entero vigor. Esta realidad que burla esa ficción debe reconocerse. La sociedad para subsistir tendrá siempre aristocracias, cuya justificación se ha comprendido en aquellas etapas históricas en que los pueblos, como diría Spengler, están "en forma". En estas etapas la jerarquía se funda en el servicio; cuando degeneran caen en el odioso privilegio, lo que no

impide sea necesario reconstituirlas en su posición primera.

El tercer elemento ha de ser la libertad, concebida en su acepción real y con sus justas limitaciones.

Y por último, ha de concebirse con una fuerte autoridad, sin lo cual es imposible la vida social.

Parece superfluo insistir, en estos tiempos, en la idea de que la autoridad es la causa formal que da, por decirlo así, existencia al Estado.

El mal más hondo del democratismo ha sido la falta de verdadera autoridad, cuyo origen, falseado en las ideas, ya analizamos.

Pero la experiencia ha mostrado lo imposible de un Estado que carece de la convicción y de la voluntad de mando.

Los hombres son demasiado viles, los egoísmos y pasiones muy violentos para que no requieran el marco de una jerarquía que ordene y castigue. La complejidad inmensa de la vida moderna exige unidad en la dirección, porque de otra manera brotan las mil pequeñas dictaduras en los sindicatos, en los partidos, en la administración, en la economía, en los comités, en los pequeños sargentos de toda la diferenciada gama de insignificantes tiranuelos que logran o tienen alguna influencia.

El fundamento posible de la libertad es hoy una autoridad que tenga conciencia de su destino.

No hay opresión más terrible para un país que la que llega a sufrir cuando los que deben mandar no lo hacen, cuando el gobernante abdica de su autoridad y de sus prerrogativas. Toda la estructura sufre como un aflojamiento en sus resortes y despiertan y aparecen en la superficie aquellas capas irredimibles que hay en todos los hombres como una maldición

latente y en todo conglomerado humano, como residuo doloroso.

Sólo de esta manera el Estado descentralizado del mundo económico, pero ejerciendo sobre él la función unificadora y de suprema orientación, respetando la igualdad esencial y servido por las jerarquías insustituibles, reglamentando la libertad, podrá desempeñar su cometido.

De esta manera sólo subsistirá la democracia, no en su acepción liberal, sino como síntesis orgánica, en que la libertad del pueblo y su representación, impedirán las tiranías; pero también permitirá la existencia de una autoridad independiente, que actúe y resuelva.

Estas son las rectificaciones esenciales que habrán de operarse. Ellas tomarán diversas formas, ya que se condicionarán a través de las mil facetas de cada pueblo que tiene sus propios relieves; pero como ideas universales inspiradoras de un régimen justo, han de cobrar valor permanente en su sustancia interna.

Posiblemente estas concepciones pueden parecer excesivamente esquemáticas y perfectas; pero no hay que olvidar que se alcanzan determinadas resultantes, sólo en cuanto se inspiran en una representación ideal del objetivo que se pretende.

Dice Henry de Man que la democracia se nos ofrece "como la noción más precisa de una organización social y donde todo acuerdo colectivo fuera el resultado de toda voluntad ideal autónoma".

"Esto no significa, evidentemente, una igualdad absoluta del destino humano, sino solamente una posibilidad social de formarlo y ser, según la expresión de Kant, "sujetos, no objetos" del desenvolvimiento social".

Es en este aspecto, en el que la democracia seguirá siendo la idea central del nuevo orden: en que los hombres no estarán sometidos pasivamente a una voluntad, sino que en una sociedad jerárquica, libre, pero autoritaria encontrarán los elementos para construir su propio destino y colaborar en el desarrollo de la comunidad a que pertenecen.

En una palabra, desaparecerán muchos de los elementos funcionales de la democracia, para que su idea esencial recupere su eficacia a través de una técnica más adecuada.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

CONFORMIDAD DEL PENSAMIENTO Y LA CONDUCTA SOCIAL

La construcción del nuevo orden que hemos venido diseñando importa la tarea más difícil que puede imponerse un grupo de hombres, y la misión de transmitirla no puede ser el resultado de un partido o de un esfuerzo limitado. Para realizarla deben entregarse enteramente, renunciando a todas las ventajas personales y resolverse a estar en permanente contradicción con el mundo que los rodea.

Gonzage de Reynolds, analizando las posibilidades de reconstrucción, dice muy justamente que: "Las crisis económicas, la anarquía intelectual y moral, la decadencia de la civilización, debilitan a los débiles, que son la gran masa; pero ellas tienen la virtud de fortalecer a los fuertes. Cuando todo se ha derrumbado alrededor de sí, el hombre llega a ser el último refugio del hombre".

Esta anarquía ha agotado las mejores reservas, porque, "se han desencadenado las potencias inferiores, y ha muerto la persona, en provecho del individuo y se ha caído en la animalidad". El esfuerzo por dominar la materia ha terminado a la inversa y es "la materia la que ha acabado por aplastarnos. Se ha identificado la felicidad con la prosperidad; la riqueza con el lujo. Es por eso que vivimos insatisfechos

y desgraciados. Es por eso que estamos en servidumbre ante la máquina y el dinero”.

El relativismo moral, que ha roto todo soporte estable y duradero, ha dejado en pie una sola cosa: el movimiento. Ni siquiera la acción. De ahí que se justifique la vida humana por mitos raciales, clasistas o nacionales.

Hay que iniciar por eso, una empresa que rompa con todas las constantes que dominan sin contrapeso, y frente al hombre sometido a los mitos, hay que erigir como norma el respeto de las jerarquías espirituales.

Los pueblos están dominados por las tiranías y se duermen en un activismo que los exalta y los libera de la responsabilidad de pensar. Rauschning nos cuenta con qué fina perspicacia Hitler así lo ha comprendido, cuando le habla que él salvará a los hombres de este pesado fardo de su libertad y su pensamiento individual.

“Fanaticé a la masa — le dice — para hacer de ella el instrumento de mi política. Se me ha reprochado despertar en la masa los más bajos instintos. No hago tal. Si me presento ante ella con argumentos razonables, no me comprende; pero cuando despierto en ella sentimientos que le convienen, sigue inmediatamente la voz de orden que le doy. En una asamblea de masa no queda sitio para el pensamiento”.

Este dominio del movimiento, que encuentra su justificación en sí y que está contenido tan íntimamente en la dialéctica marxista, penetra todos los totalitarismos que buscan en él una fuerza expansiva, y que es como un demonio interior, que termina por consumirlos, pues su velocidad de exigencia los lleva hasta el histerismo.

El hombre de hoy sólo estima, o en la práctica se mueve por la pasión, el mito y la fuerza, sobre todo por la fuerza del dinero y del triunfo. Por eso resulta una tarea revolucionaria el interponerse en su camino. El marxismo ha dejado de tener un contenido verdaderamente filosófico de revolución; porque se encuentra naturalmente al fin de este proceso. Es necesario pensar un instante para ver que todos los elementos en disolución del capitalismo y del materialismo burgués trabajan para él, y su trabajo consiste, en el fondo, en esperar o apresurar la liquidación de este sistema que se disocia.

Para trabajar contra todo este gran alud que se despeña, hay que comenzar a vivir con otra tabla de valores; pero tarea tan profunda y vasta exige un previo examen de conciencia para saber hasta qué punto los que la realizan deben limpiarse interiormente de las contaminaciones que debilitan la fuerza de la idea que pretenden defender.

Esta gran transformación histórica que significará dar valor y reflejo en la vida, en la cultura y en la organización social a los principios cristianos, no puede operarse sino por aquellos cristianos que apliquen esos principios hasta en sus últimas consecuencias y con un estilo adecuado a la época.

Hay formas perocederas aun en las cosas eternas, y puede suceder que algunas verdades sean, en cierto modo, inoperantes, por que no se encuentre a quienes les den actualidad creadora y sean capaces de hacerlas vibrar a tono con las inquietudes de los hombres enmarcados en un lugar o en un espacio en el tiempo. No sólo basta tener una idea cierta, es preciso incorporarla en la existencia, y puede suceder, en cierto modo, que siendo el Catolicismo un sistema verdadero, haya muerto en cada hombre en que de-

bía existir, y de ahí que, en este siglo, aparezca, por ejemplo, ausente de las multitudes.

La primera condición de quienes se lancen en tal empresa, ha de ser una congruencia total entre su conducta interna, su actividad individual y su comportamiento social.

No se puede ser individualmente participante de la Iglesia y al mismo tiempo tener una vida individual anticristiana, porque ese desacuerdo entre lo que se dice y lo que se realiza, debilita todo poder humano verdadero y engendra una mentira actuante incapaz de ninguna forma constructiva. La única manera humana de "hacer" reside en una perpetua confrontación de la verdad interna y de la conducta externa. Y en el cristianismo cualquier dualismo resulta fatal, porque lleva en sí una responsabilidad mayor al tener el peso de la verdad y la conciencia de un destino sobrenatural.

Resulta curioso, pero no deja de tener una interpretación profunda, el que a nadie castigue el mundo más duramente con su crítica, que a aquellos que observan en su conducta un dualismo que importa traición a su doctrina.

Pero no basta con resolver este primer problema de actitud interior, sino, y es lo que nos interesa, importa asimismo su comportamiento social.

Al respecto nadie ha hecho tal vez un análisis más duro, pero más sincero que Pierre H. Simon, cuyo esquema de apreciaciones interpretamos y seguimos.

El primer hecho que, sin duda, resalta en nuestra época, es que el comportamiento social de los cristianos no ha estado de acuerdo, generalmente, con la doctrina que dicen profesar. No queremos afirmar que la Iglesia, como institución, haya sido infiel, ni tampoco el que no existan obras magníficas que hablan

muy en alto de los que por amor de su fe las realizan.

La caridad ha seguido influyendo en mil formas desconocidas para la gran multitud. Pero es otro el problema de fondo. Puede que se hayan hecho grandes cosas; sin embargo, es también una evidencia indestructible que la cultura y la vida social en sus grandes y legítimas expresiones, han sido ajenas a la acción de los cristianos, que éstos han ido a remolque de los acontecimientos y que no han sabido darle a su actitud social una expresión justa.

El mismo Pontífice habla de la apostasía de las masas porque éstas no han reconocido a los cristianos como a los que aman la justicia y se han dejado dominar por otras fuerzas que han estimado las definden del dolor y de la miseria. No se trata aquí de saber si los no-cristianos han hecho hospitales, u obras de beneficencia, lo que importa es que el mundo nuevo que buscan las grandes multitudes sufrientes lo tratan de encontrar impulsadas por pensamientos, imágenes y hombres que no son cristianos y en eso reside la gran ausencia y lo que podríamos calificar como la gran derrota de los cristianos, que sintiéndose poseedores de la Verdad han sido incapaces de transmitirla, de darle fuerza posible y actual, de hacerla fermento de vida nueva, aglutinadora de esperanzas, motor de energía transformadora.

Y esto no ha sucedido porque la Verdad se haya debilitado en sí, sino que no la han conservado, ni la han llevado en su fuerza los que decían encarnarla.

Maritain precisa esta distinción sin dejar espacio para lo ambiguo: "Cuando la filosofía de la cultura, aborda la cuestión del mundo cristiano, no es el capítulo de la Verdad del cristianismo el que estudia, sino el de la responsabilidad temporal de los cristia-

nos. Porque hay para el mundo cristiano una tarea temporal y terrestre que realizar, terrestre, porque una civilización, en cuanto tal, se ordena directamente a un fin específico temporal.

“La tarea del mundo cristiano es la de trabajar por una realización social-temporal de las verdades evangélicas, pues si el evangélico concierne ante todo a las cosas de la Vida Eterna y trasciende toda sociología y toda filosofía; él nos da las reglas soberanas de nuestra conducta a la cual toda civilización cristiana, para que merezca este nombre, debe conformarse según las diversas condiciones de la historia.

“El mundo cristiano es otra cosa que el cristianismo. Es esencial formarse clara conciencia de esta distinción. La palabra cristianismo, como la palabra Iglesia, tiene una significación religiosa y espiritual, designa una fe y una vida sobrenatural. Por las palabras mundo cristiano, al contrario, entendemos algo de temporal y terrestre, que se relaciona con el orden, no de la religión misma, sino de la civilización y la cultura. Se trata de un conjunto de formaciones culturales, políticas y económicas características de una edad determinada de la historia, y cuyo espíritu típico se debe principalmente a los elementos sociales que, en conjunto, tienen el papel rector y preponderante.”

En estos términos podemos hablar de la infidelidad del mundo cristiano, porque aún cuando en muchos aspectos se haya trabajado no se ha sabido tomar en las construcciones políticas, jurídicas, sociales y en un sentido amplio cultural, ese papel rector, sino que se ha adoptado muchas veces una actitud de resistencia, de sórdida estrechez mental, se ha tenido pobreza en el estilo al presentar las verdades y se ha guardado al cristianismo como el patrimonio de una clase o como una religión sin vida entre los recintos materiales

de las Iglesias, sin lanzarlo como germen vivo en los grandes centros donde palpitaban todas las interrogantes y todos los reactivos operantes de la vida social.

Ha habido en la mayor parte de los cristianos de buena fe, una tremenda incomprensión inicial.

En el hecho han aparecido unidos a un mundo: al mundo burgués y eso muy caracterizadamente en nuestra América y han sido contaminados de todos los errores conceptuales y de las posiciones que la burguesía ha ido defendiendo.

Si analizamos la historia de este último siglo podemos observar que generalmente los cristianos se han ubicado entre las fuerzas llamadas conservadoras y han visto con no disimulado temor la conquista del proletariado descubriendo siempre en ellos una amenaza para lo que han llamado "orden social".

En su ubicación han estado unidos a los elementos que disponen del poder social y político dejando que otros, nacidos más en la entraña del pueblo, se presentaran como los auténticos personajes de su liberación.

Sin duda que individualmente considerados han hecho obras de caridad, que mucho se han asemejado a la limosna, y aún más que en varios casos son los que más positivamente han ido en auxilio de los pobres. Pero el problema era sustancialmente otro. No se trataba de obras de caridad, ni siquiera de leyes sociales. El mundo caminaba hacia nuevos rieles sobre los cuales levantar una nueva estructura. No era sólo un cambio superficial el que se estaba operando.

El fondo del problema es que una nueva edad está aflorando a la superficie, un orden nuevo está naciendo misteriosamente sin que nosotros mismos lo podamos comprender, y nuevas capas sociales que surgen a tientas buscan su expresión en todos los órdenes de

la vida, en lo jurídico, en lo político, en el arte, en la cultura. Es esta una cuestión que desborda la inteligencia y que toca a la sensibilidad, que va más hondo que a los remedios convenientes, pero escasos de algunas instituciones de beneficencia.

Se trata de penetrar en ese mundo que nace, sentir con él, buscar con él, sufrir en su camino y ascender junto a los hombres que están ascendiendo, e impregnar todo ese vasto movimiento de la historia con el pensamiento, la vida y el sentido cristiano.

No es el objetivo ni el procedimiento estar contra el marxismo, o deteniendo una revolución que va a destruir el orden: sino de incorporarse en los elementos vivos que van modificando la sociedad para infundirles las verdaderas ideas, las grandes esperanzas, no por un proceso de negación continuada, sino que influyendo, dando las herramientas para que esa fuerza se oriente en su mejor sentido, en aquel que efectivamente represente los más altos valores humanos.

Las multitudes nunca se han movido por la negación defensiva, sino por lo positivo de una afirmación.

Muchas veces hombres que han dictado las mejores leyes sociales o como establecíamos en otros capítulos que en grandes industrias han instalado magníficos servicios de bienestar, con buenos salarios, clubes, casas, etc., se extrañan de que las masas no les agradezcan y sigan siempre a los que se han constituido como sus personeros. Es que no han comprendido que esta transformación y estos movimientos responden a hechos y causas inmensamente más complejos y más profundos: es esta una cuestión de espíritu. Muchas veces esas leyes sociales se dictaban para calmar o satisfacer al pueblo o para representar el triste papel

de los "avanzados". Pero el signo de los tiempos es otro y no se detiene esa marcha con una ley que se da. La masa no reconoce como propio al que le dicta una ley sin ser solidario íntimamente de su empresa. El signo de los tiempos está en incorporarse a esa empresa, sentirla como propia y trabajar dentro de ella para que esta nueva edad en sus expresiones sea cristiana, porque de otra manera será anti-cristiana. Y no hay en ello término medio posible. Es este el gran dilema de nuestro mundo, y bajo todas las aparentes superficies, se le descubre al final.

Preguntamos cierta vez a un joven belga de alta influencia en las organizaciones de la juventud de su patria qué hacía él y nos contestó: "Ha habido una era feudal, una era monárquica, una era burguesa, hoy se ve venir una nueva era, la del pueblo. Cada una de estas épocas ha tenido su experiencia propia. Mi trabajo es descubrir cuáles son los elementos de expresión universal que tendrá esta etapa de la historia para que ella se manifieste con un sentido cristiano. Hay que estar en las avanzadas y en lo hondo de este cambio para que él se haga con nosotros, para que le demos nuestros símbolos, para que se traduzca en nuestras formas".

El mundo cristiano debe desprenderse del mundo burgués que se disocia y con el cual ha aparecido en unión, porque ha habido una desgraciada coincidencia y una penetración que sólo ha debilitado a los cristianos, y en esto ha residido la infidelidad fundamental con su doctrina.

Hay unas ciertas palabras que han despertado siempre un fervor inusitado; ellas son "orden" "autoridad" "tradición".

Muchos que hablan con excesiva facilidad de valores espirituales las respetan y en nombre de ellas

temen todo cambio. Es muy justo lo que escribe Pierre Henri Simon cuando dice "que es una verdad contra todas las ilusiones de un idealismo profético y contra todas las pretensiones de un racionalismo mecánico que la sociedad no puede ser demolida y reconstruída por cada generación, que la sociedad no persiste sin una autoridad y que los hombres son demasiado ruines para prescindir de una vigilancia. Son condiciones necesarias de toda política viable, el sentimiento del peso de las cosas, el respeto a la tradición, la preocupación del orden público. Mas cuando la sana desconfianza de las usurpaciones del espíritu lógico y crítico llega hasta desvalorizar la inteligencia constructiva en provecho del instinto conservador; cuando la aceptación sistemática de las cosas ya establecidas impulsa a la traición de los valores espirituales comprometidos; cuando la noción del orden se define por una inmovilidad impuesta de afuera y no por un equilibrio interior, entonces se ha pasado la frontera que separa la verdad del error, y es una tierra de traición la que comienza."

Y por esta tierra son muchos los que se deslizan y que quieren imponer ese instinto de conservación que puede ser en un instante el peor y el más real enemigo del orden, de la tradición y la autoridad.

Se ha estado contra lo nuevo porque siempre representa una cierta ruptura de ese equilibrio aparente que deja tranquilo a los satisfechos. Entre ellos se encuentran los que leen y entonan diariamente aquellas partes de las doctrinas sociales de los Pontífices que condenan al comunismo; pero que no creen tener obligación alguna de repetir aquellos párrafos en que se leen frases como las que contienen los capítulos contra el capitalismo en que el Papa afirma que "hay violación del orden cuando el capital no contrata a

los obreros o a la clase de los proletarios sino a los fines de explotar a su voluntad y a su provecho personal la industria y el régimen económico entero, sin tener en cuenta la dignidad humana de los obreros, ni el carácter social de la actividad económica, ni aun la justicia y el bien común”.

Tampoco repiten que “la acumulación de un enorme poder, de un poder económico discrecional, en las manos de un pequeño número de hombres que no son ordinariamente los propietarios sino los simples depositarios y gerentes del capital que administran a su voluntad... y que dueños absolutos del dinero distribuyen en cierta forma la sangre del organismo económico... de modo que, sin su consentimiento, nadie puede respirar”.

Cuando se habla así del orden se defiende el que permite la subsistencia de tales hechos y se encuentra natural mirar con simpatía a algún gran detentador de ese poder económico que condena el Papa, porque construye alguna capilla muchas veces no para él, sino para sus trabajadores y se mira con horror inusitado a un socialista que pide otro orden que por lo demás sería injusto. No hay en esto una leal defensa de los principios, sino que predominan una serie de vinculaciones sociales que hacen mirar a unos con miedo y a otros con indiscutible simpatía.

Cuando predomina un orden así exterior, impuesto por un gobierno benevolente que deja vivir en paz a los afortunados, nadie presagia días sombríos, en cambio comienza a descubrirse oscuro el horizonte y a tocar a rebato cuando las fuerzas populares llegan al poder, cuando lo lógico sería trabajar en uno y otro caso con el mismo vigor por el orden que los cristianos buscan, que muchas veces se aleja más,

cuando se da cierta protección material a base de silencio y concesiones.

Dice el citado P. H. Simon que "hay ruptura entre la actitud oficial y doctrinaria de la Iglesia, por una parte, y, por la otra, la actitud real y práctica de algunos católicos. Mientras la una se preocupa, sobre todo, de aportar un remedio al desorden capitalista y, a las miserias que engendra en las masas, ciertas fuerzas políticas, solidarias de la opinión burguesa, se consagran principalmente a denunciar el desorden parlamentario (en otros, la incapacidad gubernativa), y los peligros que hacen correr a la nación".

Es un problema de acentuación en la actitud: mientras unos quieren cierto orden, y confunden la tradición con la conservación del aparato externo y ven en la autoridad la garantía del buen ejercicio y resguardo de sus propiedades, otros buscan el orden que resulta del real predominio de la justicia y del espíritu; buscan en la tradición la continuidad que se renueva; y en la autoridad una gestión activa en busca del bien común.

Hay que extirpar esa secreta inclinación por los "gobiernos fuertes" que combaten el comunismo; porque generalmente éstos tienden a utilizar las fuerzas espirituales como su mejor auxiliar para continuar disfrutando del poder. Los cristianos deben pensar que la única solución será su inflexible adhesión a sus principios que los llevará a construir "su" orden y que seguirán siendo extraños y enemigos del materialismo burgués que por lo pacífico y moderado, pues aún llega a las prácticas externas de la religión, que no conoce como valor social, no es menos enemigo del espíritu y quizá lo sea más efectivamente, por su falta misma de inquietud.

Es cierto que a veces se explica este temor por

lo que ha de venir, debido a que se presenta con los contornos de la tragedia y con la injusticia de las violencias y porque, en todo caso, en esta civilización hay elementos cristianos que pueden perderse. Sin embargo, ésta no es una justificación, porque de esta manera no se rompe el dilema. Si los cristianos no buscan el orden con los medios que ellos tienen, otros tendrán que buscarlo impulsados por la dialéctica misma de la materia entregada a su propia ley inexorable, ya que los únicos que debieran redimirla de su pecado original están mudos y acobardados.

Pero hay más: ciertos sectores de la burguesía defienden demasiado claramente un orden económico y se ve con demasiada evidencia que más temen por el derecho de propiedad que por la libertad del espíritu. No se exasperan contra un fascismo que reemplaza a Dios por el Estado y que mata sutilmente el espíritu, conservándole sus privilegios y en cambio se llena de furor cuando el comunismo que comete iguales atropellos, además suprime la propiedad privada. Está dispuesta a ceder cuando se trata de la libertad; pero se estremece cuando se toca el mecanismo del dinero.

Todo esto explica la necesidad de romper con muchos ligámenes y la obligación de permanecer libres en medio de la confusión de los apetitos. Entre los juegos biológicos de la conservación y de la revolución sólo un constante esfuerzo de superación en la inteligencia y en el espíritu pueden lograr esa independencia; pero esa es toda la justificación del cristiano en la historia, porque si no se moviera de otra manera, no sería algo distinto, no habría muerto a sí mismo para nacer a esa nueva vida a que está llamado.

Debe pensar que "las murallas temporales existen-

tes no son las de un mundo cristiano, sino las de un mundo apóstata.

“Hay que defender todo cuanto subsista aún de valores humanos y cristianos, pero es necesario también, en la medida del esfuerzo humano, crear un mundo nuevo, un nuevo mundo cristiano”.

Este mundo actual lleno de guerras, de odios de clases, de injusticias, de desequilibrios, de predominio de la fuerza y del placer como aspiración suprema, no puede ser sino un mundo destinado a desaparecer. Unirse a él es morir y traicionar la gran misión de construir el orden que se presente en medio del caos.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

LA ACCION REQUIERE ESTILO

Para realizar esta nueva tarea humana y renovadora, se debe comenzar por aquellos desprendimientos que limpian e imponer un nuevo espíritu a través de actos diferenciadores.

El rasgo inicial que definirá esta acción ha de ser su permanente actitud moral contra el odio. El odio es hoy la gran palanca que mueve las mayores fuerzas sociales. El marxismo no ha hecho otra cosa que alimentar, desarrollar y en cierto modo sistematizar científicamente el odio entre las clases sociales. Los nacionalismos que lo han combatido, a su vez, lo han imitado, incrementando el odio entre las naciones y el odio en contra de sus enemigos políticos.

Para quienes piensan que sólo el espíritu podría reintegrar a los hombres en un orden justo, que signifique paz, el odio es el peor instrumento.

No se puede creer ya que los medios no condicionan el fin y toda filosofía política o histórica que use instrumentos inhumanos conduce a estados sociales contrarios al verdadero y racional interés del hombre.

Los hay que, aun declarándose cristianos, tienen mayor facilidad para ver enemigos, que posibles hermanos equivocados o en desgracia y con la misma lógica de los marxistas que esperan la Dictadura del Proletariado, buscan el dictador que los defienda. En

el fondo unos y otros creen en la fuerza, y los que desconfían en la acción de los valores espirituales, y en los métodos que éstos exigen, carecen de fe en su propia doctrina.

No se puede pensar en un orden fundado en estos principios y, al mismo tiempo, en la actividad práctica, estar siempre usando métodos contrarios a su esencia, porque esa es la mejor prueba en contra de ellos mismos.

Una doctrina que se dice profesar, pero de la cual se desconfía en su realización inmediata no sirve. Si se estima que la paz no puede alcanzarse por medios pacíficos; si se dice que la libertad es inaplicable, esa paz y esa libertad son una utopía.

Si se profesa una doctrina según la cual los hombres son hermanos y se redimen por la caridad; si se afirma que es ella la que ha de salvar a los hombres de su ruina hay que aplicarla usando métodos proporcionados y desde el momento que se apela a la violencia, al fraude o a la injusticia, no se la puede seguir defendiendo.

Con frecuencia en el terreno político se declara que la verdad no debe decirse porque es inoportuno y en cambio se tolera una mentira que da armas contra el adversario. En esto precisamente consiste el maquiavelismo que ha dominado todas las modernas concepciones paganas y materialistas de la historia.

Es justamente lo que ha hecho el viejo político de alta escuela y lo que han perfeccionado los regímenes totalitarios. Quien los imite caerá en su esfera. La verdad para ser defendida exige que se la sirva con la verdad, aunque ello produzca enorme escándalo entre los diversos tipos de maquiavelos o fariseos y será lo único que despeje esta enorme confusión y vaya creando

una nueva conciencia. La verdad debe decirse aunque momentáneamente perjudique, aunque dé armas al adversario, aunque por ella clamen voces de una falsa prudencia. Sólo la verdad nos hará verdaderamente libres y será la que produzca las distinciones necesarias y clarifique este inmenso matraz donde sólo bullen intereses, pasiones y mitos.

Esta debe ser la norma: emplear los medios adecuados al fin, porque ambos se condicionan. La verdad jamás será defendida con la mentira, aunque esa mentira consista en el silencio; la paz jamás será conquistada por la violencia; así como la justicia y la libertad nunca se han logrado por el odio o por la tiranía.

Todo esto pudiera parecer algo tan simple que careciera de importancia. Sin embargo, no es así. Las "tácticas" aconsejan hoy otra cosa y la inmensa mayoría llama ingenuos a los que pretenden decir siempre la verdad y se burla de los pacíficos, calificándolos de cobardes, cuando el único verdadero valor consiste en desafiar el demonio del éxito que parece justificarlo todo y preparar en la obscuridad, sufriendo la murmuración y a veces el desprecio, el advenimiento de la nueva era.

En nuestra época quién está en contra de todo este sistema de ideas es llamado "hábil" y se sienta entre los triunfadores. Pero también jamás la conciencia moral había estado más oscurecida y los que han llevado esta tesis hasta sus extremas consecuencias, como son los comunistas y totalitarios, llegan ya a confundir hasta las nociones elementales de bien y de mal que siempre los hombres habían distinguido. Es común oír cuando se expone la filosofía cristiana y se quiere proceder con rectitud inflexible, que eso es muy bello; pero imposible. Con el mismo criterio hace

cuarenta o cincuenta años esa falsa prudencia ocultó la verdadera doctrina sobre sindicatos y salarios y hoy, con justa razón, los sindicatos se han organizado sin considerar el pensamiento de esos "prudentes" que guardaron sabio y discreto silencio y que por ello mismo hicieron estéril toda su acción.

No se cambiará el fundamento del actual orden si no se revolucionan los métodos, y la realidad es que hasta ahora son escasos los que han seguido el camino de decir la verdad toda entera, sin temer sus repercusiones, que a veces hieren.

Y la verdad es contraria por esencia al odio. Si no se cambia en este aspecto, nada se habrá cambiado y se continuará, quizá si en menor escala y por lo mismo con menor efecto y hasta con menos grandeza, el mismo camino del marxismo y del fascismo.

Los que quieran hacer esta revolución humana deben buscar su instrumental de acción en las vías del amor, de la comprensión, del entendimiento. Esto no implica debilidad, y por el contrario, significa la más fría resolución y la mejor fortaleza, porque operarán en un terreno nuevo, que tiene menor efecto aparente y la ausencia de aquel brillo falsamente heroico de los que abusan de la fuerza y del engaño. No se debe confundir este espíritu de fraternidad con las debilidades de la complacencia o con la falta de autoridad, cuya primera condición ha de ser mandar con serenidad y con energía; pero debe alejarse de esa máxima profundamente trastornadora de todo orden posible de que "el fin justifica los medios", porque los medios terminan por crear y justificar siempre el fin que persiguen.

Es doloroso pensar que muchos de aquellos que pretenden estar con el Evangelio se inclinan siempre a ver la salud en un dictador, tal como sus adversarios lo ven en el que ellos exigen. Se escandalizan si en un

momento se reconoce algo bueno en los enemigos, y siempre están dispuestos a aplastar a los que piensan en forma equivocada y no a acercarse con espíritu abierto para ver las causas de sus males y el eco de justicia que hay en sus clamores.

Los nuevos objetivos exigen nuevos caminos y esta actitud moral contra el odio ha de despreciar todo elemento que lo alimente o lo excite.

Es en esta forma cómo hay que llegar a las masas, porque es allí donde se va a plantear el gran debate del cual depende todo el futuro, ya que en esto reside otro de los planos fundamentales de este tipo de acción. El acontecimiento más significativo del mundo moderno es la entrada de las masas en la historia. Ya no se caracteriza nuestra época por un grupo humano reducido, sino que tienen primera importancia las exigencias, la sensibilidad y las aspiraciones de la muchedumbre. Es allí donde se debe ir y no quedarse en una posición, más o menos estática, de sutiles equilibrios del pensamiento.

Maritain escribía en su "Carta sobre la Independencia": "Si los cristianos no acuden a plantear el debate ante las masas, ¿quiénes otros lo harán? ¿Quién escuchará si no habla nadie? Si los cristianos se niegan a hablar allí donde tienen una mínima probabilidad de ser oídos, ¿cómo va a ser nunca escuchada su voz? ¿Cómo los hombres separados de nosotros por murellas de prejuicios seculares tendrán en cuenta nuestra fe, si, en vez de hacer honor a sus almas, a sus aspiraciones, a sus inquietudes espirituales, permanecemos atrincherados en no sé qué aislamiento farisaico?"

Esto no implica, por cierto, y lo hemos distinguido claramente, ese culto por la masa que, en su forma demagógica, conduce a lo subhumano y al reino instinti-

vo. Por el contrario. Hay que ir a plantear allí estos conceptos, porque de otra manera la masa será envilecida por los materialismos que explotan precisamente lo que hay en ella de inferior, y la única oportunidad que le resta de una verdadera redención es presentarle la posibilidad de un orden, en que encuentre la personalidad y la libertad, no de la clase absorbiendo al hombre para el aplastamiento de otra clase, sino del hombre transmitiendo a la clase su dignidad propia.

Pero llegar a la masa para decir algo distinto en una forma también distinta. No para ofrecer los paliativos de un reformismo sin calor, al cual nunca podrán adherir sinceramente. Mucho menos para hacer una carrera de ofrecimientos con las fuerzas marxistas que dominan, ni explotando los recursos del nazismo.

Las ideas requieren su estilo propio y sólo así son eficaces. Por eso al plantear este debate, habrá que seguir este nuevo camino, y es allí, en esa inmensa reserva humana de los que sufren y viven en la obscuridad, donde podrá comenzar a fermentar la esperanza, fundada en el espíritu, y será posible que surja la nueva estructura social, porque no se trata de ir a predicar sólo una filosofía, sino de crear un régimen.

Hay ciertos conformistas que desearían se hablara a las masas sólo de moral y ponen la etiqueta de "socialistas" a todos los que piden reformas. Esa moral no sirve ni puede convencer, porque en la práctica favorece la injusticia. La reforma interior está condicionada por las formas externas y deben buscarse en un esfuerzo simultáneo.

Es este el nuevo estilo, adecuado a la tarea que espera.

UNA NUEVA EDAD HISTORICA

Sólo la firme conciencia de asistir al nacimiento de una nueva edad histórica, en todo lo que este concepto tiene de ancho y de profundo, puede inspirar un tipo de acción que mira y juzga distintamente todos los hechos y todas las formas; para lo cual es revisible lo que se acepta como orden y tradición; y simple proceso de desintegración humana la revolución totalitaria que aguarda en su forma comunista o fascista el lógico desenvolvimiento de un mundo de ideas y fenómenos que ha ido derivando, en el curso de los últimos siglos, hasta lograr hoy sus extremas consecuencias.

De tal experiencia pueden recogerse los mejores como los peores materiales en la síntesis del porvenir, y esta conciencia impedirá que, un sentido accidental de las cosas, entregue al hombre al juego variado de una era de transición que consume, rápidamente, las más valiosas energías.

No es de un partidismo pequeño de donde vendrá la solución ni de los recursos que amengüen los efectos o retarden aparentemente ciertos procesos, que ya han entrado en una cierta fatalidad física.

Para entender esto y sentir el empuje vigoroso de las fuerzas en lucha, hay que tener la firmeza de comenzar desde abajo sin contar con ninguno de los an-

tiguos elementos, saber estar solos y desafiar sin alternería, pero con tranquilidad, los innumerables obstáculos. De otra manera, esta empresa carecería de importancia.

Habrá que estar en contra de los "razonables", que siempre invocan el buen sentido, para amparar la debilidad o la cobardía y que son incapaces de rehacer su vida sin contar con la aprobación de las influencias preestablecidas. Aún habrá que sufrir a cierta categoría de hombres "hábiles" y "buenos" que saben manejar la técnica vocal de las nuevas ideas; que no desean morir y tienen ciertos arrestos que llaman de avanzada, pero que en la práctica, cuando llega el momento de definiciones positivas, siempre estarán con el "orden", o con aquellas categorías que critican en el reino de la inteligencia, sin que tengan ninguna diferencia de sensibilidad. Estos lograrán éxitos aun en los medios que pueden ser renovados y servirán de instrumentos de perturbación en las horas decisivas.

No será menor el ataque de la incomprensión torpe e interesada que siempre se ha resistido a creer en los alumbramientos de nuevas edades; para la cual todo cambio es traición, toda independencia amenaza de muerte en sus posiciones; para quien su "verdad" chica y concebida a su gusto y manera, es la única vara de medir, y cuando la medida queda estrecha no aceptará cambiarla, sino que querrá reducir el mundo a su tamaño. La saña de esta categoría es feroz, porque se siente depositaria de toda la verdad y a los que no se someten, los condena.

Será necesaria la firmeza, porque los que quieran la revolución del odio, pretenderán aprovechar el escándalo que produce la verdad dicha sin tibieza y atacarán con violencia cuando entiendan que su cami-

no y finalidades son diversas a pesar de las aparentes coincidencias que han atemorizado siempre, a su vez, a los que conciben la fe como una paz sin alma.

La conciencia de asistir a este gran proceso que significa un cambio en el ritmo de la Historia, es de importancia, para saber captar hasta qué punto hay cosas muertas que flotan; cómo hasta lo más aceptado en un momento, hay que someterlo a un análisis; pesar y medir por una constante autocrítica, cada situación, porque todo llega a ser diferente y las reacciones son desde todo punto inesperadas. Lo que ayer era una verdad, ya no lo es. Los que ayer disponían del poder, hoy ya sólo poseen su sombra. Todo está haciéndose de nuevo en ciertos instantes imperceptibles, y al tocar una campana puede descubrirse que ya no tiene sonido.

Eso es lo que pasa en nuestro mundo. Los valores con que se estimaba la vida, han dejado de apreciarse. Los tácticos ya no reconocen esos conceptos del "decoro", de lo "respetable" que se imponía hace algunos años. Y el entenderlo, para no actuar en el vacío, es condición esencial. En resumen, hay que dejar morir todo un universo accidental, es preciso dejar que caigan las cenizas, las molduras, el revestimiento del edificio y saber descubrir sólo la piedra sólida que será fundamento eterno de lo que viene. Habrá quienes lloren sobre los desechos y se apeguen a ellos; pero hay que dejarlos en su dolor inútil.

No tienen palabras vivas esos cristianos intelectualizados, para quienes toda esa verdad es sólo una bella construcción estética, en la cual se satisfacen, y que, en cambio, se sienten demasiado cómodos en este mundo que los deja vivir. Para ellos, en su elegante y frío escepticismo, a través de las formas externas de

una piedad vacía, no hay posibilidades, y sutilmente querrán oponerse a todo esfuerzo nuevo y vigoroso.

Esta actitud ha de tener un precio y es la aceptación voluntaria de la pobreza. Será preciso renunciar a hacer de la vida un simple negocio económico, cuya finalidad es el amontonar dinero. La pobreza será la garantía de esta libertad interior, que permitirá ser también, en la acción, libres. "En el mundo de hoy — escribe Daniel Rops—la existencia de algunos hombres poco numerosos habiendo realizado las rupturas necesarias, liberados de los mitos mortales en que se embriaga una humanidad infiel a sí misma, puede bastar para provocar en la masa esta penetración, esta trasmutación interna que permitirá mañana el nacimiento de una nueva civilización".

"La tropa fiel aumentará en proporción de los sacrificios, porque es una de las miserias de nuestro tiempo el mover al hombre por necesidades y no ofrecerle altas exigencias."

La pobreza, voluntariamente aceptada, robustece de una manera insospechada a un movimiento y es una de las condiciones que permiten los desprendimientos de contactos que debilitan, y esa acumulación de energía necesaria para producir cualquier cambio en la sociedad y operar la reforma del hombre.

La multitud es el fermento donde prosperan siempre las grandes transformaciones religiosas, políticas y sociales. Es entre los pobres y en la pobreza donde el hombre se encuentra y es capaz de gustar el sentido simple, íntimo y maravilloso de la vida que se renueva.

Los pobres son los que conservan las cosas elementales y saben del significado auténtico que tienen ciertas ideas que las otras categorías manejan más teóricamente.

Es en este sustractum donde germinan las pasiones hondas y el amor sin distingos por una fe que surge.

En la espuma de las sociedades nacen y mueren muchas curiosidades; pero sin el calor de abajo nada grande ha sucedido jamás.

Podría creerse que esta posición conduciría a un aislamiento que bien podría transformarse en un espíritu de secta, que goza orgullosamente de su soledad y que llega a satisfacerse en los obstáculos y en los ataques. Hay que evitar, precisamente, este peligro, porque en esta tarea hay que olvidar todo partidismo y buscar aquellas colaboraciones posibles en los sectores más lejanos, pues, en esto reside una de las esencias de una filosofía cristiana que busca un tipo de humanismo, y no una forma totalitaria. La misión de estos grupos no es de polémica, de descubrir el error del adversario y atacarlo, sino que es una misión que debemos calificar de apostólica, porque es de conquista, de afirmación, de búsqueda.

Nada más fatal que cierto espíritu particularista que dominó en el siglo pasado entre algunos católicos. Ha habido un "prurito de vivir separados de los impuros, de no osar jamás una mirada fuera del redil, y ese temor del peligro y del movimiento, toda esa prudencia devota y toda esa claustración honesta, traen consigo consecuencias nefastas".

No hay nada más contrario a la idea católica, que significa universalidad, que estas exclusiones absurdas, ni es tarea del cristianismo ir creando capillitas dentro de la vida y frente a cada institución del Estado, levantar su pequeña y reducida institución particular, sino llevar a la Vida, a la Sociedad toda sus principios transformadores, hacerse presente en cada acto, plan-

tear su criterio con libertad de espíritu y no atemorizarse porque mañana, por ejemplo, en un diario marxista que leen las masas obreras, llegue a publicarse su pensamiento, y en cambio, encontrar siempre natural que éste aparezca en los órganos de publicidad que adquiere un sector de las clases que llaman "acomodadas", porque de esta manera el pueblo jamás llegaría a saber qué es lo que los cristianos pretenden.

Esta gazmoñería pueril está íntimamente reñida con el cristiano, que debe sentirse seguro y limpio de influencias en todos los ambientes, porque su misión consiste en dar un testimonio de fe, precisamente, donde más lo requieran.

Los católicos no pueden pretender como finalidad ser un partido en el Estado, sino que como ciudadanos actuar de tal manera que sus ideas se hagan sentir en la amplitud de la vida social entera. Lo demás, es hacer de una misión universal, una barricada antipática al sentimiento del hombre común.

El ensayista argentino Franceschi, escribía hace poco, en el prólogo de un libro, que nada había perjudicado tan hondamente como esta política de "el conservador que fué en general un hombre "bien pensante" que criticaba acerbamente "las ideas nuevas" que propugnaba el mantenimiento de lo antiguo, que miraba con desconfianza suma todo movimiento popular, y pretendía que las clases altas, llamadas dirigentes, tuvieran el monopolio de la política, como lo poseían de lo económico".

Es trágico comprobar con el pensador argentino, que frente a los enciclopedistas los católicos franceses no pudieron presentar un solo escritor de categoría, y que unidos a la Monarquía que reemplazó a los organismos de elección popular de la Edad Media, no comprendieron nada de los acontecimientos de la Revolu-

ción, sin separar lo religioso de lo político y lo económico.

Se encerraron después, haciendo escasas excepciones, como Lacordaire, Ozanan y otros en un abstencionismo y una incomprensión que les fueron fatales.

Hoy se produce una situación muy semejante, y nuevamente hay quienes se niegan a ver y se refugian en una rotunda abstención "de todos los contactos", cuando "la negativa a una colaboración indispensable para el buen orden no es conciliable con la doctrina católica de las relaciones entre el Individuo y el Estado".

Estos nuevos emigrados, "que nada han aprendido", como aquellos nobles que volvieron de Francia después de la Revolución, siguen apegados a usos de viejos sistemas, creyendo que sólo se han operado transformaciones de detalle y continúan en su rígida estrechez.

Este particularismo ha de abandonarse, porque no se puede seguir siendo eternamente una minoría que tiene la razón, pero que carece de posibilidades, por falta de apoyo en la actividad universal de la nación.

Si esta acción, centralmente, ha de ser mantenida por cristianos cuya aspiración es realizar un orden concebido dentro de esta filosofía, pueden colaborar con ellos hombres que no participen de todo su pensamiento; pero que acepten un programa mínimo de realizaciones prácticas, porque este programa ha de ser en su aspecto moral, técnico y patriótico el denominador común que agrupe a todos los hombres aun no contaminados por el materialismo integral de los diversos grupos totalitarios.

Este programa fundado en las concepciones más humanas de la sociedad, puede ser y será seguramen-

te un vínculo de trabajo que haga posible la convivencia, en especial, en aquellos países en que los cristianos no son una mayoría efectiva en el plano político.

Y esto requiere una explicación más amplia. La acción que hemos diseñado es indudablemente por su alcance e importancia empresa del futuro. Nada grande y verdaderamente serio se ha comenzado y terminado en el presente: requiere la lenta elaboración del silencio y de la lucha para preparar el material humano y la cohesión y fuerza expansiva de las ideas que encuentran su crecimiento en la resistencia. Sería fatal perderse en lo inmediato y obscurecer la visión de lo que se persigue como término.

La continua rectificación que dá el no perder la visión del fin es la única forma de no quedarse en los detalles que esterilizan una gran tarea. Para ello se requiere que estos grupos tengan pensamientos muy claros y una fe común, una adhesión incommovible en los principios y una, si pudiéramos llamarla, "intransigencia absoluta en la doctrina".

Esto no implica olvidar lo que sucede en el presente. Es obligación el preparar el porvenir, y no proceder en el vacío, ya que la vida sigue un curso continuo que se va determinando a sí mismo. La segura convicción permite esta acción inmediata que ha de ser intensa. No se puede sacrificar lo presente a lo futuro, ni éste a aquél. No por guardar la imagen magnífica de lo que ha de venir se ha de aislar ante las miserias vivas, pues la justicia y la caridad, han de realizarse en la carne y no en la ilusión.

Es por eso que en esos trechos de la ruta que se pueden hacer en compañía, que en aquellas ideas de posible y próxima realización, han de buscarse las colaboraciones posibles con hombres que no acepten to-

do un sistema para concebir la sociedad y la persona.

Cuando se busca algo preciso, con métodos definidos, no hay que temer los contactos, porque un país es algo que hay que hacer con todos los que en él habitan y sin intolerancias odiosas.

Bien dice P. H. Simon que: "hay quienes piensan que el avance humano supone una dialéctica más matizada: tratar de conciliar las exigencias del espíritu y las de la vida. Aceptan, se someten en sus actos, porque es menester vivir, pero mantienen la rebelión dolorosa de sus conciencias porque también importa crear las condiciones psicológicas de un progreso. Porque todo está perdido si el hombre se resigna desde un principio y pone todo su coraje y toda su prudencia en instalarse en el presente, sin guardar la mejor parte para preparar el porvenir".

Esa rebelión importa la libertad interior para buscar y trabajar por lo que viene; pero ello no en un partidismo reducido sino penetrando en todas las manifestaciones de la vida social, buscando el aliento que da la multitud, y no la reducción ahogadora de los círculos y las clasificaciones; colaborando con lo que tiene una partícula de provecho; no imponiendo jamás un Estado confesional de apariencia, sustentado en la ficción oficialista, sino en la plural concordia de las voluntades.

Es en esta tarea, capaz de justificar la vida y embellecerla eternamente, cómo se irán diseñando las líneas de la nueva construcción que se levanta.

TAREA DE UNIDAD

Es necesario preguntarse si este camino tiene algún horizonte posible en Chile y en la América, que sufrirán los efectos de la guerra y de las profundas transformaciones sociales que ella está acarreado.

Lo que hace seis meses o un año parecía inconcebible, ha pasado y aun no hemos podido medir con nuestras miradas precarias la ancha conmoción que han experimentado sistemas de ideas y pueblos que históricamente las sostuvieron.

Tal vez muchos siglos han venido a liquidar sus últimos saldos en esta tragedia que, como otras y en mayor escala, es símbolo de término y principio.

Lo que ha desaparecido aún se discute; pero sin duda que hay muchas cosas que debían morir y que han muerto para bien. Un cierto tipo humano que produjo el siglo XIX y el nuestro, descrito en Huxley y Mauriac; en Maugham o en Malraux, en Lawrence como en Mann; o como O'Neill; y que antes nos lo dieran Zola, Maupassant y tantos otros; representaba una época, muy ciertamente, en toda su tristeza.

Cuando se piensa en el proletariado de ciertas democracias liberales del siglo y en sus magnates y clases medias; se comprende que el derrumbe era posible. ¿Puede venir de allí la salud para el hombre? Los que destruyen traen consigo algo peor; pero cuentan por

hoy entre nosotros con la sugestión del triunfo, sin pensar que han impuesto la esclavitud y que han desembocado en una guerra, que puede crear vastos aglomerados imperialistas que se repartirán el mundo en razón de los privilegios que da la fuerza, la producción o la raza.

Hay quienes se imaginan que nada ha sucedido y que es esta una guerra como las otras. Sin embargo, todo nos está diciendo lo contrario.

Este es un episodio, si tal puede llamarse por su magnitud, de un proceso que cambiará el destino del hombre y sus conceptos más profundos.

Un tipo social y humano se formará o ya se está formando, porque la sangre y el derrumbe de organizaciones seculares, no sólo destruyen los edificios, sino que repentinamente dejan desnudas ciertas ideas que han informado la vida y muestran el esqueleto invisible, en tiempos normales, sobre el cual se ha apoyado una civilización.

Mientras las catástrofes están ocurriendo y se lee su relación, día a día parecen más insignificantes; pero los millones de muertos, el sufrimiento de miles y miles de mujeres y niños, está pesando en la conciencia de todos los hombres de la tierra. La guerra española, la guerra europea y del Asia, han traído un cortejo demasiado grande de dolor, para que las mentiras sobre las cuales se ha contado por mucho tiempo, no queden sorpresivamente al descubierto. Estas transformaciones que se gestan en la soledad de cada conciencia pensante no las rige la lógica; pero un día cualquiera nacen con la fuerza invencible de una evidencia que se impone no sólo al pensamiento, sino que al ser.

Son verdaderos los presagios del poeta español León Felipe cuando dice: "Hay una flor en el mundo que sólo puede crecer si se la riega con sangre".

"La sangre del hombre está no sólo hecha para mo-

ver su corazón, sino para llenar los ríos de la tierra y mover el corazón del mundo".

La sangre que ha caído estos años no puede haber caído en balde y hay indicios de que se está moviendo el corazón del mundo, y el que no sienta esto no tiene ninguna palabra que decir, y las que pronuncie son como el eco que muere en el vacío.

Todo esto puede parecer vago e impreciso. Los políticos querrán "soluciones concretas" a los problemas; pero ellos ignoran que todas las auroras de la historia han brotado de un espíritu nuevo que surge indefinible y que viene a alimentar con su soplo esas soluciones que sin él carecen de vida y posibilidades materiales.

Pero éstas también son las horas de incertidumbre en que el genio del hombre paga el precio de su libertad. Hay que descubrir las líneas esenciales del futuro en medio de la confusión, porque son estos los momentos en que se desarrollan las fuerzas más contradictorias y se hacen posibles las paradojas más absurdas.

De ahí que esta nueva filosofía política sea para muchos un horizonte. Hay millones de hombres que comprenden que el volver al pasado no sólo es imposible, sino inútil. El democratismo liberal ha mostrado hasta dónde podía llevar una sociedad en disociación interna por falta de autoridad, de disciplina, de jerarquía. Cuando se recuerde esta época del proletariado, de los odios de clase, de esa falta de predominio real y activo de los valores del espíritu, de la podredumbre de las clases dominantes en la política y en las finanzas, se la tendrá que señalar con trazos sombríos.

De eso están ciertos los grupos aun más diversos.

Pero también comprenden que entrar por las vías de las dictaduras que dejan al hombre desamparado frente a la comunidad de la sangre o de la clase, es

atroz; porque aman su libertad y su dignidad personal y tienen conciencia de su destino.

No se niegan a comprender que un régimen comunitario o una sociedad de forma colectiva se impone cada día; pero la creen posible dentro del respeto a la justicia y a la libertad, fuentes primeras y esenciales para la existencia de un tipo social que puede calificarse realmente de humano. Desde que la clase o el Estado se erigen en depositarios de la Verdad y el Bien y emplean como métodos la violencia o el engaño, y justifican todo al señalarse a sí mismos como Fin, se entra irremediabilmente en un plano de subhumanidad, en que se carece de toda garantía para el espíritu.

En la América se ven signos de que las masas y las élites buscan ansiosamente salir de este peligroso dilema que parecía encerrar a nuestro tiempo.

De ahí que introducir en ella el internacionalismo comunista o la traición nazista, sea un delito mayor, pues perturban esta búsqueda hacia una fórmula que puede traernos la justicia y reafirmarnos en la paz.

Esto se ve aún, como más posible, desde que la opinión de los Estados Unidos descubrió el engaño comunista, hacia el cual caminaban sectores muy poderosos. El mismo México puede citarse porque ha reaccionado en contra de estos errores y las fuerzas espirituales ganan allí terreno integrándose en el proceso de la Revolución que seguramente en un reajuste dejará un saldo definitivamente favorable.

Así sucesivamente en los otros pueblos americanos existen grupos cualitativos que tienen una clara noción de esta filosofía que hemos venido describiendo y que en estado latente es lo que esperan otros sectores más amplios. El transformar esta filosofía o posición en una idea fuerza depende del coraje, de la fe y del trabajo incansable de los que la han captado.

Sin embargo, estimamos que es en Chile donde esta

mentalidad ha ganado mayor terreno y ha llegado hasta concretarse en organización.

No es pretensión utópica decir que en los comienzos del pasado siglo encontramos un modo de organizar el Estado que pudo servir de ejemplo y que cuanto más se le estudia en el conjunto del medio en que nació y pudo desarrollarse, más admiración causa. Tal vez en su época no hubo nada que se le igualara. Hoy podría tentarse algo semejante que sacara a Chile de su decadencia, porque hay aquí madurez como para tentarlo.

Tiene Chile sentido innato de la libertad, fundamento del nuevo orden. Existe una tendencia profunda para buscar un régimen que signifique justicia. Las fuerzas sociales han demostrado, aun al ser desvirtuadas, una posibilidad de integrarse en lo orgánico. Viven y funcionan organismos representativos de la producción, que son un caso único en la América y que no encuentran parangón. Por otra parte, los sindicatos obreros se han desarrollado en todo el país. Debidamente orientadas estas entidades funcionales serán elementos fundamentales de una sociedad orgánica. En ciertos períodos en que se ha esbozado un contacto racional y directo de estas fuerzas, presididas por el Estado como autoridad imparcial, se ha podido vislumbrar lo que se llegaría a obtener de ellas. Colegios profesionales también marcan un índice.

Se puede observar hasta qué punto hay en el sentido del chileno medio un deseo cada vez más preciso de un régimen de esta naturaleza, en que se conjugue la autoridad fuerte que imponga la disciplina y la justicia; pero que mantenga ese minimum de derechos individuales que hacen posible la libertad. Se pide igualdad, pero se ansían las jerarquías capaces, en una tierra en que el poder de la inteligencia ha de suplir la escasez de espacio y de riqueza fácilmente explotable.

En nuestra patria se puede observar cómo se rechaza el regreso hacia fórmulas gastadas y el fácil cansancio de un marxismo que no responde a los intereses reales, ni al ser de la chilenidad, tan definido en sus contornos. Exceptuando ciertos grupos que dirigen los órganos de publicidad o la máquina política, se ve que el grueso de esos mismos partidos extremistas se integra por hombres que tienen el sentido unitario de lo chileno, y la comprensión necesaria para convivir con quienes, no pensando igual, representan un valor humano y de ahí que sea frecuente el contacto afectivo entre los representantes de los grupos más heterogéneos.

El partidismo extremo es una ficción mantenida por quienes se benefician con él; pero que no es una expresión del sentimiento mayoritario de los que forman el país real.

Se podría obtener en Chile que, sin renunciar a las particulares ideologías, hubiera una unidad mínima de pareceres y esfuerzos para afrontar los graves problemas comunes que exigen para su solución un esfuerzo no dispersado en mil banderías. Mientras no se logre esta resultante, que no es imposible, no podrá operarse una transformación útil y estable.

No se puede renunciar a la esperanza de encontrar ese *mínimum* de acuerdos que permitan reunir en un solo cauce la capacidad técnica puesta al servicio de un movimiento con calor popular, resultado de la comprensión activa y vivificante de la masa.

Existe hoy un trágico desacuerdo entre hombres que por una parte representan el aporte intelectual y por otra las muchedumbres que desorientadamente buscan salir de su miseria.

Entre esos sectores que representan valores intelectuales no discutibles y que serían capaces de traducir en la práctica las necesarias reformas y el pueblo obrero y

campesino hay una falta de contacto intelectual y afectivo que puede ser fatal.

Los primeros, deseando reformas, se retraen ante el caos que acarrea la indisciplina e incapacidad de los que agitan las cuestiones de puro carácter social, ignorando la complejidad de un Estado que tiene ante sí tropiezos de todo orden y un inmenso déficit acumulado a través de años de inacción real, disfrazada por el ajetreo de una política esterilizadora.

Por otra parte, la masa los confunde en su odio, nacido de la injusticia que la oprime.

Sin embargo, estas diferencias pueden salvarse y de ello depende que surja un Estado capaz de ser una expresión auténtica de la nación y por ello mismo un principio activo, que aborde y resuelva aquellas ecuaciones que pesan sobre la existencia de Chile.

Podemos decir que el ritmo de nuestra Patria se ha detenido en lo que corre de este siglo. Pudo haber políticos hábiles, administradores honrados, pero no estadistas que afrontaran aquellos puntos cardinales sobre los cuales crece y se desarrolla una nación.

La población escasa y desnutrida, la falta de habitaciones, la conquista de nuevas riquezas capaces de dar recursos estables, la aproximación de territorios abandonados, una progresiva reforma agraria y, más que todo eso, el obtener una modificación sustancial en las condiciones materiales y psicológicas del pueblo y el campesinado no preocuparon a estos gobernantes como objetivos de los cuales dependía el desarrollo y en cierto modo la existencia del país.

Pero donde más se nota esa ceguera es en la educación, que no ha dado ni una categoría de intelectuales capaces de orientar al país, elevar el nivel de sus preocupaciones y abrirles el espacio de su imaginación; tampoco se ha sabido dar capacidad práctica para inde-

pendizarse económicamente o despertar las iniciativas y el espíritu de empresa.

Las clases obreras requerían una educación adecuada y profesional que diera aquel trabajador calificado que se necesita y cuyas aptitudes naturales son sobresalientes.

Por otra parte, la gran masa campesina, al despertar, se encuentra inerte, porque en estos últimos cuarenta años no ha existido un plan graduado y racional para incorporarla al ritmo de la época y no hacerla dar el brusco y peligroso salto que va de un sistema feudal de explotación de la tierra, a un régimen diverso que no se ve venir sino a través de graves trastornos económicos y sociales.

Estos problemas, aquí enunciados y que tratáramos ya más extensamente en otro libro, son suficientes para exigir ese *mínimum* de unidad constructiva que permitirá resolverlos, pacífica y útilmente. Nada realmente positivo y profundo se ha planeado en relación a ellos, salvo esporádicas tentativas no continuadas en la extensión, firmeza y profundidad que se requería. Pero el momento de liquidación ha llegado y si no se les aborda, correremos el riesgo de entrar en una decadencia definitiva que marque nuestro fracaso como nación.

Un gran pueblo de vastísimos recursos y población como los Estados Unidos, Alemania u otros, pueden disponer de muy variados equipos técnicos y tienen reservas muy considerables en la historia, el espíritu y la materia para permitirse el lujo de esperar o dilapidar el tiempo o los elementos humanos. Nosotros no.

Somos muy pocos en una tierra que exige sacrificios muy duros para transformarse en recursos útiles. Nuestras reservas son pequeñas y nuestra existencia precaria en un mundo que se transforma y se reparte en nuevas zonas de influencia y equilibrio. Es este un tiempo de

reajuste universal en que hemos visto morir y nacer pueblos y regímenes.

El aumentar nuestra población defendiendo la raza y al mismo tiempo acrecentarla por una inmigración seleccionada; el conquistar nuevos territorios hasta hoy estériles por falta de población; el dar habitación a todo un pueblo que vive en la más tremenda miseria—cosa que no se puede lograr con una ley o Caja que ni siquiera construye para satisfacer las necesidades que trae consigo el crecimiento vegetativo—; realizar la reforma agraria, pues el movimiento campesino ya no puede detenerse, y esta es la causa de todas las verdaderas revoluciones que se conocen y que los más fríos observadores de nuestra realidad han advertido en síntomas inequívocos; es tarea reservada a este tiempo.

La educación no ha de ser ya un esquema muerto. Hasta ahora es una escala simple que va del alfabeto al bachiller y al profesional, dejando en el camino a un pueblo sin otro bagaje que su ignorancia, una clase media resentida y sin aptitud para el trabajo y un profesionalismo excesivo.

Es más variada su función, pues debe acondicionarse a las complejas exigencias del país.

En lo superior estamos sin una jerarquía espiritual que resulte de una educación que empalme con las grandes corrientes culturales y que dé por medio de la Historia, las lenguas clásicas, eternas vertientes de todo saber maduro, esa disciplina y nobleza del que ha manejado y conoce los resortes en que se afirma una élite que eleve la condición general de la vida en todo el pueblo.

Por otra parte, debe dar lo que económicamente esperamos: una escuela agrícola, que capacite para explotar científicamente la tierra y que sepa inspirar por ella el amor que estimula su cultivo; escuelas técnicas que instruyan artesanos, o lo que se llama hoy obrero califi-

cado, indispensable en un país de porvenir industrial; y que a las clases medias les permitan tener otra perspectiva que la burocracia o la profesión liberal.

Todo esto no lo podemos hacer divididos, ni es misión de un pequeño grupo en una tierra de suyo escasa. Es demasiado peso el recibir varios decenios en que no hubo espíritu creador alguno, y querer continuar destruyéndonos.

Ahí está la justificación de este plano señalado en el terreno de la pura teoría: procurar esa unidad mínima y salvadora en una hora de crisis tan honda para cada hombre y para cada nación.

Pero podría creerse que con ello se diluye en una tarea inmediateista que confunda todos los valores y principios, al realizar esta especie de amalgama. Sería un error interpretarlo así.

Para los que desean esta revolución que calificáramos de necesaria hay una misión específica, que va más allá de la unidad y consiste en aportar un pensamiento, o mejor, una concepción de la vida social fundada en el Cristianismo, en sus valores y en sus principios.

No sólo se requieren esas reformas anotadas, sino que la gran reforma que resulta de una fuerza moral, que dé al país sensación de austeridad, de caridad fraterna, que actúe por la presión del convencimiento que resulta del ver derrumbarse a un mundo nacido en la negación del Espíritu, y en la exaltación de los más variados materialismos.

Este movimiento, consagrado a una tarea de presente, ha de radicar su posibilidad expansiva en la adhesión continuada a sus principios, en su vida interior y en la visión constante de una finalidad más lejana.

Hemos visto en los últimos años cómo la ambición, los apetitos y las pasiones muestran toda la miseria de quienes llegan al Poder, sin que los sostenga la energía

interior que nace de haber vencido la carne por el Espíritu.

Este movimiento, precisamente, ha de volver a las fuentes más puras que alimentaron a los primeros cristianos, pues este es tiempo de derrumbes y alumbramientos parecidos y como ellos han de salir en actitud de conquista.

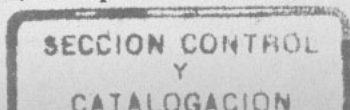
No vale ya encerrarse en una clase o en un partido. Es preciso poner en contacto estas verdades con las muchedumbres, con la confianza que en ese contacto se pueden ganar y no pensar siempre que por el mero hecho de abandonar el cerco reducido, se ha de empobrecer la Fe, porque una Fe que no resiste el contagio y lo vence por lo intensa es tan mísera que ni siquiera merece el cuidado opaco de la rutina que la ha muerto por dentro.

Una Fe hecha de miedos, de círculos, de esquemas, de locales privados, ya no tiene sino el nombre. La Fe se hizo para que hincara en la vida y si la vida va por otras calles, es preciso salirle al encuentro, porque de su choque nacerá el hombre nuevo.

Esta es la tarea nacional nuestra; pero puede ser de América, porque así entendida, va cogiendo hoy a grupos diversos que se conocen y presienten a través de las fronteras.

Puede todo esto parecer difícil y lejano. Los poderes humanos no le ven porvenir; pero también hemos comprobado cuán ciegos son para descubrir la aurora de los nuevos días.

Lo que sí puede afirmarse, sin caer en lo excesivo de la expresión, que esta empresa, en su silencioso trabajo y en su desafío sin alarde, es grande y bella, pero sin duda también de acuerdo con un tiempo que "no fué hecho para el placer, sino para el heroísmo".



INDICE

	Págs.
Recado para Eduardo Frei.....	9
Prefacio.....	31
En el principio era el Verbo.....	33
En busca de una fórmula.....	44
De lo individual a lo colectivo.....	54
El estado liberal y el capitalismo.....	66
Fuerza y debilidad del marxismo.....	74
Los regímenes totalitarios.....	100
La encrucijada.....	108
Sentido de la indefinición.....	111
La revolución necesaria.....	118
Dos ideas esenciales.....	135
La organización de lo económico.....	144
Fundamentos del orden nuevo.....	161
Concepto de la democracia.....	177
Conformidad del pensamiento y la conducta social.....	192
La acción requiere estilo.....	206
Una nueva edad histórica.....	212
Tarea de unidad.....	221